

Lo bello y lo triste

Yasunari Kawabata



GRANDES NOVELISTAS EMECÉ

LO BELLO Y LO TRISTE – YASUNARI KAWABATA

EMECÉ EDITORES, S.A.

Colección Grandes Novelistas

Título original: Utzukushisa to Kanashimi to

Traducción de Nélida M. de Machain

Diseño de Portada: Eduardo Ruiz

Impreso en Argentina, Julio 2002

CAMPANAS DEL TEMPLO

Eran seis las butacas giratorias que se alineaban sobre el lado opuesto del vagón panorámico de aquel expreso a Kyoto. Oki Toshio observó que la del extremo giraba en silencio con el movimiento del tren. No podía quitar los ojos de ella. Las butacas de su lado no eran giratorias. Estaba solo en el vagón panorámico. Hundido en su asiento observaba los movimientos de la butaca del extremo. No giraba siempre en la misma dirección ni con la misma velocidad: a veces se movía con más rapidez, otras con más lentitud y hasta se detenía y comenzaba a girar en dirección contraria. Al contemplar aquel sillón giratorio que se movía ante sus ojos en un vagón desierto, Oki se sintió solitario. Los recuerdos comenzaron a aflorar en su memoria.

Era el día 29 de diciembre. Viajaba a Kyoto con la intención de escuchar las campanas que señalaban el comienzo del nuevo año.

¿Cuántos años hacía que escuchaba el tañido de aquellas campanas por radio? ¿Cuánto hacía que se habían iniciado esas transmisiones? Probablemente las había escuchado todos los años desde que comenzaran y también había escuchado los comentarios de los diversos locutores que anunciaban el sonido de famosas campanas de los templos más antiguos del país. Durante la transmisión, un año expiraba para dejar paso a otro, de modo que los comentarios tendían a ser floridos y sentimentales. El sonido profundo de una enorme campana de templo budista resonaba con largos intervalos y la prolongada reverberación traía a la conciencia el Japón de antaño y el

tiempo transcurrido. Primero eran las campanas de los templos del Norte, luego las de Kyushu; pero todas las vísperas de Año Nuevo concluían con las campanas de Kyoto. Eran tantos los templos de Kyoto, que a veces la radio transmitía los sones entremezclados de cientos de campanas diferentes.

A medianoche, su esposa y su hija estaban todavía en pleno trajín, preparando manjares en la cocina, ordenando la casa o, quizá, disponiendo sus quimonos y arreglando las flores. Oki se sentaba en el comedor y escuchaba radio. Cuando sonaban las campanas hacía un repaso del año que concluía. Aquélla le había parecido siempre una experiencia estremecedora. Algunos años la emoción era violenta y dolorosa. A veces se sentía abrumado por la pesadumbre y los remordimientos. Aunque el sentimentalismo de los locutores lo repelía, el tañido de las campanas despertaba un eco en su corazón. Desde hacía mucho tiempo se sentía tentado por la idea de pasar Año Nuevo en Kyoto, para escuchar de cerca el sonido de las campanas de los templos.

La idea había vuelto a cobrar cuerpo ese fin de año y, en un impulso, había decidido viajar a Kyoto. También lo había impulsado un acuciante deseo de volver a ver a Ueno Otoko después de tantos años y de escuchar las campanas en su compañía. Otoko no le había escrito desde que se había establecido en Kyoto; pero vivía en esa ciudad y se había abierto camino como pintora. Sus trabajos se ajustaban a la tradición japonesa clásica. No se había casado.

Puesto que el viaje había obedecido a un impulso y le disgustaba efectuar reservas, Oki se había limitado a dirigirse a la estación de Yokohama y a instalarse en el vagón panorámico del expreso a Kyoto. Era muy probable que el tren estuviera completo, pero conocía al camarero y sabía que éste le conseguiría un asiento.

El expreso a Kyoto le pareció el medio más indicado, porque partía de Tokyo y de Yokohama a primera hora de la tarde y llegaba a Kyoto al anochecer. A la vuelta partía de Kyoto en las primeras horas de la tarde. Siempre viajaba a Kyoto en aquel tren. La mayoría de las azafatas de los vagones de primera lo conocían de vista.

Le sorprendió encontrar el vagón desierto. Quizá nunca viajara mucha gente los 29 de diciembre. Quizás el pasaje fuera más numeroso el 31. Mientras contemplaba aquella butaca del extremo que giraba, Oki comenzó a pensar en el destino. En ese instante llegó el camarero con el té.

—¿Estoy completamente solo? —preguntó Oki.

—Hoy sólo viajan cinco o seis pasajeros, señor.
—¿Estará completo el primero de año?
—No, señor. Por lo general no lo está. ¿Usted regresa ese día?
—Me temo que sí.
—Yo no estaré de servicio, pero me encargaré de que le solucionen cualquier problema.
—Gracias.

Cuando el camarero hubo partido, Oki paseó la mirada por el vagón y vio un par de valijas de cuero blanco al pie de la última butaca. Eran cuadradas, de línea fina y moderna. La blancura del cuero era interrumpida por unas pálidas manchas parduscas. No era material japonés. Además, había un gran bolso de piel de leopardo sobre el asiento. Los dueños de aquel equipaje debían de ser norteamericanos. Probablemente estaban en el coche-comedor.

Los bosques desfilaban junto a la ventanilla, desdibujados por una espesa bruma que sugería tibieza. Muy arriba de la bruma, las blancas nubes estaban bañadas en una luz trémula, que parecía ser irradiada por la tierra. Pero a medida que el tren avanzaba, el cielo se despejó en totalidad. Los rayos de Sol penetraban oblicuamente por las ventanillas e iluminaban todo el vagón. Al pasar junto a una montaña cubierta de pinos, Oki pudo distinguir la pinocha con que estaba alfombrado el suelo. Un macizo de bambú exhibía sus hojas amarillentas. Del lado del mar, olas centelleantes se derramaban sobre la playa, contra el fondo negro de un saliente rocoso.

Dos parejas de norteamericanos, de edad madura, regresaron del coche-comedor y no bien distinguieron el monte Fuji, luego de pasar Numazu, se instalaron junto a las ventanillas y se dedicaron activamente a tomar fotografías. Cuando el Fuji quedó por completo a la vista, hasta las plantaciones de su base, los norteamericanos se habían cansado de fotografiar y le volvieron la espalda.

El día invernal llegaba a su fin. Oki siguió con los ojos la oscura línea argentada de un río y luego volvió a contemplar la puesta de Sol. Durante un largo rato, los últimos rayos, fríos y brillantes, brotaron de una grieta en forma de arco que se abría en las oscuras nubes y luego desaparecieron. Las luces se habían encendido en el vagón y, de repente, todas las butacas giratorias comenzaron a moverse. Pero sólo la del extremo continuó girando.

Al llegar a Kyoto, Oki fue directamente al Miyako Hotel. Solicitó una habitación tranquila, con la esperanza de que Otoko lo visitara. El ascensor pareció haber subido seis o siete pisos; pero como el hotel estaba construido en gradas sobre la empinada ladera de las Colinas Orientales, el largo corredor que Oki recorrió lo condujo a un ala de planta baja. Las habitaciones a lo largo del corredor estaban tan silenciosas que parecían no albergar otros huéspedes. Poco después de las diez de la noche comenzó a oír a su alrededor voces que hablaban animadamente en idioma extranjero. Oki preguntó al botones del piso la razón de aquel repentino alboroto.

Le informaron que en las habitaciones vecinas se alojaban dos familias y que entre las dos sumaban doce niños. Los niños no sólo se gritaban entre sí en sus habitaciones sino que correteaban por el pasillo. ¿Por qué lo habían alojado en medio de aquellos huéspedes tan ruidosos si el hotel parecía casi vacío? Oki reprimió su fastidio, pensando que los niños no tardarían en dormirse. Pero el ruido continuó; sin duda los niños se desahogaban después del viaje. Lo que más lo irritaba eran los correteos por el pasillo. Por fin abandonó la cama.

La charla en idioma extranjero lo hacía sentirse más solitario. La butaca que giraba en el vagón panorámico volvió a su memoria. Era como si viera su propia soledad, que giraba y giraba dentro de su corazón.

Oki había llegado a Kyoto para escuchar las campanas de Año Nuevo y para ver a Ueno Otoko, pero se preguntó una vez más cuál sería la verdadera razón. Por supuesto, no estaba seguro de poder verla. Y, sin embargo, ¿no eran las campanas un simple pretexto? ¿No hacía mucho tiempo que anhelaba la oportunidad de verla? Había viajado a Kyoto con la esperanza de escuchar las campanas del templo junto a Otoko. Le había parecido que no era una esperanza tan loca. Pero entre ellos se abría un abismo de muchos años. Si bien ella seguía soltera, era muy posible que se negara a ver a un antiguo amante, que se negara a aceptar su invitación.

—No, ella no es así —murmuró Oki.

Pero no sabía qué cambios podían haberse operado en Otoko. En apariencia, ella vivía en una vivienda situada dentro del predio de cierto templo y compartía sus habitaciones con una joven discípula. Oki había visto las fotografías en una revista de arte. No se trataba de una cabaña; era una casa amplia, con una gran sala de estar, que Otoko utilizaba como estudio. Hasta había un hermoso jardín antiguo. La fotografía mostraba a Otoko pincel en mano, inclinada sobre un cuadro. La línea de su perfil era inconfundible. Su figura era tan

esbelta como siempre. Aun antes de que revivieran los viejos recuerdos, Oki sintió una punzada de remordimiento por haberla privado de la posibilidad de casarse y de ser madre. Era obvio que nadie podía sentir lo que sentía él al contemplar esa fotografía. Para la gente que la viera en aquella revista, esa fotografía no pasaría de ser el retrato de una pintora que se había establecido en Kyoto y que se había convertido en una típica belleza de esa ciudad.

Oki había pensado en telefonearle al día siguiente o esa misma noche. También había pensado en pasar por su casa. Pero por la mañana, cuando los niños vecinos lo despertaron con sus gritos, comenzó a experimentar dudas y decidió enviarle una nota. Sentado ante la mesa–escritorio contempló perplejo la hoja de papel con membrete del hotel y llegó a la conclusión de que no era necesario verla, de que bastaría con escuchar las campanas solo y luego regresar.

Los niños lo habían despertado temprano, pero cuando las dos familias extranjeras partieron, se volvió a dormir. Eran casi las once cuando despertó.

Mientras hacía lentamente el nudo de su corbata recordó la voz de Otoko: "Deja... Yo te haré el nudo...". En ese entonces ella tenía quince años y aquéllas habían sido sus primeras palabras después de haber perdido la virginidad en sus brazos. Oki, por su parte, no había hablado. No sabía qué decir. La había abrazado con ternura, había acariciado su pelo, pero no había logrado pronunciar palabra. Luego se había desprendido de sus brazos y había comenzado a vestirse. Se había incorporado, se había puesto la camisa y había comenzado a anudarse la corbata. Ella había clavado en su rostro los ojos húmedos y brillantes, pero no llorosos. Él evitaba aquellos ojos. Hasta cuando la besaba, antes de que todo sucediera, Otoko había mantenido los ojos muy abiertos, hasta que él se los cerró con sus besos.

Su voz tenía una dulce nota infantil cuando le pidió que la dejara anudarle la corbata. Oki sintió una oleada de alivio. Lo que le decía era completamente inesperado. Quizás estuviera procurando escapar de sí misma; quizá no fuera una manera de demostrarle que no lo culpaba; sin embargo, manipulaba la corbata con ternura, a pesar de las dificultades que parecía oponerle el nudo.

–¿Sabes hacerlo? –había preguntado Oki.

–Creo que sí. Solía observar a mi padre.

El padre había muerto cuando Otoko tenía once años.

Oki se había ubicado en un sillón y había sentado a Otoko sobre sus rodillas mientras mantenía la barbilla en alto para facilitarle la tarea. Ella se inclinó ligeramente sobre él mientras hizo y deshizo el nudo varias veces. Luego se deslizó de sus rodillas y deslizó los dedos por el hombro derecho de Oki, sin dejar de contemplar la corbata.

–Listo, chiquito. ¿Qué te parece?

Oki se había puesto de pie y se había encaminado al espejo. El nudo era perfecto. Se restregó el rostro con la palma de la mano. El sudor había dejado una leve película oleosa sobre él. Apenas si podía mirarse luego de haber violado a una muchacha tan joven. Por el espejo vio el rostro de Otoko que se aproximaba al suyo. Deslumbrado por su belleza fresca y punzante, se volvió hacia ella. Ella rozó su hombro, sepultó el rostro en su pecho y dijo:

–Te amo.

También era extraño que una muchacha de quince años llamara "chiquito" a un hombre que le doblaba la edad.

Eso había ocurrido veinticuatro años atrás. Ahora él tenía cincuenta. Otoko debía de tener treinta y nueve.

Después de tomar un baño, Oki encendió la radio y se enteró de que en Kyoto había helado, ligeramente. El pronóstico anunciaba que las temperaturas invernales serían moderadas durante aquellos días de fiesta. Oki desayunó en su habitación con café y tostadas, y adoptó las providencias necesarias para alquilar un automóvil. Incapaz de tomar una decisión con respecto al llamado o la visita a Otoko, ordenó al conductor que lo llevara al monte Arashi. Desde la ventanilla del auto vio que las sierras del norte y del oeste, bajas y suavemente redondeadas, ostentaban el gélido tono parduzco del invierno de Kyoto, a pesar de que algunas de ellas estaban bañadas por una pálida luz solar. Era un cuadro de atardecer. Oki descendió del auto al llegar al puente Togetsu, pero en lugar de cruzarlo, recorrió la avenida costanera en dirección al parque Kameyama.

A fin de año, hasta el monte Arashi, tan poblado de turistas desde la primavera hasta el otoño, se había convertido en un paisaje desierto. La vieja montaña se levantaba ante él en medio del más completo silencio. La profunda hoya que formaba el río al pie de la ladera era de un verde límpido. A la distancia se oían los ruidos de los troncos, que eran descargados de las balsas alineadas a la orilla del río y cargados en camiones. La ladera que descendía hasta el río debía de ser la

celebrada vista del monte, supuso Oki; pero ahora estaba en sombras, con excepción de una franja de luz solar sobre el flanco más distante. Oki tenía la intención de almorzar solo y tranquilo cerca del monte Arashi. En ocasiones anteriores había concurrido a dos restaurantes de la zona. Uno de ellos estaba cerca del puente, pero ahora sus puertas estaban cerradas. Era muy poco probable que la gente llegara a aquella solitaria montaña a fin de año. Oki caminó lentamente junto al río y se preguntó si el pequeño restaurante rústico situado aguas arriba también estaría cerrado. Siempre quedaba la posibilidad de regresar a la ciudad para almorzar. Cuando ascendía los gastados peldaños de piedra que conducían al restaurante, una niña le anunció que todos se habían marchado a Kyoto. ¿Cuántos años hacía que había comido allí brotes de bambú en caldo de bonito, en la época en que el bambú tiene brotes tiernos? Descendió nuevamente a la calle y allí advirtió la presencia de una anciana que barría las hojas de un tramo de chatos peldaños de piedra que conducían a un restaurante vecino. Le preguntó si estaba abierto y ella respondió que creía que sí. Oki se detuvo junto a la mujer por unos instantes y comentó lo tranquila que estaba la zona.

—Sí, uno puede oír lo que habla la gente del otro lado del río —dijo ella.

El restaurante, oculto entre la arboleda, tenía un viejo techo de paja de gran espesor y aspecto húmedo y un oscuro portal. Un macizo de bambú se apretujaba contra el frente. Los troncos de cuatro o cinco espléndidos pinos rojos asomaban sobre la techumbre de paja. Condujeron a Oki a un salón privado; pero, aparentemente, él era el único comensal. Muy cerca de los ventanales se veían arbustos de rojas bayas de acki. Una azalea florecía solitaria, fuera de temporada. Los arbustos de acki, el bambú y los pinos rojos atajaban la vista, pero a través de las hojas, Oki alcanzaba a divisar una profunda hoya verde jade en el río. Todo el monte Arashi estaba tan tranquilo como aquella hoya.

Oki se sentó ante la kotatsu y apoyó ambos codos sobre la baja mesa acolchada, bajo la cual se percibía la tibieza de un brasero alimentado con carbón de leña. Hasta sus oídos llegaron los trinos de un pájaro. El sonido de los troncos cargados en los camiones resonaba en todo el valle. Desde algún lugar situado allende las Colinas Occidentales llegó el silbato quejoso y prolongado de un tren que entraba o salía de un túnel.

Oki no pudo menos que pensar en el débil llanto de un recién nacido... A los dieciséis años, en el séptimo mes de embarazo, Otoko había dado a luz. Era una niña. Nada pudo hacerse para salvarla y Otoko no llegó a verla. Cuando la pequeña murió, el médico aconsejó no comunicar en seguida la noticia a la madre.

—Señor Oki, quiero que usted se lo diga —había dicho la madre de Otoko—. Yo me voy a echar a llorar. Pobre criatura; pensar que tiene que pasar por todo esto a su edad.

En esos días, la madre de Otoko había reprimido su enojo y su resentimiento. Su hija era todo lo que tenía y cuando supo que la muchacha estaba encinta ya no se animó a vilipendiar a Oki por ser un hombre casado y con un hijo. Le faltó coraje, a pesar de que hasta ese entonces se había mostrado más decidida aún que Otoko. Tenía que apoyarse en Oki para lograr que la criatura naciera en secreto y luego recibiera ayuda económica. Por otra parte, Otoko, nerviosa y tensa por el embarazo, había amenazado quitarse la vida si su madre criticaba a Oki.

Cuando Oki se sentó junto a la cama de Otoko, ésta lo miró con esos ojos serenos, agotados, de la mujer que acaba de pasar por un parto. Pero las lágrimas no tardaron en acumularse en las comisuras de esos ojos. Oki comprendió que ella había adivinado. Las lágrimas fluían sin control. El secó con rápido gesto las que corrían hacia el oído. Otoko tomó su mano y, por primera vez, rompió en sollozos. Lloraba y sollozaba como si se hubiera quebrado un dique.

—Murió, ¿verdad? El bebé ha muerto. ¡Ha muerto!

Se retorció de angustia y Oki la abrazó y la apretó contra la cama. Al hacerlo sintió el contacto de uno de sus pequeños y juveniles pechos —pequeños, pero turgentes de leche— contra su brazo.

La madre de Otoko entró. Quizás hubiera estado aguardando junto a la puerta.

Oki no aflojó su abrazo.

—No puedo respirar. Suéltame —dijo la muchacha.

—¿Te quedarás quieta? ¿No volverás a moverte?

—Me quedaré quieta.

Oki la dejó en libertad y los hombros de Otoko se agitaron. Nuevos torrentes de lágrimas comenzaron a filtrarse a través de los párpados cerrados.

—¿La vas a cremar, madre?

No hubo respuesta.

—¿A una criaturita tan pequeña?

La madre seguía sin responder.

—¿Dices que yo tenía el pelo renegrido cuando nací?

—Sí, renegrido.

—¿Cómo era el de mi bebé? ¿No me puedes guardar un mechoncito, madre?

—No sé, Otoko —murmuró la madre y, tras una vacilación, dijo abruptamente—: ¡Tendrás otro!

Luego se volvió con el ceño fruncido, como si hubiera deseado tragarse sus propias palabras.

¿Acaso la madre de Otoko, y hasta el propio Oki, no habían deseado en secreto que la criatura no llegara a ver la luz del día? Otoko había sido internada en una clínica sórdida y pequeña de las afueras de Tokyo.

Oki sintió un súbito y agudo dolor al pensar que la vida de la criatura podía haberse salvado de estar bien atendida en un buen hospital. El solo la había llevado a la clínica; la madre no se había sentido con fuerzas para acompañarlos. El médico era un hombre maduro, de rostro congestionado por el alcohol. La joven enfermera dirigió una mirada acusadora a Oki. Otoko llevaba un quimono, de corte infantil aún, y una capa de seda azul oscuro.

La imagen de un bebé prematuro con pelo renegrido se presentó ante los ojos de Oki allí, en el monte Arashi, veinte años después. Reverberó en el bosque invernal y en las profundidades de la verde hoyo. Golpeó las manos para llamar al camarero. Era evidente que no aguardaban comensales y le llevaría largo tiempo preparar la comida. Una muchacha le trajo té y permaneció junto a él charlando y charlando como si quisiera mantenerlo entretenido. Una de las historias que le narró se refería a un hombre hechizado por un tejón. Lo habían encontrado chapoteando en el río al amanecer y pidiendo socorro. Avanzaba a los tropezones en las zonas de poca profundidad, bajo el puente Togetsu, un lugar en el que cualquiera puede salir del agua por sus propios medios. Según parecía, después que lo rescataron y volvió en sí, relató que había estado errando toda la noche por la montaña, como un sonámbulo... Después de eso sólo recordaba el río.

Por fin, la cocina tuvo listo el primer plato: rodajas de carpa plateada fresca. Oki la acompañó con un poco de sake.

Al partir, volvió a contemplar el pesado techo de paja. El decadente encanto de su musgo lo atraía, pero la dueña del restaurante le explicó

que la sombra de los árboles nunca le permitía secarse realmente. No era muy antiguo; hacía menos de diez años que habían renovado la paja.

La Luna brillaba en el cielo poco más allá del techo. Eran las tres y media de la tarde. Mientras recorría la calle junto al río, Oki contempló las evoluciones de los martín-pescadores, sobre el agua. Podía distinguir los colores de sus alas.

Cerca del puente Togetsu volvió a subir al automóvil, con la intención de visitar el cementerio de Adashino. En el atardecer invernal, aquel bosque de tumbas y figuras Jizo serenaría sus sentimientos. Pero al ver lo oscura que estaba la alameda que conducía al templo de Gio, ordenó al conductor que regresara. Decidió entonces detenerse en el Templo del Musgo y luego regresar al hotel.

Los jardines del templo estaban casi desiertos. Sólo los recorría una pareja que parecía en luna de miel. Había pinocha esparcida sobre el musgo y el reflejo de los árboles en el estanque se iba desplazando a medida que él avanzaba. En el camino de regreso al hotel, las Colinas Orientales parecían incandescentes bajo la luz anaranjada del sol poniente.

Luego de tomar un baño para entrar en calor, Oki buscó el número de Ueno Otoko en la guía telefónica. Una voz de mujer joven atendió, sin duda la discípula, e inmediatamente le pasó el teléfono a Otoko.

—Hola.

—Habla Oki —se produjo una pausa—. Habla Oki. Oki Toshio.

—Sí. Ha pasado tanto tiempo.

Ella hablaba con un suave acento de Kyoto.

Oki no sabía cómo comenzar, de modo que siguió hablando rápidamente para no turbarla demasiado, como si su llamado obedeciera a un repentino impulso.

—He venido para escuchar las campanas de Año Nuevo en Kyoto.

—¿Las campanas?

—¿No quieres escucharlas conmigo?

Oki tuvo que repetir la pregunta, pero aun así ella no respondió. Probablemente estaba demasiado sorprendida para saber qué decir.

—¿Viniste solo? —preguntó, por fin, tras una larga pausa.

—Sí. Sí, estoy solo.

Una vez más Otoko permaneció en silencio.

—Regresaré el 1° por la mañana... Sólo quería escuchar junto a ti las campanas que despiden el año viejo. Ya sabes que no soy muy joven. ¿Cuántos años han pasado desde la última vez que nos vimos? Es

tanto tiempo que ya no me animaría a pedirte que me dejaras verte, salvo en una ocasión como ésta.

No hubo respuesta.

—¿Puedo llamarte mañana?

—No, no lo hagas —respondió Otoko—. Yo pasaré por ti. A las ocho... Quizás eso sea demasiado temprano... Digamos a las nueve, en tu hotel. Reservaré mesa en algún lugar.

Oki había esperado reunirse con ella en una cena tranquila, pero las nueve significaba después de comer. Con todo, estaba contento de que ella hubiese aceptado. La Otoko de sus viejos recuerdos volvía a cobrar vida.

Pasó el día siguiente solo en su habitación de hotel, de la mañana a la noche. El hecho de ser el último día del año hacía que el tiempo pareciera transcurrir con mayor lentitud aún. No había nada que hacer. Tenía amigos en Kyoto, pero no tenía ganas de verlos ese día. Además, no quería que nadie se enterara de su presencia en la ciudad. Conocía muchos buenos restaurantes con tentadoras especialidades de Kyoto, pero decidió ordenar una comida simple en el hotel. Por eso, el último día del año estuvo colmado de recuerdos de Otoko. Al volver una y otra vez a su memoria, los recuerdos se fueron haciendo más vívidos. Hechos ocurridos veinte años atrás estaban más vivos en su mente que los sucesos de la víspera.

Demasiado lejos de la ventana como para ver la calle, Oki permaneció sentado con los ojos clavados en las Colinas Occidentales, que se levantaban sobre los techos de la ciudad. Comparada con Tokyo, Kyoto era una ciudad tan pequeña e íntima que hasta las Colinas Occidentales parecían al alcance de la mano. Mientras las contemplaba, una nube traslúcida, de un tono dorado pálido, que flotaba sobre las cumbres, adquirió una fría tonalidad ceniza. Atardecía.

¿Qué eran los recuerdos? ¿Qué era ese pasado que él recordaba con tanta nitidez? Cuando Otoko se trasladó a Kyoto con su madre, Oki tuvo la seguridad de que su relación había terminado. ¿Pero había terminado realmente? No podía evitar el dolor de saber que había arruinado la vida de aquella mujer, que posiblemente la había privado de toda oportunidad de ser feliz. ¿Pero qué habría pensado ella de él en todos esos años de soledad? La Otoko de sus recuerdos era la mujer más apasionada que había conocido. ¿Acaso la nitidez de aquellos recuerdos no significaba que ella no se había separado de él?

Aunque nunca había vivido en Kyoto, las luces de la ciudad al atardecer despertaron en él una vaga nostalgia. Quizá todos los japoneses se sintieran así. Pero lo cierto era que Otoko estaba en aquella ciudad.

Inquieto, Oki tomó un baño, se cambió de ropa y comenzó a pasearse por la habitación, deteniéndose de vez en cuando para observar su propia imagen en el espejo mientras aguardaba la llegada de Otoko. Eran las nueve y veinte cuando una llamada del hall anunció la presencia de la señorita Ueno.

—Dígale que en seguida estaré allí —respondió Oki, mientras se preguntaba si no sería mejor hacerla subir.

No vio a Otoko en el amplio hall. Una muchacha joven se le aproximó y preguntó muy cortésmente si él era el señor Oki. Le explicó entonces que la señorita Ueno le había rogado que pasara a buscarlo.

—¿Ah, sí? —exclamó Oki, esforzándose por que su voz sonara indiferente—. Le agradezco mucho su atención.

Él había esperado a Otoko y ahora sentía que ella lo estaba eludiendo. Los vívidos recuerdos que habían colmado su día parecían disiparse.

Oki permaneció un rato en silencio en el automóvil que los estaba aguardando. Por fin preguntó:

—¿Es usted la discípula de la señorita Ueno?

—Sí.

—¿Y vive con ella?

—Sí. Además hay una criada.

—Supongo que usted es de Kyoto.

—No, soy de Tokyo. Pero me enamoré de los trabajos de la señorita Ueno y vine en su busca y ella me aceptó.

Oki observó a la muchacha. Había advertido su belleza desde el momento en que le dirigió la palabra en el hotel y ahora admiraba la perfección de su perfil. Su cuello era largo y esbelto y sus orejas, de una delicadeza incomparable. En conjunto era perturbadoramente bella. Pero hablaba en tono sereno; su modo era más bien reservado. Se preguntó si sabría lo ocurrido entre Otoko y él, algo que había sucedido antes de que ella naciera.

—¿Siempre usa quimono? —le preguntó de pronto.

—No, no soy tan formal —respondió ella con un poco más de soltura—. De diario, por lo general, uso pantalones. La señorita Ueno me aconsejó que me vistiera con más esmero, porque el Año Nuevo llegará mientras estemos fuera de casa.

Por lo visto, la joven también escucharía con ellos las campanas. Oki comprendió que Otoko quería evitar encontrarse a solas con él.

El automóvil cruzó el parque Maruyama, en dirección al Templo Chionin. En el reservado de una antigua y elegante casa de té los aguardaba Otoko, acompañada por dos aprendices de geisha. Nueva sorpresa para Oki. Otoko estaba sentada sola ante la kotatsu con las rodillas bajo la carpeta. Las dos geishas se habían sentado una frente a la otra, junto a un brasero abierto. La muchacha que lo había acompañado se arrodilló en el vano de la puerta e hizo una reverencia. Otoko se apartó de la kotatsu para saludarlo.

—Cuánto tiempo que no nos veíamos —dijo—. Pensé que te gustaría estar cerca de la campana de Chionin, pero me temo que aquí no podrán ofrecernos nada elaborado, en realidad cierran los días de fiesta.

Todo lo que pudo hacer Oki fue agradecerle las molestias que se había tomado. ¡Pero eso de esperarlo con dos geishas, además de la discípula! Ni siquiera podría aludir al pasado compartido o permitir que sus miradas lo delataran. La llamada telefónica del día anterior debía de haberla turbado y preocupado tanto que había decidido invitar a las geishas. ¿Sería aquella resistencia a permanecer a solas con él un indicio de sus sentimientos? Oki lo pensó en el momento en que se enfrentó con ella. Pero le bastó una mirada para sentir que su recuerdo aún vivía en el corazón de Otoko. Era probable que los demás no lo advirtieran. O quizá sí, puesto que la muchacha estaba siempre junto a ella, y las geishas, aunque jóvenes, eran mujeres experimentadas en el amor. Por supuesto, ninguna de las tres reveló el menor indicio.

Otoko permaneció a un lado, entre las dos geishas, e invitó a Oki a sentarse ante la kotatsu. Luego hizo que su discípula ocupara el lugar opuesto al de Oki. Parecía estar evitándolo una vez más.

—¿Se ha presentado usted al señor Oki, señorita Sakami? —preguntó en tono ligero y luego procedió a la presentación formal: —Esta es Sakami Keiko, que comparte mi casa. Aunque no lo parezca es un poco loca.

—¡Ay, señorita Ueno!

—Pinta cuadros abstractos con un estilo muy propio. Su pintura es tan apasionada, que a veces parece un poco loca. Pero a mí me encanta; la envidio. Tiembla cuando pinta.

Una camarera entró llevando sake y bocadillos. Las dos geishas se encargaron de servir.

–Nunca sospeché que escucharía las campanas en esta compañía – comentó Oki.

–Pensé que resultaría más grato con gente joven. Uno se siente solitario cuando suenan las campanas y sabe que ha envejecido un año más.

Otoko hizo una breve pausa y siguió hablando sin levantar los ojos.

–A veces me pregunto por qué he seguido viviendo tanto tiempo.

Oki recordó que dos meses después de la muerte del bebé, Otoko había ingerido una sobredosis de píldoras para dormir. ¿Lo habría recordado ella también? Él había corrido a su lado no bien se enteró. Los esfuerzos de la madre de Otoko por lograr que la muchacha lo abandonara habían provocado aquel intento de suicidio. No obstante eso, la mujer lo había hecho llamar. Oki se trasladó a casa de Otoko y de su madre para colaborar en el cuidado de la joven. Hora tras hora masajeaba sus muslos, hinchados y duros por las inyecciones. La madre entraba y salía de la cocina trayendo toallas humeantes. Otoko yacía desnuda bajo el liviano quimono. Sus esbeltos muslos de adolescente estaban grotescamente hinchados por las inyecciones. A veces, cuando los masajeaba con fuerza, sus manos resbalaban a la cara interna. Mientras la madre estaba fuera de la habitación, limpiaba los desagradables humores que fluían entre las piernas de la muchacha. Sus propias lágrimas de piedad y de amarga vergüenza caían sobre aquellos muslos y se juraba a sí mismo que la salvaría, que nunca más se apartaría de ella, sucediera lo que sucediera.

Los labios de Otoko habían adquirido una tonalidad violácea. Oki oía los sollozos de la madre en la cocina. Allí la encontró hecha un ovillo.

–¡Se está muriendo!

–Usted ha hecho todo lo que ha podido –trató de consolarla.

–Y usted también –dijo ella tomándole una mano.

Permaneció junto a Otoko tres días, sin dormir. Por fin ella abrió los ojos. Se retorció y gemía de dolor, se rasguñaba como en un frenesí. Luego sus ojos vidriosos se clavaron en él.

–¡No, no! ¡Vete!

Dos médicos habían volcado todos sus esfuerzos en ella, pero Oki sentía que su propia devoción había contribuido a salvarle la vida. Era muy probable que la madre de Otoko no le hubiera dicho a su hija todo lo que él había hecho; pero para él era inolvidable. El recuerdo de sus muslos desnudos, mientras él los masajeaba para devolverle la vida, era más vívido aún que el de su cuerpo rendido en el abrazo. Los

veía ante sus ojos hasta en ese momento, mientras estaba sentado allí, junto a ella, esperando escuchar la campana del templo.

No bien alguien llenaba su taza de sake, Otoko la bebía hasta el final. Era evidente que sabía resistir la bebida. Una de las geishas comentó que la campana demoraba una hora en emitir los ciento ocho sonos. Ambas geishas vestían quimonos corrientes. No se habían arreglado para una fiesta. No llevaban obis semejantes a una mariposa y, en lugar de las vistosas horquillas con flores, sólo lucían graciosas peinetas en el pelo. Ambas parecían ser amigas de Otoko; pero Oki no comprendía por qué habían concurrido a aquella reunión sin lucir las galas que exigía la fecha.

Mientras bebía y escuchaba la frívola charla de sus suaves voces, tan características de Kyoto, sintió que el corazón se le aligeraba. Otoko había sido muy astuta. Había evitado estar a solas con él, pero quizá también hubiera procurado calmar sus propias emociones ante aquella reunión inesperada. El solo hecho de estar sentados allí, próximos el uno al otro, creaba una corriente de sentimientos entre ambos.

Se oyó el tañir de la gran campana de Chionin, y el silencio descendió sobre la habitación. El sonido de la desgastada y antiquísima campana carecía ya de pureza, pero sus reverberaciones flotaron largo rato en el aire nocturno. Luego de un intervalo resonó otra campanada. Parecía provenir de un lugar muy próximo.

—Estamos demasiado cerca —opinó Otoko—. Me dijeron que éste era un buen lugar para escuchar la campana de Chionin, pero pienso que el sonido nos hubiera llegado mejor si hubiéramos estado un poco más lejos, quizás en algún lugar de la orilla del río.

Oki corrió el panel de papel de una de las ventanas y vio que el campanario estaba justamente debajo del pequeño jardín de la casa de té.

—Está ahí mismo —exclamó—. Desde aquí se ve cómo la hacen sonar.

—Estamos realmente demasiado cerca —repitió Otoko.

—No, está muy bien así —la tranquilizó Oki—. Me alegro de estar tan cerca, después de haberla escuchado tantas veces por radio para Año Nuevo.

Pero ella tenía razón; faltaba algo. Frente al campanario se habían reunido algunas figuras borrosas. Oki cerró el postigo y regresó a la kotatsu. Al resonar las siguientes campanadas dejó de esforzarse por escucharlas con atención y entonces percibió el sonido que sólo puede producir una magnífica campana antigua, un sonido que parece atronar los aires con toda la fuerza latente de un mundo lejano.

Al abandonar la casa de té se encaminaron al santuario de Gion para asistir a la tradicional ceremonia de Año Nuevo. Mucha gente regresaba ya, agitando cuerdas con el extremo encendido en el fuego del santuario. Según una vieja costumbre, ese fuego serviría para encender el fogón, en el cual se prepararían los platos para las fiestas.

PRIMAVERA TEMPRANA

Oki se había detenido en una colina, con la mirada perdida en las púrpuras de la puesta de Sol. Había estado trabajando desde la una y media de la tarde, y había abandonado la casa para dar un paseo, luego de completar uno de los capítulos de una novela en serie que publicaría un periódico. Vivía en los ondulados suburbios del norte de Kamakura y su casa estaba al otro lado del valle. El fulgor rojizo se elevaba a gran altura por sobre el horizonte. Los cálidos tonos purpúreos sugerían la presencia de alguna sutil capa nubosa. Las puestas de Sol púrpuras eran muy poco habituales. Las gradaciones de color del oscuro al claro eran tan delicadas como si se las hubiera logrado pasando un ancho pincel sobre un papel de arroz mojado. La suavidad de aquel púrpura anunciaba la llegada de la primavera. En un sector, la bruma era rosada. En aquel lugar debía de estar ocultándose el Sol.

Recordó que en su viaje de regreso de Kyoto, al atardecer, las vías habían brillado con un resplandor carmesí hasta la distancia. Al penetrar en la sombra de las montañas, el fulgor carmesí se perdía. El tren penetró en un desfiladero y de pronto se hizo noche. Pero el cálido carmesí de aquellas vías le había recordado una vez más el pasado compartido con Otoko. Ella había evitado quedar a solas con él, pero ese mismo hecho le hacía sentir que su recuerdo aún estaba vivo en ella. Cuando regresaban del santuario de Gion, unos borrachos los habían acosado y habían intentado tocar el alto rodete de las dos jóvenes geishas. Aquel comportamiento era muy raro en Kyoto. Oki se puso junto a las geishas para protegerlas, mientras Otoko y su discípula los seguían unos pocos pasos atrás.

Al día siguiente, cuando estaba por subir al tren, mientras se repetía que era inútil esperar que Otoko lo despidiera en la estación, apareció su discípula Sakami Keiko.

—¡Feliz Año Nuevo! La señorita Ueno tenía intenciones de venir a despedirlo, pero tuvo que hacer algunas llamadas de Año Nuevo que le ocuparán toda la mañana y por la tarde recibirá visitas. Por eso he venido en su lugar.

—Muy amable de su parte —replicó Oki.

La belleza de la muchacha atraía la atención de las pocas personas que viajaban aquel día de fiesta.

—Es la segunda vez que usted se incomoda por mí.

—Es un placer.

Keiko llevaba el mismo quimono de la noche anterior: una prenda de satén estampado en el que predominaban los tonos de azul, con un motivo de pájaros que revoloteaban entre copos de nieve. Los pájaros ponían una nota de color, pero el conjunto era bastante sombrío para ser la vestimenta festiva de una muchacha tan joven.

—Muy elegante su quimono. ¿El estampado es obra de la señorita Ueno?

—No —dijo Keiko y se ruborizó un poco—. Es obra mía, pero no resultó como esperaba.

Pero lo cierto era que ese quimono oscuro hacía resaltar la perturbadora belleza de Keiko. Además había algo juvenil en la decorativa armonía de colores y en las variadas formas de los pájaros. Hasta los copos de nieve parecían estar danzando.

La muchacha le entregó varias cajas de bocadillos típicos de Kyoto para que comiera en el tren y le señaló que se las enviaba Otoko.

Durante los minutos que el tren permaneció en la estación, Keiko estuvo de pie junto a la ventanilla. Al verla así, enmarcada por la ventanilla, Oki pensó que quizás aquel fuera el período en que la belleza de aquella mujer había llegado a su esplendor. Él no había visto a Otoko en el apogeo de su belleza juvenil. Tenía dieciséis años cuando se separaron.

Oki comió temprano; alrededor de las cuatro y media. En las cajas encontró una variedad de comidas de Año Nuevo, entre las que figuraban algunas bolitas de arroz de forma perfecta. Parecían expresar las emociones de una mujer. Sin duda la propia Otoko las había preparado para el hombre que, mucho tiempo atrás, había destruido su tierna juventud.

Al masticar aquellos bocadillos de arroz, sintió el perdón de la mujer en su lengua y en sus dientes. No, no era perdón, era amor. Estaba seguro de que era amor, un amor que aún ardía en lo más hondo de su ser. Todo lo que él sabía de la vida de Otoko en Kyoto era que ella

se había abierto camino como pintora sin ninguna ayuda. Quizás hubieran existido en su vida otros amores, otras historias sentimentales. Pero sabía que ella sentía por él el desesperado amor de la adolescencia. Él, por su parte, había tenido relaciones con otras mujeres; pero nunca había vuelto a amar con la misma intensidad. Pensó que el arroz era delicioso y se preguntó si provendría de la región de Kyoto. Comió un bocadillo de arroz tras otro. Estaban sazonados a la perfección, ni demasiado salados ni demasiado insípidos.

Unos dos meses después de su intento de suicidio, Otoko había sido internada en una clínica psiquiátrica con ventanas enrejadas. Lo supo por la madre, pero no le permitieron verla.

—Si usted quiere, puede verla desde el corredor —le había dicho la madre—; pero yo preferiría que no lo hiciera. Me horroriza la idea de que usted vea a la pobre criatura en esas condiciones, y ella se perturbaría mucho si lo viera.

—¿Cree usted que me reconocería?

—¡Por supuesto que sí! ¿Acaso todo esto no es por su causa?

Oki no tenía respuesta para eso.

—Pero dicen que no ha perdido la razón. El doctor dice que no me preocupe, que sólo permanecerá internada por un breve lapso.

La madre hizo una pausa y luego colocó los brazos como para acunar a un bebé.

—Con frecuencia adopta esta actitud —prosiguió—. Reclama a su bebé. Es realmente digna de lástima.

Otoko abandonó la clínica unos tres meses después. La madre quiso hablar con Oki.

—Sé que usted tiene esposa y un hijo, y Otoko tiene que haberlo sabido desde el comienzo. Por eso quizá crea que la loca soy yo, al preguntarle a mi edad si... —temblaba y tenía los ojos llenos de lágrimas— ¿no puede casarse con ella?

—Lo he estado pensando —murmuró Oki con aire desdichado.

En su hogar se habían producido escenas tempestuosas también. Su esposa tenía por ese entonces poco más de veinte años.

—Usted puede hacer de cuenta que no me ha oído, puede hacer de cuenta que yo también estoy un poco fuera de mis cabales. Nunca volveré a pedírselo. No le digo que lo haga inmediatamente. Ella puede esperar unos años... cinco o seis, si es necesario... Ella va a seguir

esperando lo quiera yo o no... Es de ese tipo de chica. Y no tiene más que dieciséis años.

Oki pensó que Otoko debía de haber heredado de su madre aquel temperamento apasionado.

Transcurrido un año, la madre de Otoko vendió su casa de Tokyo y llevó a su hija a vivir a Kyoto. Otoko completó sus estudios en un colegio secundario de esa ciudad y luego ingresó en una academia de arte.

Más de veinte años después, volvían a reunirse para escuchar juntos la campana de Chionin y ella le enviaba la cena que él consumía en el viaje de regreso a Tokyo. Toda la comida festiva que le había enviado parecía estar dentro de las tradiciones de Kyoto, pensó Oki mientras recogía uno a uno los bocados con sus palillos. Hasta el desayuno que le sirvieron aquella mañana en el hotel incluía un cuenco de la tradicional sopa de Año Nuevo. Pero era una simple manera de guardar las formas; el verdadero sabor de la festividad estaba en aquella comida enviada por Otoko. En su propia casa, en Kamakura, la comida sería muy occidental, al estilo de las que se ven en las fotografías de color de las revistas femeninas.

Era natural que alguien que ocupaba una posición tan expectable como la que ocupaba Otoko tuviera que hacer "llamadas de Año Nuevo", como había dicho Keiko; pero podría muy bien haber reservado diez o quince minutos para concurrir a la estación. Una vez más se mantenía a distancia de él. Pero aunque no había podido decir nada en presencia de otros, él advertía que el pasado común creaba una corriente entre ambos. Y aquella cena era una prueba más.

Cuando el tren comenzó a moverse, Oki golpeó el vidrio con los nudillos, levantó un poco la ventanilla para que Keiko lo oyera, le dio las gracias una vez más y la invitó a visitarlo, cuando fuera a Tokyo.

—Nos encontrará con toda facilidad: basta con que pregunte en la estación Kamakura Norte. Y envíeme alguna tela suya ¿eh? Una pintura abstracta, de esas que la señorita Ueno califica de un poco locas.

—¡Qué vergüenza me da! ¡Qué la señorita Ueno diga una cosa como ésa...!

Por un instante brilló una chispa muy extraña en los ojos de la muchacha.

—¿Pero acaso no ha dicho también que le envidia su talento?

El tren se detenía en la estación por un breve lapso y aquella conversación con Keiko también había sido breve.

Oki, por su parte, nunca había escrito una novela "abstracta", a pesar de que algunas de sus novelas tenían elementos de fantasía. El lenguaje puede considerarse como abstracto o simbólico, en la medida en que difiere de la realidad cotidiana, y él había tratado de reprimir esas tendencias en sus escritos. Siempre le había gustado la poesía simbolista francesa y también la poesía haiku y medieval japonesa; pero desde que comenzara a escribir se había esforzado por aprender a usar un lenguaje abstracto, simbólico, dentro de un estilo concreto, realista. Sin embargo, había pensado que al profundizar esa forma de expresión sus escritos podían llegar a adquirir una calidad simbólica.

¿Cuál era, por ejemplo, la relación entre la Otoko de su novela y la verdadera Otoko? Resultaba difícil definirla.

De todas sus novelas, la de vida más larga era la que narraba la historia de sus amores con ella. Era muy leída hasta el presente. La publicación de aquella novela había causado más daño aún a Otoko al atraer sobre ella miradas curiosas. Y sin embargo, ¿por qué ahora, décadas más tarde, el personaje conquistaba el afecto de tantos lectores?

Podría decirse que había sido la Otoko de su novela, más que la muchacha que había servido de modelo, la que había ganado el afecto de los lectores. Aquella historia no era la de Otoko misma, sino algo que él había escrito. El había añadido a esa historia toques imaginativos y de ficción y la había idealizado hasta cierto punto. Dejando eso de lado, ¿quién podía afirmar cuál de las dos era la verdadera Otoko: la que él había descrito o la que ella podía haber creado al relatar su propia historia?

Con todo, la muchacha de su novela era Otoko. La novela no podría haber existido sin su historia de amor. Y esa historia era la razón de que la novela fuera tan leída. Si él no hubiera conocido a Otoko, nunca habría sabido lo que era un amor como aquél. El encontrar un amor como aquél a los treinta años podía considerarse una fortuna o una desdicha –él no habría sabido decir qué era–, pero no cabía duda de que había posibilitado su exitoso debut como autor.

Oki había intitulado su novela *Una chica de dieciséis*. Era un título simple, directo; pero en aquel tiempo la gente se escandalizaba de que una adolescente, una niña en edad escolar, tuviera un amante, diera a luz a un niño prematuro y sufriera un colapso nervioso. A Oki, su amante, aquello no lo había escandalizado y, por supuesto, no había

escrito sobre el asunto con ese espíritu. Ni siquiera la había considerado como una muchacha extraña. La actitud mental del autor era simple y directa como el título y Otoko aparecía como una niña pura y ardiente. Había procurado dar vida a su recuerdo del rostro, del cuerpo, de la manera de moverse de la muchacha. En una palabra, había volcado todo su amor fresco y juvenil en aquel libro. Probablemente ésa fuera la razón del éxito. Era la trágica historia de amor de una muchacha muy joven y de un hombre joven aún, pero casado y con un hijo. Pero la belleza de aquella historia había sido acentuada hasta el punto de escapar a cualquier cuestionamiento moral.

En los tiempos en que se reunía con ella en secreto, Otoko lo sorprendió una vez al decirle:

—Tú eres de los que siempre se preocupan por lo que pueden pensar los demás, ¿no? Deberías ser más audaz.

—Me parece que soy bastante desvergonzado. ¿Qué me dices de esta situación?

—No. No hablo de nosotros —dijo ella e hizo una pausa—. Me refiero a todo... Deberías ser más tú mismo.

Al no encontrar respuesta, Oki había reflexionado sobre sí mismo.

Mucho tiempo después, las palabras de la muchacha continuaban grabadas en su mente. Sentía que aquella criatura veía con extrema claridad su carácter y su vida, porque lo amaba. En lo sucesivo había accedido a su propia voluntad con harta frecuencia, pero cada vez que comenzaba a preocuparse por la opinión de los demás recordaba las palabras de Otoko. Recordaba el momento en que las había pronunciado.

El había dejado de acariciarla por unos instantes. Otoko, pensando quizá que eso obedecía a lo que ella acababa de decir, había sepultado el rostro en el ángulo de su brazo. Luego había comenzado a morderlo, cada vez con más fuerza. Oki mantenía el brazo inmóvil y soportaba el dolor.

—Me haces doler —dijo, por fin, aferrándola por el pelo y apartándola. La sangre brotaba de las marcas que los dientes de la muchacha habían dejado en su brazo. Otoko lamió la herida.

—Lastímame a mí —dijo.

Oki contempló el brazo juvenil y lo acarició desde la punta de los dedos hasta el hombro. Luego le besó el hombro. Ella se estremeció de placer.

El hecho de que escribiera *Una chica de dieciséis* no fue un resultado de aquellas palabras "deberías ser más tú mismo"; pero Oki las tuvo muy presentes al escribir la novela. El libro se publicó dos años después de la separación. Otoko vivía en Kyoto. Sin duda, su madre había abandonado Tokyo al ver que él no accedía a su pedido; probablemente no pudo soportar más la pena que compartía con su hija. ¿Qué habrían pensado ellas de su novela, del éxito que había logrado él con una obra que penetraba tan profundamente en sus vidas? Nadie había inquirido acerca de la existencia real de quien había servido de modelo al joven autor. Sólo años después, cuando Oki tenía cincuenta años y se comenzaba a investigar su carrera, se supo que el personaje estaba basado en Otoko. Eso ocurrió después de la muerte de la madre de Otoko y, para entonces, ésta ya había adquirido renombre como pintora. Las revistas habían comenzado a publicar su fotografía con la leyenda: "La heroína de *Una chica de dieciséis*". Oki suponía que aquellas fotos habían sido utilizadas sin el consentimiento de Otoko. Por supuesto, ella no accedía a entrevistas que giraran en torno a aquel tema.

Oki no había tenido noticias de ella ni de su madre ni siquiera cuando apareció la novela. Los problemas habían surgido en su propio hogar, como era de esperar. Antes de su casamiento, Fumiko había sido dactilógrafa en una agencia noticiosa, de modo que Oki le había entregado todos sus manuscritos para que los mecanografiara. Era algo así como un juego de enamorados, la dulce comunión de la pareja nueva; pero había algo más que eso.

Cuando se publicó su primer trabajo en una revista, él había quedado atónito ante la diferencia de efecto entre el manuscrito y la letra impresa. Con el tiempo adquirió experiencia y comenzó a anticipar el efecto de sus palabras en la página de imprenta. No es que escribiera pensando en ello; nunca lo recordaba. Pero la brecha entre manuscrito y obra publicada comenzó a desaparecer. Había aprendido a escribir para que sus palabras se publicaran. Hasta los pasajes que parecían tediosos o incoherentes en el manuscrito, resultaban precisos y densos una vez publicados. Quizás eso significara que él había aprendido su oficio. Solía aconsejar lo siguiente a los escritores noveles: "Traten de lograr que se imprima alguno de sus trabajos, en una pequeña revista o algo así. Verán qué distinto es del manuscrito... Y los sorprenderá comprobar lo mucho que se aprende de eso".

En la actualidad el método habitual utilizado en imprenta es la tipografía. Pero hasta eso habría de depararle una sorpresa, aunque de naturaleza opuesta. Por ejemplo:

él siempre había leído La historia de Genji en los menudos tipos de las ediciones modernas; un día cayó en sus manos un precioso ejemplar impreso con métodos antiguos y el resultado de la lectura fue completamente distinto. ¿Cómo habría impresionado a quienes la leían en aquellos bellísimos manuscritos de la época de la Corte de Heian? Mil años atrás, La historia de Genji era una novela moderna. Nunca más se la volvería a leer así, por mucho que hubieran progresado los estudios sobre Genji. Con todo, las ediciones antiguas brindaban un placer más intenso que las modernas. Lo mismo ocurría, sin duda alguna, con la poesía del período Heian. Y en cuanto a la literatura posterior, Oki había procurado leer a Saikaku en facsímiles de las ediciones del siglo XVII, no por pedantería sino en un intento por aproximarse todo lo posible a la obra original. Pero leer novelas contemporáneas en facsímiles de los manuscritos era un simple esnobismo. Las novelas contemporáneas han sido escritas para que se las lea en letra de imprenta, no en un manuscrito sin ningún encanto.

Cuando Oki se casó con Fumiko ya no existía una brecha importante entre sus manuscritos y las versiones impresas; pero dado que su esposa era una excelente dactilógrafa, él prefería hacérselos transcribir. Los manuscritos mecanografiados en japonés se aproximaban mucho más a la imprenta que los escritos a mano. Además, él sabía que todos los manuscritos occidentales surgían directamente de la máquina de escribir o eran transcriptos en ésta. Pero las novelas de Oki mecanografiadas parecían más frías y más chatas que el original a mano y que la versión final impresa, en parte debido a que él no estaba habituado a leerlas así. Sin embargo, justamente eso le permitía reconocer mejor los defectos y facilitaba las correcciones y las revisiones. De modo que Fumiko se acostumbró a mecanografiar todos sus trabajos.

Y así surgió el problema del manuscrito de *Una chica de dieciséis*. Pedirle a Fumiko que la pasara en limpio significaría someterla a un martirio y a una humillación. Sería una crueldad.

Cuando él había conocido a Otoko, su esposa tenía veintidós años y acababa de dar a luz al primer hijo del matrimonio. Por supuesto que intuyó la historia de amor de su marido. Solía salir por las noches, llevando a su hijo a la espalda y vagaba a lo largo de las vías del

ferrocarril. En una oportunidad en que ella faltó de su hogar por varias horas, Oki la encontró en el jardín, apoyada contra el viejo ciruelo, sin voluntad de entrar en la casa. El había salido a buscarla y escuchó sus sollozos al llegar a la verja.

—¿Qué estás haciendo allí? Sólo conseguirás que el niño se enferme.

Eso había ocurrido a mediados de marzo, aún hacía bastante frío. El niño se enfermó. Debió ser internado con un comienzo de neumonía. Fumiko permaneció junto a él en el hospital.

—Será mejor para ti que muera —le dijo a su esposo—. Si eso ocurre no tendrás inconvenientes en dejarme.

Aun en aquella situación, Oki aprovechó la ausencia de su esposa para ver a Otoko con más frecuencia. El niño se salvó.

Al año siguiente, cuando Otoko tuvo la criatura antes de tiempo, Fumiko se enteró del hecho a través de una carta de la madre de Otoko, que encontró por casualidad. El que una muchacha tan joven tuviera un hijo no era sorprendente en sí, pero Fumiko nunca había pensado en ello. En la violenta escena que siguió a su descubrimiento, cayó en un estado de frenético furor que la llevó a morderse la lengua. Cuando Oki vio la sangre que corría por las comisuras de los labios, la obligó a abrir la boca y le introdujo la mano en ella hasta que Fumiko comenzó a asfixiarse y a hacer arcadas y, por fin, aflojó. Los dedos de Oki sangraban cuando los extrajo de la boca de su esposa. Ante ese espectáculo, Fumiko se calmó y se ocupó de vendarle la mano.

Antes de que la novela estuviera concluida, Fumiko también se había enterado de que Otoko había terminado con él y se había marchado a Kyoto. Si le daba a transcribir los originales reabriría las heridas de sus celos y su dolor; pero hacer lo contrario significaría tratar el asunto como algo secreto. Oki estaba perplejo, pero finalmente decidió entregarle el manuscrito; entre otras cosas, porque quería confesarle toda la verdad. Ella lo leyó inmediatamente.

—Debí haberte dejado partir —le dijo—. No sé por qué no lo hice. Todo el que lea esta novela se pondrá de parte de Otoko.

—No quise escribir sobre ti.

—Sé que no puedo compararme con tu mujer ideal.

—No quise decir eso.

—Fui celosa. Desagradablemente celosa.

—Otoko se marchó. Tú y yo seguiremos viviendo juntos por mucho, mucho tiempo. Pero gran parte de la Otoko de este libro es pura ficción. Por ejemplo, no sé cómo se sentía ni cómo se comportaba mientras estuvo internada.

–Ese tipo de ficción es inspirada por el amor.
–No podría haber escrito sin amor –admitió Oki abruptamente–.
¿Quieres pasar en limpio estos originales? Odio preguntártelo.
–Lo haré. Después de todo, una máquina de escribir no pasa de ser eso, una simple máquina. Yo me convertiré en parte de esa máquina.

Por supuesto, Fumiko no pudo funcionar simplemente como una máquina. Parecía cometer frecuentes errores... Oki oía a cada paso como desgarraba alguna página. A veces el tableteo cesaba y él oía los sollozos ahogados de su esposa.

La casa era muy pequeña y la máquina de escribir estaba en un ángulo del comedor próximo a su ruinoso escritorio, de modo que él tenía muy presente la proximidad de Fumiko. Era difícil mantenerse en calma, sentado ante su mesa de trabajo.

A pesar de todo, Fumiko no decía ni una palabra acerca de *Una chica de dieciséis*. Parecía pensar que una "máquina" no tenía por qué hablar. Los originales sumaban unas trescientas cincuenta páginas y era evidente que, pese a toda su experiencia, la tarea le demandaría bastante tiempo. A los pocos días de trabajo se la veía ya pálida y demacrada. Permanecía largos ratos inmóvil, con la mirada perdida en el infinito, las manos crispadas sobre la máquina y el ceño fruncido. Un buen día, antes de comer, vomitó una sustancia amarillenta y permaneció así, doblada en dos. Oki corrió a golpearle la espalda.

Fumiko aspiró una bocanada de aire y le pidió agua. Sus ojos enrojecidos estaban llenos de lágrimas.

–Lo siento. No debí haberte pedido que transcribieras esto –murmuró Oki–. Pero pensé que sería inútil tratar de mantenerte apartada de este libro...

Si bien no había llegado a destruir su matrimonio, esa herida también demoraría en cicatrizar.

–A pesar de todo, me alegro de que me lo hayas confiado –aseguró Fumiko, mientras procuraba sonreír–. Estoy realmente exhausta. Es la primera vez que transcribo un trabajo tan largo casi sin parar.

–Mientras más largo sea, más prolongada será tu tortura. Quizás ése sea el destino de la esposa de un novelista.

–Gracias a tu novela he llegado a entender muy bien a Otoko. Por mucho que me haya lastimado, comprendo que el haberla encontrado fue una experiencia valiosa para ti.

–¿No te he dicho acaso que la he idealizado?

—Lo sé. No existe una niña tan adorable como ésa. ¡Pero me gustaría que hubieras escrito más acerca de mí! No me importaría aparecer como una horrible arpía celosa.

—Nunca lo fuiste.

—No tienes idea de lo que ocurría en mi corazón.

—No estaba dispuesto a exponer todos nuestros secretos de familia.

—¡No, tú estabas tan absorto en la pequeña Otoko que sólo querías escribir sobre ella! Seguramente pensaste que yo empañaría su belleza y ensuciaría tu novela. ¿Pero es necesario que una novela sea tan bonita?

Hasta su resistencia a describir los celos de su esposa había provocado una explosión de resentimiento. Y no era que él hubiera eludido por completo ese aspecto. Quizá justamente el hecho de haberlo tratado en forma tan concisa hubiera subrayado el efecto. Pero Fumiko parecía frustrada al ver que él no había entrado en detalle. Las reacciones de su esposa lo desconcertaban. ¿Cómo era posible que se sintiera ignorada? La novela tenía que estar centrada en torno a Otoko, puesto que narraba su trágica historia de amor. Oki había incluido en la acción numerosos hechos que su esposa desconocía hasta ese momento. Eso era lo que más lo había preocupado y, sin embargo, lo que más parecía lastimar a Fumiko era que él hubiera escrito tan poco sobre ella.

—No me pareció bien explayarme sobre tus celos —explicó Oki.

—¡Lo que ocurre es que no puedes escribir sobre alguien a quien no amas, sobre alguien a quien incluso odias! Mientras escribo a máquina no cese de preguntarme por qué no te dejé marchar.

—Estás diciendo disparates.

—Hablo muy en serio. El retenerte fue un crimen. Es probable que me arrepienta por el resto de mi existencia.

—¡Basta ya!

Oki aferró a su esposa por los hombros y la sacudió. Fumiko se estremeció violentamente y volvió a vomitar algo amarillento. Oki la soltó.

—Ya pasó —dijo ella—. Creo que es... una de esas náuseas normales.

—¿Cómo dices?!

Fumiko se cubrió la cara con las manos y sollozó.

—Si es así debes cuidarte. No puedes seguir escribiendo a máquina.

—No, quiero seguir trabajando. Ya no me falta mucho y no me puede hacer ningún daño hacer trabajar los dedos.

No quiso atender razones. Pocos días después de concluida la tarea, Fumiko perdió la criatura. En apariencia, la causa fue más la conmoción emocional que el esfuerzo físico de mecanografiar. Tuvo que guardar cama varios días, y su suave y abundante cabellera, que ella usaba suelta, perdió parte de su esplendor. Su rostro pálido, sin afeites, lucía en cambio terso.

Dada la juventud de Fumiko, el aborto no le acarreó consecuencias.

Oki archivó el manuscrito. No se resolvía a destruirlo ni quería volver a verlo. Aquella novela hundía dos vidas en las tinieblas. ¿Acaso no era una trágica coincidencia lo de la niña prematura de Otoko y el aborto de Fumiko? Marido y mujer evitaron mencionar la novela por largo tiempo. Por fin fue Fumiko quien se decidió a hablar.

—¿Por qué no la publicas? ¿Te preocupa herirme? Cuando una mujer está casada con un novelista tiene que aceptar ese tipo de cosas. Si alguien debe preocuparte, ese alguien es Otoko.

Fumiko ya estaba casi totalmente recuperada y su piel lucía sonrosada y lustrosa. ¿Era el milagro de la juventud? Hasta deseaba con más intensidad a su marido.

Aproximadamente en la época en que se editó *Una chica de dieciséis*, Fumiko quedó nuevamente encinta. *Una chica de dieciséis* fue muy elogiada por la crítica. Además, gustó a los lectores. Fumiko no podía haber olvidado sus celos y su resentimiento, pero sólo exhibió su placer ante el éxito del marido. Y aquella novela —según la opinión unánime, la mejor de su primer período— fue siempre su libro más vendido. Para Fumiko eso había significado ropa nueva y hasta alhajas. Además, ayudaba a costear la educación de su hijo y de su hija. ¿Habría olvidado ya que todo aquello se debía a los amores de su marido con una niña? ¿Aceptaría ese dinero como un ingreso normal? ¿Habría dejado de ser trágico para ella aquel trágico amor?

Oki no se resistía a que eso sucediera, pero más de una vez se detenía a pensar. Otoko no había recibido compensación alguna como modelo de la heroína. Tampoco le había llegado queja alguna de ella o de su madre. A diferencia del pintor o del escultor de un retrato realista, él podía penetrar en los pensamientos y sentimientos de su modelo, podía alterar su apariencia, podía idealizarla e inventar según su capricho. A pesar de todo, la adolescente seguía siendo Otoko; de eso no cabía duda. Oki había derramado libremente su pasión juvenil sin pensar en la situación de la muchacha, en los problemas que eso podría acarrear a una mujer soltera. Sin duda alguna era su pasión la

que había atraído a los lectores, pero era muy probable que esa pasión se hubiera convertido también en un obstáculo para el casamiento de Otoko. La novela había acarreado a Oki fama y dinero. Fumiko parecía haber olvidado sus celos y quizá la herida hubiera sanado. Hasta había una diferencia en la forma en que ambas mujeres habían perdido sus bebés. Fumiko era su esposa; se había recuperado normalmente de su aborto y tiempo después había dado a luz a una niña.

Los años pasaban y la única persona que jamás cambiaba era la adolescente de su libro. Desde un punto de vista estrictamente doméstico había sido una suerte que no subrayara los salvajes celos de Fumiko, aun cuando ése fuera quizás uno de los puntos débiles de la novela. Pero ese detalle contribuía a hacer grata la lectura y añadía atracción a la heroína.

Años después, cuando la gente hablaba de las mejores obras de Oki, invariablemente mencionaba en primer lugar *Una chica de dieciséis*. Como novelista, Oki encontraba aquel hecho deprimente y se lo repetía a sí mismo con tristeza. Sin embargo, el libro tenía toda la frescura de la juventud, y el gusto del público, apoyado por la opinión de la crítica, no tomaba en cuenta las objeciones del autor. La obra comenzó a tener vida propia. Pero ¿qué había sido de Otoko, luego que su madre la llevó a Kyoto? Aquella pregunta no abandonaba su mente, en parte como consecuencia de la perdurabilidad de su novela. Sólo en los últimos años Otoko había adquirido renombre como pintora. Hasta entonces Oki no había sabido nada de ella. Suponía que se había casado y que llevaba una vida corriente. En realidad, eso era lo que él deseaba; pero le resultaba difícil imaginar ese género de vida para una muchacha con su temperamento. ¿Acaso era porque aún se sentía ligado a ella?

Por eso le produjo una verdadera conmoción el enterarse de que Otoko se había dedicado a la pintura.

Oki no sabía lo que ella podía haber sufrido, ignoraba las dificultades que debía de haber superado; pero su éxito le produjo profundo placer. Un día encontró un cuadro de ella en una galería. Su corazón dejó de latir. No era una exhibición de sus obras; sólo uno de los cuadros le pertenecía: el estudio de una peonía. En el extremo superior de la banda de seda había pintado una peonía roja. Era una vista de frente de la flor, en un tamaño superior al natural, con pocas hojas y un único pimpollo blanco en la parte inferior del tallo. En aquella flor enorme creyó ver el orgullo y la nobleza de Otoko. Lo

adquirió inmediatamente, pero como llevaba la firma, decidió donarlo al club de escritores al cual él pertenecía y no llevarlo a su casa.

En la pared del club, la tela le causó una impresión diferente de la que le había causado en la abarrotada galería. La enorme peonía roja parecía una aparición. La soledad parecía brotar de su interior. Por ese entonces fue cuando descubrió una fotografía de Otoko en su estudio, publicada por una revista.

Durante muchos años, Oki había deseado viajar a Kyoto para escuchar las campanas de fin de año; pero aquella tela lo había hecho pensar en la posibilidad de escucharlas junto a Otoko.

Kamakura Norte también era conocida como Yamanouchi, "Entre colinas". Una carretera bordeada de árboles en flor corría entre las suaves colinas del norte y del sur. Muy pronto, los capullos brotarían en aquellos árboles para anunciar la llegada de otra primavera. Oki había adquirido el hábito de caminar hasta las colinas del sur y, justamente desde la cumbre de una de éstas, contemplaba ahora el purpúreo cielo de atardecer.

El resplandor púrpura del ocaso se fue perdiendo hasta convertirse en un azul oscuro, que iba empalideciéndose hasta llegar a un tono ceniciento. La primavera parecía haberse transformado en otoño. El sol había desaparecido; ya no se distinguía aquella tenue bruma rosada. Comenzaba a hacer frío. Oki descendió al valle y caminó de regreso a su hogar, situado en una de las colinas del norte.

—Una joven de Kyoto, una tal señorita Sakami estuvo aquí —anunció Fumiko—. Trajo dos cuadros y una caja de pasteles.

—¿Se fue ya?

—Taichiro la llevó a la estación. Quizás hayan tratado de dar contigo.

—¿Sí?

—Es de una belleza casi atemorizante —dijo Fumiko, clavando los ojos en él—. ¿Quién es?

Oki hizo lo posible por parecer indiferente, pero la intuición femenina de su esposa debía de haberle advertido a ésta que la muchacha estaba vinculada de alguna manera con Ueno Otoko.

—¿Dónde están los cuadros? —preguntó.

—En tu estudio. Aún están embalados. No los he mirado.

Por lo visto, Keiko había hecho lo que él le había pedido en la estación de Kyoto. Oki se dirigió a su estudio y desembaló los cuadros. Los dos tenían marcos sencillos. Uno de ellos llevaba el título de *Ciruelo*, pero no mostraba ramas ni tronco; sólo se veía una flor, grande como el rostro de un bebé. Además, aquella flor tenía pétalos rojos y blancos.

Cada pétalo rojo estaba pintado con una extraña combinación de matices oscuros y claros.

La forma de la flor no aparecía muy alterada, pero producía la impresión de un estático diseño decorativo. Era como una extraña aparición. Parecía mecerse en el aire. Quizás eso se debiera a un efecto del fondo. Al comienzo, Oki creyó que ese fondo estaba constituido por espesas capas de hielo superpuestas, pero al examinarlo mejor descubrió que se trataba de una cadena de montañas nevadas. Sólo las montañas podían conferir esa sensación de vastedad. Pero ninguna montaña real se estrechaba en la base como ocurría con aquéllas, ninguna montaña real era tan dentada... Era el elemento abstracto en el estilo de la muchacha. El fondo podía haber sido una imagen de los sentimientos de la propia Keiko. Aun cuando se lo hubiera tomado por cascadas de nieve en la montaña, el blanco no era frío. El frío de la nieve y su tono cálido producían una especie de música. No se trataba de una blancura uniforme, sino de la armoniosa fusión de muchos colores. Tenía la misma tonalidad que la variación de rojo y blanco en los pétalos de la flor. Se lo considerara o no un cuadro frío en su conjunto, la flor de ciruelo palpitaba con las emociones juveniles de la pintora. Era probable que Keiko lo hubiera pintado especialmente para él como alusión al comienzo de la primavera. La flor de ciruelo, por lo menos, era claramente discernible.

Al contemplar el cuadro, Oki pensó en el viejo ciruelo de su jardín. Siempre había aceptado la opinión del jardinero de que se trataba de un capricho de la Naturaleza, sin molestarse en controlar la erudición del hombre en materia de botánica. El ciruelo tenía flores rojas y blancas. No se trataba de un injerto: las flores rojas y blancas se alternaban en una misma rama. Por otra parte, no todas las ramas ostentaban flores blancas y rojas: algunas sólo tenían flores blancas, otras sólo tenían flores rojas. Empero, la mayoría de las ramas menores exhibían la caprichosa combinación de rojo y blanco, aunque no todos los años apareciera esa mezcla de colores en las mismas ramas.

Oki era un enamorado de aquel viejo ciruelo. En ese momento, los capullos apenas comenzaban a abrirse.

Era evidente que Keiko había simbolizado el extraño ciruelo en una única flor. Sin duda Otoko le había hablado de él. Él y Fumiko ya vivían en esa casa cuando Oki conoció a Otoko y, aunque ella nunca la había visitado, él debió de hablarle sobre el curioso árbol. Ella lo había

recordado y lo había comentado con su discípula. ¿Le habría confesado también su antiguo amor?

–Supongo que es obra de Otoko.

–¿Cómo?

Oki se volvió. Absorto en la contemplación del cuadro no había advertido la presencia de su esposa.

–¿No es un cuadro de Otoko?

–Por cierto que no. No podría haber hecho una cosa tan juvenil. La autora es la muchacha que acaba de estar aquí. ¿No ves? Lo firma "Keiko".

–Es un cuadro muy extraño.

La voz de Fumiko era dura.

–Así es –replicó Oki, haciendo un esfuerzo por ser cordial–. Pero los jóvenes de hoy, aun los que pintan en estilo japonés...

–¿Es esto lo que llaman pintura abstracta?

–Bueno, quizá no llegue tan lejos.

–El otro es más extraño aún. Uno no sabe si se trata de peces o de nubes... Jamás he visto semejante mezcla de colores en pinceladas aplicadas en cualquier sentido.

Fumiko se arrodilló detrás de su marido.

–Mmm. Los peces y las nubes son muy diferentes. Quizá no se trate de ninguna de las dos cosas.

–¿Y qué es entonces?

–Puedes imaginar lo que quieras.

Oki se inclinó para mirar el dorso de la tela, apoyada contra la pared.

–*Sin título*. Lo ha llamado *Sin título*.

El cuadro no mostraba formas discernibles y sus colores eran más intensos y variados aún que los de *Ciruelo*. Quizá la profusión de líneas horizontales hubiera hecho que Otoko viera peces o nubes en él. A primera vista no parecía existir armonía alguna entre los colores. Pero era excepcionalmente apasionado, para ser un cuadro pintado con la clásica técnica japonesa. El hecho de carecer de título lo abría a cualquier interpretación, quizá porque los sentimientos subjetivos de la artista, supuestamente ocultos, quedaban revelados en él. Oki buscó el corazón de aquella pintura.

–¿Qué tiene que ver ella con Otoko? –preguntó Fumiko.

–Es una estudiante que vive con ella.

–¡Ah, sí! Quiero destruir esos cuadros.

–¡No seas absurda! ¿Por qué eres tan violenta?

–Ha volcado en ellos sus sentimientos hacia Otoko. No son cuadros que debemos conservar en esta casa.

Pasmado por aquel relámpago de celos femeninos, Oki habló con voz débil:

—¿Por qué crees que están vinculados con Otoko?

—¿Pero es que no lo ves?

—Es tu imaginación. Estás comenzando a ver fantasmas.

Pero a medida que Oki hablaba, se iba encendiendo una minúscula llama en su corazón. Era bastante claro que el cuadro del ciruelo expresaba el amor que Otoko le profesaba. Y hasta la pintura sin nombre parecía referirse al mismo tema. En él, Keiko había empleado también pigmentos minerales y los había aplicado en gruesas capas, mezcladas con pigmentos húmedos, un poco hacia abajo y a la izquierda del centro del cuadro. Oki sintió que podía vislumbrar el espíritu de aquella pintura en el extraño espacio brillante, semejante a una ventana, que se encontraba dentro de la porción más recargada. Se podría haber dicho que aquello era el amor de Otoko, ardiente aún.

—Después de todo, no fue Otoko quien los pintó —dijo.

Fumiko parecía sospechar que su marido se había encontrado con Otoko, en ocasión de su viaje a Kyoto para escuchar las campanas de los templos. Sin embargo, no había dicho nada en aquella ocasión. Quizás hubiera callado por ser Año Nuevo.

—¡Sea como sea, odio estos cuadros! —exclamó y sus párpados se contrajeron de rabia—. ¡No los quiero en esta casa!

—Los odies o no, pertenecen a la pintora. ¿Te parece bien destruir una obra de arte, aunque la autora sea una muchacha joven? Y, en primer lugar, ¿estás segura de que nos los ha obsequiado? ¿No cabe la posibilidad de que los haya dejado sólo para que los veamos?

Fumiko permaneció unos instantes en silencio. Luego dijo:

—Taichiro la atendió. Ahora debe de haberla llevado a la estación; aunque ya ha transcurrido muchísimo tiempo.

¿Acaso eso también la estaría mortificando? La estación no quedaba lejos y había trenes cada quince minutos.

—Supongo que esta vez el seducido será él. Una chica tan bonita, con una fascinación maligna...

Oki comenzó a envolver los cuadros.

—Deja de hablar de seducciones. No me gusta. Si ella es tan bonita como dices, estos cuadros no son otra cosa que ella misma: el narcisismo de una muchacha joven.

—No. Estoy segura que se refieren a Otoko.

—En ese caso podría ser que ella y Otoko fueran amantes.

—¿Amantes?

Había sorprendido a Fumiko con la guardia baja.

—¿Crees que pueden ser amantes?

—No sé. Pero no me sorprendería que fuesen lesbianas. Viven juntas en un antiguo templo de Kyoto y, por lo visto, ambas son demencialmente apasionadas.

La posibilidad de que aquellas dos mujeres fueran lesbianas había calmado a Fumiko. Cuando volvió a hablar, su voz era serena.

—Aun cuando sea así, creo que estos cuadros demuestran que Otoko te sigue amando.

Oki se sintió avergonzado de haber apelado al argumento del lesbianismo para salir de una situación difícil.

—Es probable que ambos estemos equivocados. Hemos contemplado estas pinturas con ideas preconcebidas.

—¿Y entonces, por qué se empeña ella en pintar cuadros así?

—Mmm.

Realista o no, un cuadro expresaba los pensamientos y sentimientos más ocultos del artista. Pero Oki no se animaba a proseguir ese tipo de discusión con su esposa. Quizá su primera impresión de la pintura de Keiko hubiera sido inesperadamente acertada. Y quizá su propio comentario, al pasar, acerca de una posible relación lesbiana también hubiera sido acertada.

Fumiko abandonó el estudio. Oki esperó el regreso de su hijo. Taichiro había comenzado a enseñar literatura japonesa en una universidad privada. Los días que no dictaba cátedra, concurría a la biblioteca del establecimiento o estudiaba en su casa. Originariamente había querido estudiar "literatura moderna" —literatura japonesa desde Meiji—, pero ante la oposición de su padre, se había especializado en los períodos Kamakura y Muromachi. No era común que la gente de su especialidad leyera inglés, francés y alemán, como él. El muchacho tenía talento, sin duda alguna; pero era tan callado, que parecía sombrío. Era el polo opuesto de su hermana Kumiko, alegre y despreocupada, con sus superficiales conocimientos de arreglo floral, costura, tejido y todo tipo de artes y artesanías.

Kumiko siempre había mirado a su hermano mayor como a un excéntrico: ni siquiera le daba una respuesta lógica cuando lo invitaba a patinar o a jugar al tenis. No quería saber nada con sus amigas. Invitaba a sus alumnos a la casa, pero apenas si se los presentaba. Kumiko no era de las que guardan rencor, pero a veces se enfurruñaba al ver que la madre se mostraba muy solícita con los alumnos de su hermano.

–Cuando Taichiro tiene invitados –se defendía la madre–, lo único que hacemos es servirles té.

–Pero tú haces un gran alboroto, revuelves la heladera y las alacenas o encargas comida.

–Y bien, ¡él no trae a nadie más que a sus alumnos!

Kumiko se había casado y se había marchado a Londres con su marido. Sólo tenían noticias de ella dos o tres veces por año. Taichiro aún no había conquistado su independencia económica y nunca hablaba de matrimonio.

El propio Oki comenzó a preocuparse por la demora de Taichiro.

Miró a través de las puertas vidrieras de su estudio. Al pie de la colina que se levantaba detrás de la casa había un gran montículo de tierra proveniente de una excavación, practicada durante la guerra para construir un refugio antiaéreo. La hierba lo había cubierto y entre las hierbas florecía un macizo de flores de color lapislázu. Eran flores pequeñísimas, pero de un azul brillante, intenso. Aquellas flores eran las primeras en aparecer en el jardín, con la sola excepción de la adelfa. Además permanecían abiertas por largo tiempo. Oki ignoraba el nombre de aquellas flores, que no figuraban entre las célebres precursoras de la primavera; pero estaban tan próximas a su ventana que más de una vez experimentó el deseo de arrancar una y estudiarla. Nunca lo había hecho, pero eso no hacía más que acrecentar su amor por aquellas diminutas flores azules.

Poco después de ellas comenzaban a florecer los dientes de león entre la espesura de hierbas. También esas flores duraban mucho. Aun a esa hora, en la débil claridad del atardecer se distinguía el amarillo de los dientes de león y el azul de las otras florecillas. Oki permaneció largo rato mirando por la ventana.

Taichiro seguía sin llegar.

LA FESTIVIDAD DE LA LUNA LLENA

Otoko proyectaba llevar a Keiko al templo del monte Kurama, con motivo de la Festividad de la Luna Llena. La fiesta se celebraba en mayo, pero en una fecha distinta de la que fijaba el antiguo calendario lunar. La tarde anterior a la fiesta, la Luna asomó por detrás de las Colinas Orientales sobre el fondo de un cielo límpido.

Otoko la contemplaba desde la galería.

–Creo que mañana habrá una luna magnífica –comentó en voz alta, dirigiéndose a Keiko, que permanecía en el interior de la casa.

Se suponía que los asistentes a la fiesta debían beber de un cuenco de sake que reflejara la luna llena; por eso, nada podía ser más decepcionante que un cielo nublado, sin luna.

Keiko salió a la galería y apoyó suavemente la mano en la espalda de Otoko.

–La luna de mayo –dijo Otoko.

–¿No quieres que demos un paseo en automóvil al pie de las Colinas Orientales? –preguntó Keiko después de una pausa–. ¿O que vayamos a Otsu, a ver la Luna en el lago Biwa?

–¿La Luna en el lago Biwa? ¿Qué tiene de particular?

–¿Crees que se refleja mejor en un cuenco de sake? –preguntó a su vez Keiko, mientras se sentaba a los pies de Otoko–. Sea como fuere me gustan los colores que hay esta noche en el jardín.

–¿Sí? –dijo Otoko y se asomó al jardín–. Trae un almohadón, ¿quieres? Y apaga las luces de adentro.

Desde la galería del estudio sólo se veía el jardín interior del templo; la residencia principal interrumpía la vista. Era un jardín oblongo, no muy artístico; pero la Luna bañaba aproximadamente la mitad de su superficie, de modo que hasta las piedras lucían colores variados por efecto de las luces y sombras. Una azalea blanca parecía flotar en la oscuridad. El arce rojo que se levantaba cerca de la galería aún tenía hojas tiernas, pero la noche las oscurecía. En la primavera, la gente solía tomar por pimpollos las yemas rojo–brillante de aquel árbol y preguntaban qué flor era ésa. Otra característica del jardín era la profusión de musgo pilífero.

–¿Qué te parece si preparo un poco de té nuevo? –propuso Keiko.

Otoko seguía contemplando aquel jardín que le era tan familiar, como si no estuviera habituada a verlo a todas las horas del día. Permanecía sentada, con la cabeza ligeramente gacha, preocupada, con los ojos fijos en la mitad del jardín bañada por la Luna.

Al regresar con el té, Keiko comentó una noticia que había leído en alguna parte: la modelo de Rodin para *El beso* vivía aún y tenía alrededor de ochenta años.

–Cuesta creerlo, ¿no?

–Dices eso porque eres joven. ¿Acaso es forzoso que mueras temprano porque un artista ha inmortalizado tu juventud? ¡No se debe perseguir así a los modelos!

El recuerdo de la novela de Oki había producido aquel estallido. Pero Otoko era bellísima a los treinta y nueve años.

—En realidad, esto me ha hecho pensar que podrías pintar mi retrato mientras soy joven aún.

Si puedo, lo haré, por supuesto.

—¿Pero por qué no un autorretrato?

—¿Que me pinte yo? No lograría un parecido aceptable, por una parte. Y aun cuando lo lograra, en ese retrato aparecería todo tipo de fealdades y terminaría por odiarlo. Y a pesar de todo, la gente seguiría pensando que me he favorecido, a menos que lo hiciera abstracto.

—¿Significa eso que quieres un retrato realista? Eso no condice con tu personalidad.

—Quiero que tú me pintes.

—Me encantaría hacerlo, si pudiera —repitió Otoko.

—Es posible que tu cariño por mí se haya enfriado... ¿o es que me temes? —La voz de Keiko se había hecho cortante.

—Un hombre estaría encantado de pintarme. Aun al desnudo.

Otoko parecía imperturbable.

—Si lo tomas así, lo intentaré.

—¡Cuánto me alegra!

—Pero no desnuda. Los desnudos pintados por mujeres nunca resultan bien. Por lo menos en mi estilo anticuado.

—Cuando yo pinte mi autorretrato te incluiré en el cuadro.

El tono de Keiko era insinuante.

—¿Qué clase de cuadro sería?

La muchacha lanzó una risita enigmática.

—No te preocupes. Si tú me retratas, mi cuadro puede ser abstracto. Nadie se enterará.

—No es que me preocupe —dijo Otoko y tomó un sorbo del fragante té nuevo.

Era el primer té de la temporada, un obsequio de la plantación de té de Uji, que Otoko había visitado para hacer unos bocetos. En esos bocetos no aparecía ninguna de las muchachas que recogían el té: la superficie íntegra estaba colmada por las suaves ondulaciones de las hileras de arbustos de té. Día tras día había regresado a la plantación dibujar con diversas luces y sombras. Keiko la había acompañado en todas las ocasiones. En una oportunidad le preguntó:

—¿No crees que esto es una abstracción?

—Si tú la hubieras pintado, sí lo sería. Supongo que es una audacia de mi parte; pero quiero hacer el intento de armonizar los colores de las hojas nuevas y de las viejas, y las líneas suaves y redondeadas de las hileras.

Había hecho una versión preliminar del cuadro en su estudio, sobre la base de los bocetos.

Pero la razón por la cual Otoko deseaba pintar la plantación de té de Uji no era sólo el placer que le causaban las hojas de diferentes matices de verde. Después de romper su relación con Oki, había huido a Kyoto con su madre, pero había efectuado varios viajes a Tokyo. Lo que más recordaba de aquel período eran los campos de té vecinos a Shizuoka, vistos desde la ventanilla del tren. A veces los veía a mediodía, otras veces, al atardecer. Por entonces sólo era una colegiala e ignoraba que algún día sería pintora; pero ante el espectáculo de los campos de té, la tristeza de la separación la había oprimido repentinamente. No podía decir por qué aquellas lomadas verdes, tan poco vistosas, habían llegado tanto a su corazón, cuando a lo largo de las vías férreas había montañas, lagos, el mar... y a veces hasta nubes de tonalidades caprichosas. Pero quizá fuera su melancólico verde y las melancólicas sombras crepusculares de las hondonadas que las separaban, lo que había provocado su dolor. Eran lomas pequeñas, bien cuidadas, con vallecitos oscuros: no era un panorama salvaje. Y las hileras de arbustos redondeados parecían rebaños de mansas ovejas verdes. Pero era muy probable que aquel estado de ánimo de Otoko se debiera simplemente a que su tristeza había llegado al apogeo cuando cruzó por primera vez los campos vecinos a Shizuoka.

Esa tristeza retornó cuando Otoko vio la plantación de té de Uji. Comenzó a visitarla para hacer sus esbozos. Ni siquiera Keiko parecía advertir su estado de ánimo. Lo cierto era que los campos de té de Uji, en primavera, no tenían la melancolía de los que había contemplado Otoko desde la ventanilla del tren; el verde de las hojas nuevas era demasiado brillante.

A pesar de haber leído la novela de Oki y de haber oído hablar de él tantas veces durante las largas charlas que mantenía con Otoko en la cama, Keiko no parecía comprender que los bocetos de la plantación de té escondían la tristeza del antiguo amor de Otoko. Ella, por su parte, se deleitaba en la textura de aquellas ondulantes hileras de arbustos que se entrecruzaban; pero mientras más bocetos producía, más se alejaba de la realidad. Otoko encontraba muy divertidos aquellos ensayos.

—Piensas hacer todo el cuadro en verde, ¿no? —preguntó Keiko.

—Por supuesto. Son campos de té en la época de cosecha... Variaciones del verde.

—Yo no sé si usar rojo o púrpura... No me importa que la gente no se dé cuenta de que son campos de té.

El estudio preliminar de Keiko quedó colgado en la pared junto al de Otoko.

—Que té nuevo tan delicioso —comentó Otoko con una sonrisa—. Prepara un poco más... en estilo abstracto.

—¿Tan amargo como para que no puedas beberlo?

—¿A eso le llamas abstracto?

Desde la habitación vecina le llegó la risa joven de Keiko. Su voz se endureció un poco.

—Cuando fuiste a Tokyo te detuviste en Kamakura, ¿no?

—Sí.

—¿Por qué?

—El día de Año Nuevo el señor Oki manifestó sus deseos de ver mis cuadros. —Keiko se detuvo unos instantes y luego prosiguió hablando con voz fría: —Otoko, quiero vengarte.

—¿Vengarme? —exclamó Otoko sobresaltada—. ¿A mí?

—Así es.

—Keiko, ven, siéntate aquí. Discutamos esto ante una taza de tu té abstracto.

Keiko se arrodilló en silencio junto a su maestra y levantó una taza de té verde, mientras sus rodillas rozaban las de Otoko.

—¡Caramba! ¡Está amargo en serio! —comentó frunciendo el ceño—. Voy a preparar otra tetera.

—Está bien así —la detuvo Otoko—. ¿Quieres decirme ahora por qué hablas de venganza?

—Tú sabes muy bien por qué.

—Yo nunca he pensado en semejante cosa. No la deseo en lo más mínimo.

—Porque todavía lo amas... porque no podrás dejar de amarlo mientras vivas. —La voz de Keiko se ahogó.

—De modo que quiero vengarte —concluyó.

—Pero, ¿por qué?

—¡Yo experimento celos a mi manera!

—¿De veras?

Otoko apoyó la mano sobre el hombro de Keiko. La muchacha temblaba.

—Es verdad lo que he dicho, ¿no? Lo adivino. Y me enfurece.

—Qué criatura violenta —comentó Otoko suavemente—. ¿Qué quieres decir cuando hablas de venganza? ¿Qué has pensado hacer?

Keiko permanecía inmóvil, con los ojos bajos. La franja de luz lunar abarcaba ahora un sector más amplio del jardín.

—¿Por qué fuiste a Kamakura sin decirme una palabra?

—Quería conocer a la familia del hombre que te hizo tan desdichada.

—¿Y lo lograste?

—Sólo pude conocer a su hijo Taichiro. Supongo que es la imagen de su padre cuando era joven. Parece que estudia literatura japonesa medieval. Fue muy gentil conmigo. Me hizo conocer los templos de Kamakura y hasta me llevó a la costa, a Enoshima.

—Tú has nacido y has vivido en Tokyo, ¿cómo es posible que no conozcas esos lugares!

—Los conocía pero nunca los había visto bien. Enoshima ha cambiado enormemente. Me encantó enterarme de que había templos en los cuales las mujeres podían refugiarse de sus maridos.

—¿Ésa es tu venganza? ¿Estás tratando de seducir al muchacho? ¿O acaso piensas dejarte seducir por él? —preguntó Otoko y dejó caer su mano del hombro de Keiko—. Al parecer soy yo la que debe sentir celos.

—¡Ay, Otoko! ¡Celos, tú! ¡Qué feliz me haces! La muchacha rodeó el cuello de Otoko con sus brazos y se apretó contra ella.

—¡Yo puedo ser perversa, un verdadero demonio! ¡Con cualquiera menos contigo! ¿Lo comprendes?

—Pero llevaste contigo dos de tus cuadros predilectos.

—Una muchacha perversa también quiere impresionar bien. Taichiro me escribió para anunciarme que mis cuadros están colgados en su estudio.

—¿Es ésa la forma de vengarme? —preguntó Otoko con voz serena—. ¿Es el comienzo de tu venganza?

—Sí.

—Él era apenas un niño. No sabía nada acerca de la relación de su padre conmigo. Lo que a mí me lastimó fue el enterarme del nacimiento de su hermana menor. Ahora que veo las cosas a la distancia estoy segura de que fue así. Supongo que la niña ya estará casada.

—¿Quieres que destruya su matrimonio?

—¡Keiko, por favor! ¡Cómo puedes ser tan superficial! ¡No hables así! Te crearás problemas serios. No se trata de una inocente travesura.

—No temeré nada mientras te tenga a ti. ¿Crees que podría seguir pintando si te perdiera? Renunciaría a la pintura... y hasta a la vida.

—¡No digas esas cosas horribles!

—Me pregunto si no podrías haber destruido el matrimonio de Oki.

—Pero es que yo era apenas una colegiala... y ellos tenían un hijo.

—Yo lo habría hecho.

—No sabes lo fuerte que puede ser una familia.

—¿Más fuerte que el arte?

—Bueno... —Otoko inclinó la cabeza con expresión triste. —En ese tiempo yo no pensaba en el arte.

—Otoko —dijo Keiko y se volvió hacia su amiga, sujetándola suavemente por la muñeca—: ¿por qué me enviaste a recibir y a despedir a Oki?

—¡Porque tú eres joven y bonita, por supuesto! Porque estoy orgullosa de ti.

—Me enfurece que me ocultes cosas. Y yo te he observado atentamente con mi mirada celosa.

—¡Ah, sí!

Otoko miró los ojos de Keiko, que centelleaban a la luz de la Luna.

—No es que haya querido ocultarte nada. Pero yo tenía apenas dieciséis años cuando nos separamos y ahora soy una mujer madura, que comienza a engordar de cintura. Lo cierto es que no tenía muchas ganas de encontrarme con él. Tenía miedo de desilusionarlo.

—¿No era más lógico que se preocupara él? Yo te admiro más que a nadie en el mundo, de modo que él me decepcionó. Desde que vine a vivir aquí, contigo, me aburren los muchachos jóvenes. Pero creí que el señor Oki me impresionaría más. Cuando lo vi me sentí atrozmente decepcionada. A través de tus recuerdos yo había llegado a imaginármelo mucho mejor de lo que es.

—No puedes abrir juicio habiéndolo tratado tan poco.

—Por cierto que sí.

—¿Cómo?

—No me costaría nada seducir al señor Oki o a su hijo.

—¡Me asustas! —exclamó Otoko—. Ese tipo de presunción es peligroso, Keiko.

—No veo por qué —replicó Keiko, imperturbable.

—Sí que lo es. Además, ¿no crees que estás adoptando una actitud terriblemente depredatoria, por muy joven y bella que seas?

—Supongo que la mayoría de las mujeres tienen esa actitud que tú llamas depredatoria.

—Así es. ¿Y ésa es la razón por la cual llevaste tus cuadros favoritos a Oki?

—No. No necesito de mis cuadros para seducirlo. Otoko parecía consternada.

–Lo hice porque soy tu discípula y quería que él viera mis mejores obras.

–Te agradezco. Pero dices que sólo cruzaste unas pocas palabras con él en la estación. ¿Era razón suficiente para entregarle tus cuadros?

–Se lo había prometido. Además tenía curiosidad por ver su reacción ante ellos y necesitaba un pretexto para tomar contacto con su familia.

–¡Menos mal que él estaba ausente!

–Me imagino que habrá visto los cuadros más tarde; pero es probable que no los haya entendido.

–Eres injusta con él.

–Ni siquiera llegó a escribir algo mejor que *Una chica de dieciséis*.

–Eso no es cierto. A ti te gusta porque en ella me ha idealizado. Una novela juvenil como ésa gusta a la gente joven. Entiendo que no te entusiasmen sus trabajos posteriores.

–De todas maneras, si muriera hoy sólo se lo recordaría por esa novela.

–¡No sigas hablando así!

La voz de Otokō se había hecho severa. Arrancó su muñeca de la mano de Keiko y se apartó.

–¿Tanto lo aprecias todavía? –exclamó Keiko en tono áspero también–. ¿Aunque yo diga que te voy a vengar?

–No es aprecio.

–Entonces es... amor.

–Quizá.

Otokō se puso abruptamente de pie y entró en la casa. Keiko permaneció afuera, en la galería bañada por la luna, sentada, con el rostro hundido en las manos.

–Otokō: yo también vivo para otro ser –dijo, por fin, con voz temblorosa–. Pero cuando se trata de un hombre como Oki...

–Perdóname. Todo sucedió cuando yo era muy joven.

–Me voy a vengar.

–Eso no destruiría mi amor.

Keiko sollozaba ahora en la galería. Aún tenía el rostro hundido entre las manos.

–Otokō: píntame... píntame antes de que me convierta en la clase de mujer que has dicho. ¡Hazlo, por favor! Déjame que pose desnuda para ti.

–Está bien. Tendré mucho gusto en pintar tu retrato.

–¡Qué alegría me das!

Otoko había guardado varios bocetos de su bebé muerto. Pasaban los años, pero ella mantenía su intención de utilizarlos para un cuadro que se intitularía *Ascensión de un infante*. Había hojeado muchos libros de arte occidental en busca de cuadros de querubines y del Niño Jesús, pero aquella rolliza lozanía parecía poco apropiada para su dolor. Había varios célebres cuadros japoneses antiguos de San Kobo de niño, que la habían conmovido por su graciosa expresión de emoción contenida. Pero el santo no era un infante ni ascendía al cielo. No era que Otoko quisiera mostrar la ascensión como tal, sólo pretendía sugerir la sensación espiritual. ¿Pero llegaría a hacerlo algún día?

Ahora que Keiko le pedía que la pintara, Otoko pensaba en sus antiguos bocetos para *La ascensión de un infante*. Quizá pudiera retratar a Keiko a la manera de los cuadros del niño santo. Sería un *Retrato de una virgen* en el más puro estilo clásico. A pesar de tratarse de obras de arte religioso, algunos retratos de santos tenían una seducción indescriptible.

—Keiko, he decidido pintarte y he pensado en una composición. Estará dentro de la tradición budista, de modo que no quiero ninguna pose inadecuada.

—¿Budista? —exclamó Keiko incómoda—. No estoy segura de que me guste la idea.

—Por lo menos déjame probar. Los cuadros budistas suelen ser muy bellos... y podría intitularlo *Muchacha abstraccionista*.

—Té estás burlando de mí.

—Hablo en serio. Lo comenzaré no bien termine con la plantación de té. Otoko se volvió para mirar la pared del estudio. Sobre los cuadros de la plantación de té pendía el retrato de su madre, pintado por ella. Sus ojos se detuvieron en ese cuadro. La madre lucía joven y bella en él, más joven que la propia Otoko. Quizá fuera el reflejo de su edad —treinta y uno o treinta y dos años— en el momento en que había pintado el retrato. O quizás hubiera surgido simplemente así.

Al verlo por primera vez, Keiko había dicho:

—Adorable. Parece un autorretrato.

¿Sería realmente así?, se preguntó Otoko.

Otoko se asemejaba mucho a su madre. ¿Sería la añoranza de su madre muerta lo que había hecho que captara en aquel retrato todos los elementos de semejanza? Al comienzo había hecho un buen número de bocetos basados en una fotografía, pero ninguno de esos ensayos la había conmovido. Por fin decidió ignorar la foto... y de pronto su madre se le apareció sentada ante ella. Más que un

fantasma, era su imagen viviente. Trazó un boceto tras otro, a toda prisa, con el corazón rebosante de emoción. Pero con frecuencia debía detenerse pues los ojos se le nublaban de lágrimas. Advirtió que el retrato de su madre se estaba convirtiendo más bien en un autorretrato.

El resultado final era el cuadro que ahora pendía de la pared sobre los estudios de la plantación de té. Otoko había quemado todas las versiones previas. La restante era la que más se aproximaba a un autorretrato, pero Otoko la consideraba la mejor. Cada vez que contemplaba el cuadro, sus ojos se velaban de tristeza. El retrato respiraba con ella. ¿Cuánto le había llevado fijar la imagen en aquella pintura?

Hasta ese momento Otoko no había pintado ningún otro retrato y sólo una que otra figura. Sin embargo, esa noche, presionada por Keiko había experimentado el repentino deseo de hacer un retrato. Nunca había imaginado así la *Ascensión de un infante*; pero aquel deseo largamente acariciado explicaba por qué había recordado los retratos del niño santo y había pensado en pintar a Keiko en el clásico estilo budista. Su madre, su hijita perdida y Keiko... ¿acaso no eran sus tres amores? Por diferentes que fueran, debía pintarlos a los tres.

—Otoko, estás contemplando el retrato de tu madre y te preguntas cómo puedes pintarme, ¿no? Piensas que es imposible sentir esa clase de amor por mí.

Keiko había entrado en el estudio y se había sentado muy cerca de su maestra.

—¡Tonterías! Ahora no me siento satisfecha cuando lo miro... He progresado un poco desde que lo pinté, ¿sabes? De todos modos siento cariño por este cuadro. Con todas sus fallas, es una obra a la cual me consagré en cuerpo y alma.

—No necesitas esforzarte tanto con mi retrato. Hazlo rápidamente.

—No, no —dijo Otoko absorta en sus pensamientos.

Mientras contemplaba el cuadro se había ido hundiendo en un mar de recuerdos de su madre. Luego Keiko le habló y su mente volvió a los retratos del niño santo. Algunas de las imágenes parecían niñas delicadamente graciosas o hermosas doncellas, en el estilo elegante y refinado del arte budista; pero también había una cierta voluptuosidad en el personaje. Aquellas figuras podían interpretarse como símbolos del amor homosexual en los monasterios medievales —de donde estaban proscritas las mujeres—, como expresión del anhelo de adolescentes hermosos que pudieran confundirse con bellas

muchachas. Quizás esa fuera la razón por la cual había recordado los retratos del santo no bien pensó en pintar a Keiko. El peinado no difería mucho de la melena y el flequillo usado por las niñas en la actualidad. Lo que ya no se veía eran esos esplendorosos quimonos de brocato, salvo en el teatro. No, resultaban demasiado anticuados para una jovencita moderna. Otoko recordó los retratos de Reiko, la hija del pintor Kishida Ryusei. Eran óleos o acuarelas con un dibujo minucioso, en un estilo clásico que mostraba influencias de Durero. Algunos de esos retratos eran cuadros de tema religioso. Pero Otoko había visto uno extremadamente raro, en colores claros, sobre papel chino. Mostraba a Reiko vistiendo una enagua roja y desnuda de la cintura para arriba. Estaba sentada en una pose muy formal. No era una de las obras maestras de Ryusei, y Otoko se preguntaba por qué había retratado a su propia hija en esa forma, en un cuadro de clásico estilo japonés. El pintor había hecho cosas semejantes en estilo occidental.

¿Por qué no hacer, entonces, un desnudo de Keiko? No había razón para renunciar a la idea del retrato del niño santo. Incluso había personajes budistas en los que se advertía una insinuación de pechos femeninos. ¿Y qué hacer con el peinado? Había visto un magnífico retrato del cual era autor Kobayashi Kokei. Era de exquisita pureza, pero el peinado no armonizaba. Luego de considerar diversas soluciones, Otoko sintió en forma casi dolorosa que el problema estaba más allá de sus fuerzas.

—¿Quieres que nos acostemos, Keiko? —preguntó.

—¿Tan temprano? ¿Con una luna tan maravillosa? Keiko se volvió para mirar el reloj.

—Son sólo las diez y cinco.

—Estoy un poco cansada. ¿No podemos seguir hablando en la cama?

—Está bien.

Keiko preparó las camas mientras Otoko estaba sentada ante su tocador. Era muy rápida. Cuando Otoko se hubo levantado, Keiko se dirigió al espejo para quitarse el maquillaje. Inclined hacia adelante, con el esbelto cuello curvado, miró su rostro en el cristal.

—Otoko, no soy la persona más indicada para un cuadro budista.

—Eso depende del pintor.

Keiko se quitó las horquillas y sacudió la cabeza.

—¿Te estás soltando el pelo?

—Sí.

Otoko observó a Keiko desde la cama.

—¿Piensas dormir con el pelo sin sujetar?

—Creo que necesita ventilación. Debería habérmelo lavado.

Keiko hizo una pausa y se llevó un manojo de pelo a la nariz.

–¿Qué edad tenías cuando murió tu padre, Otoko? –preguntó luego.

–Once años. ¿Cuántas veces me vas a hacer la misma pregunta?

Keiko no replicó. Corrió los paneles deslizables que daban sobre la galería, cerró las puertas entre dormitorio y estudio, y se tendió al lado de Otoko. Las camas estaban juntas.

Durante varias noches se habían acostado sin correr los paneles exteriores. Las hojas de papel de arroz brillaban con tenue resplandor a la luz de la Luna.

La madre de Otoko había muerto de cáncer pulmonar, sin revelarles que su marido había tenido una hija con otra mujer y que, por lo tanto, Otoko tenía una media hermana menor que ella. Otoko siempre lo había ignorado.

Su padre se había dedicado a la importación y exportación de productos textiles. Fueron muy numerosas las personas que asistieron a sus funerales y que practicaron las habituales reverencias y ofrendas de incienso; pero la madre de Otoko advirtió la presencia de una mujer bastante extraña, que parecía tener sangre blanca. Sus párpados hinchados por el llanto le llamaron la atención, cuando la mujer se inclinó ante la acongojada familia. La madre de Otoko sintió una aguda punzada de dolor. Hizo un gesto para que se aproximara el secretario privado de su marido y le susurró que preguntara a los recepcionistas quién era aquella joven de aspecto euroasiático. Más tarde, el secretario pudo averiguar que una abuela de aquella mujer era canadiense y se había casado con un japonés. Ella, por su parte, se había educado en un colegio para norteamericanos y trabajaba como intérprete. Vivía en una casita en Azabu.

–Supongo que no tiene hijos.

–Dicen que hay una niñita.

–¿La vio usted?

–No. Me informaron los vecinos.

La madre de Otoko tuvo la seguridad de que aquella niñita era hija de su marido. Había formas de verificarlo, pero pensó que la joven euroasiática la iría a ver. Nunca lo hizo.

Habrían transcurrido algo más de seis meses cuando el secretario le informó que se había casado y que había llevado a la niña consigo. Él también insinuó que la joven euroasiática había sido amante del desaparecido.

Con el correr del tiempo, los furiosos celos de la viuda se fueron calmando. Comenzó a pensar en la posibilidad de adoptar a la niñita.

Aquella hija de su marido debía de ignorar quién era su verdadero padre. Sintió que había perdido algo precioso... y no sólo porque Otoko era su única hija. Empero, le resultaba difícil hablar a una niña de once años de la hija ilegítima de su padre. Sin duda aquella niñita ya se había casado y tendría sus propios hijos; pero para Otoko era como si no existiera...

—¡Otoko, Otoko! —gritó Keiko sacudiendo a su amiga—. ¿Has tenido una pesadilla? Parecías quejarte de un dolor.

Acarició a Otoko, mientras ésta recuperaba el aliento.

—¿Me estabas mirando?

—Sí, desde hace unos instantes.

—¡Qué mala eres! Estaba soñando.

—¿Qué clase de sueño?

—Soñaba con una persona verde —la voz de Otoko aún mostraba signos de agitación.

—¿Alguien vestido de verde?

—No era la ropa. Era todo verde, incluyendo brazos y piernas.

—¿Sería el monstruo de los ojos verdes?

—¡No te burles de mí! No tenía un aspecto aterrador, sólo era una figura verde que flotaba y flotaba en torno a mi cama.

—¿Una mujer?

Otoko no replicó.

—Es un buen presagio. ¡Estoy segura!

Keiko apoyó una mano sobre los ojos de Otoko y los cerró; luego tomó una de las manos de su amiga y le mordió un dedo.

—¡Ay! —exclamó Otoko y abrió los ojos de par en par.

—Dijiste que me ibas a pintar —dijo Keiko—. Por eso adopté el color verde de la plantación de té.

—¿Te parece? ¿Bailas a mi alrededor hasta cuando duermo? Eso me asusta.

Keiko dejó caer la cabeza sobre el pecho de Otoko y lanzó una risita un poco histérica.

—¡Pero si eres tú la que soñaba!...

Al día siguiente ascendieron hasta el templo del Monte Kumara y llegaron allí hacia el atardecer. Los fieles se congregaban en el predio del templo. El tardío crepúsculo de un largo día de mayo desdibujaba ya los picos y los bosques vecinos.

La luna llena asomaba por sobre las Colinas Orientales, más allá de Kyoto. A izquierda y derecha del recinto central del templo ardían

grandes hogueras. Los sacerdotes habían salido y comenzaban a entonar los sutras. El sacerdote principal, que llevaba vestiduras escarlatas, entonaba las palabras, repetidas luego por los demás. Los acompañaba un armonio.

Todos los fieles ofrecían cirios encendidos. Justo enfrente del recinto central se había instalado un gigantesco cuenco de sake, que contenía agua, en la cual se reflejaba la Luna. Los fieles iban desfilando para que se vertiera agua de ese cuenco en sus palmas ahuecadas. Después de hacer una reverencia, la bebían. Otoko y Keiko hicieron lo mismo.

—Puede que encuentres pisadas verdes cuando regresemos a casa — dijo Keiko.

Parecía excitada por la atmósfera de aquella ceremonia en la montaña.

UN CIELO CARGADO DE LLUVIA

Cuando se cansaba de escribir o cuando una novela no progresaba, Oki se tendía en un sofá ubicado en la galería vecina a su estudio. Por la tarde solía dormir allí por espacio de una o dos horas. Había contraído ese hábito durante los últimos cinco años. Antes salía a caminar en lugar de echar aquellos sueñitos; pero después de tantos años de residir en Kamakura se había familiarizado demasiado con los templos vecinos y hasta con las colinas de la región. Por otra parte, como se levantaba temprano, siempre hacía una breve caminata por la mañana. Una vez despierto, no podía remolonear en la cama. Además, prefería estar lejos cuando la criada limpiaba la casa.

Antes de cenar hacía otra larga caminata.

La galería vecina a su estudio era amplia: en un rincón había un escritorio y una silla. Oki escribía allí o en la mesa baja de su estudio, sentado en el suelo cubierto de esteras. El sofá de la galería era muy cómodo. Cuando se recostaba en él y estiraba los miembros, todas sus dificultades parecían desvanecerse. Mientras escribía una novela tenía tendencia a dormir mal de noche y a soñar con su trabajo, pero en el sofá de la galería no tardaba en caer en un sueño profundo que borraba todo. De joven nunca había dormido siesta. Con frecuencia dedicaba la tarde entera a recibir visitas. Escribía de noche; por lo general desde la medianoche hasta el amanecer. Ahora que escribía durante el día, había adoptado la costumbre de dormir un rato, pero no a hora fija. Se tendía en aquel sofá cada vez que no avanzaba en su trabajo. A veces lo hacía de mañana, otras veces casi al atardecer.

Muy pocas veces sentía que la fatiga estimulaba su imaginación, como en los tiempos en que trabajaba de noche.

"Mis siestas deben de ser un síntoma de envejecimiento", pensaba Oki. Pero el sofá era mágico.

Cuando se recostaba en él, se dormía y despertaba renovado. No era raro que en sueños encontrara un camino que lo sacara del atolladero. Un sofá mágico.

Ahora había llegado la estación de las lluvias... La estación que menos le gustaba. Su casa estaba bastante lejos del mar y separada de éste por una cadena de cerros, pero era extremadamente húmeda. El cielo estaba bajo y opresivo. Oki experimentaba una sorda sensación de pesadez y confusión en el cráneo, como si el moho hubiera comenzado a invadir las circunvoluciones de su cerebro. Había días en que dormía por la mañana y por la tarde en su sofá mágico.

Una tarde, la criada le anunció que alguien de Kyoto, llamado Sakami, deseaba verlo. Oki acababa de despertar y aún estaba tendido en el sofá.

—¿Le digo que está descansando? —preguntó la mujer.

—No. ¿Es una señorita?

—Sí, señor. Ya había estado aquí antes.

—Hágala pasar al saloncito de recibo, por favor.

Dejó caer nuevamente la cabeza y cerró los ojos. El breve sueño había aliviado su sensación de pesadez, pero la visita de Keiko era más revitalizante aún. Se levantó, se lavó y entró en el salón. Keiko se puso de pie no bien lo vio. Se había ruborizado ligeramente.

—Lamento haberme presentado así, sin previo aviso.

—Me alegra que haya venido. La vez pasada yo había salido y me quedé sin verla. Debí esperarme un rato más.

—Taichiro me llevó a la estación.

—Ya lo sabía. Me dijo que le había enseñado Kamakura.

—Sí.

—Supongo que no habrá sido novedad para usted, puesto que es natural de Tokyo. Además, Kamakura no tiene comparación con Kyoto o con Nara.

—La puesta de sol en el mar era una maravilla —dijo Keiko, mirándolo a los ojos.

Oki se sorprendió de que su hijo la hubiera llevado hasta la costa.

—No nos habíamos visto desde Año Nuevo —comentó—. Ya han transcurrido seis meses.

—¿Usted considera que eso es mucho tiempo, señor Oki? ¿Seis meses le parecen un período largo?

Oki se preguntó a dónde querría llegar la muchacha.

—Supongo que todo depende de cómo lo vea cada uno —dijo.

Keiko no sonreía, casi parecía considerar su respuesta con un cierto desdén.

—Si pasará seis meses sin ver a la persona que usted ama, ¿no le parecería que es un lapso muy largo?

Keiko permanecía en silencio, con la misma expresión desdeñosa. Sus ojos verdosos parecían desafiarlo. Oki comenzaba a sentirse un poco incómodo.

—A los seis meses de embarazo la criatura se mueve en el vientre de la madre —prosiguió, con la intención de confundirla. Ella no respondió.

—Sea como fuere, hemos pasado del invierno al verano, aun cuando todavía estemos en esta insoportable estación de las lluvias... Ni siquiera los filósofos parecen tener una explicación satisfactoria de lo que significa el tiempo. La gente dice que el tiempo lo resuelve todo: pero yo tengo mis dudas acerca de eso también. ¿Qué opina usted, señorita Sakami? ¿Cree usted que la muerte es el final de todo?

—No soy tan pesimista.

—Yo no diría que eso es pesimismo —dijo Oki, para mostrarse contradictorio—. Es lógico que seis meses no sean lo mismo para mí que para una joven como usted. O supongamos que alguien padece de cáncer y sólo tiene seis meses de vida. También hay gente que pierde la vida en forma repentina, por un accidente de tránsito o en la guerra. Hay quienes son asesinados.

—Pero usted es un artista, señor Oki, ¿no?

—Me temo que sólo voy a dejar tras de mí cosas de las cuales me avergüenzo.

—No tiene por qué avergonzarse de ninguna de sus obras.

—Ojalá fuera así. Pero quizá todo lo que he hecho desaparezca. Me gustaría.

—¿Cómo puede decir semejante cosa? Usted tiene que saber que su novela sobre mi maestra va a perdurar.

—¡Otra vez esa novela! —exclamó Oki con el ceño fruncido—. Hasta usted la menciona, a pesar de conocer a Otoko como la conoce.

—Justamente porque la conozco. Es inevitable.

—Quizá lo sea.

La expresión de Keiko se iluminó.

—¿Ha vuelto a enamorarse usted, señor Oki?

—Sí, supongo que sí. Pero no como me enamoré de Otoko.

—¿Y por qué no escribió sobre ese otro amor?
—Bueno... —Oki vaciló. —Ella me dijo a las claras que no quería figurar en un libro mío.
—¿En serio?
—Quizás eso señale una debilidad de mi parte, como escritor; pero creo que no hubiera podido volcar tanta emoción por segunda vez.
—A mí no me importaría que usted escribiera sobre mí.
—¿No?

Aquél era su tercer encuentro con la muchacha... si es que podía hablarse de "encuentros". ¿Qué podía escribir sobre ella? A lo sumo podía tomar prestada su belleza para adjudicársela a algún personaje. Keiko había dicho que había bajado a la playa con Taichiro. ¿Qué habría sucedido en aquella oportunidad?

—De modo que he dado con una espléndida modelo —dijo Oki en voz alta y rió para ocultar sus aprensiones. Pero cuando la miró, la extraña seducción de aquellos ojos silenció su risa. Tenía unos ojos tan brillantes, que casi parecían llenos de lágrimas.

—La señorita Ueno ha prometido pintar mi retrato —dijo Keiko.

—¡Ah, sí!

—Y yo traje otro cuadro para mostrárselo.

—No puedo decir que sepa mucho de pintura abstracta, pero me encantaría verlo. Vayamos a la habitación de al lado. Allí hay más espacio. Mi hijo ha colgado en su estudio los dos cuadros que usted trajo la otra vez.

—¿No está en casa su hijo?

—No. Hoy es uno de sus días de universidad. Mi esposa está en el teatro.

—Me alegro de que usted esté solo —murmuró Keiko y se dirigió al hall de entrada para buscar su tela. La llevó a la sala de estar de estilo japonés. El cuadro tenía un marco simple de madera natural. El color predominante era el verde, pero la joven había utilizado también con audacia una gran variedad de colores, según su fantasía. La superficie entera era bullente y ondulada.

—Para mí esto es realista, señor Oki. Es un campo de té en Uji.

Oki se puso en cuclillas para observar la pintura.

—Es una plantación de té que parece un mar agitado... es un campo de té restallante de juventud. Al comienzo pensé que simbolizaba un corazón en llamas.

—¡Cuánto me alegra! ¡De modo que usted lo ha visto así...!

Keiko se arrodilló junto al hombre. Su barbilla estaba muy próxima al hombro de él mientras estudiaba la tela, y su aliento rozó la nuca de Oki como una brisa tibia.

–¡Me alegro tanto! –repitió la muchacha–. ¡Me hace feliz que usted haya visto un corazón en este cuadro! Sin embargo, no es gran cosa como representación de un campo de té.

–Es realmente juvenil.

–Por supuesto fui a la plantación de té a hacer los bocetos, pero sólo lo vi como un conjunto de hileras de arbustos en el transcurso de la primera hora.

–¡Ah, sí!

–La plantación estaba muy quieta. De pronto todas aquellas olas de fresco verde se pusieron en movimiento y, finalmente, surgió esto. No es abstracto.

–Pero yo diría que en un campo de té predominan los colores apagados aun cuando haya brotes nuevos.

–¡Nunca aprendí a ser apagada! Ni en el arte ni en las emociones.

–¿En las emociones tampoco?

Al volverse hacia ella, el hombro de Oki rozó los tiernos pechos de Keiko. Sus ojos se detuvieron en una de las orejas de la joven.

–Si sigue así, quizás un buen día decida cortarse una de esas preciosas orejas.

–No soy un genio como Van Gogh. Alguien tendrá que encargarse de arrancármela de un tarascón.

Alarmado, Oki se volvió bruscamente para enfrentarla y Keiko se aferró de él para no perder el equilibrio.

–Detesto las emociones moderadas –dijo, sin modificar su posición.

Habría bastado la más ligera presión para que cayera indefensa en brazos de Oki, dispuesta al beso, Pero Oki no se movió. Ella también permaneció estática.

–Señor Oki –murmuró, mientras sus ojos se clavaban en los del hombre.

–Sus orejas son adorables –dijo él–; pero su perfil es de una belleza un tanto aterrante.

–¡Me alegra mucho que piense así! –murmuró la joven y su cuello se tiñó de un ligero rubor–. No lo olvidaré mientras viva. ¿Pero cuánto durará esa belleza? A las mujeres nos entristece pensar en eso.

Oki no encontró respuesta a aquella observación.

–Es incómodo que la contemplen a una; pero cualquier mujer estaría encantada de parecer hermosa a los ojos de un hombre como usted.

Oki se sorprendió ante el calor de esas palabras. La muchacha parecía estar pronunciando frases de amor.

–Yo también estoy encantado –dijo con expresión grave–. Pero pienso que en usted debe de haber aspectos de belleza que yo no he llegado a conocer.

–¿Le parece? No lo sé. No soy modelo. No soy más que alguien que trata de pintar.

–Un pintor tiene derecho a usar un modelo. A veces envidio eso.

–Si yo le sirvo de algo...

–Muy agradecido.

–Ya le dije que no me importaría que usted escribiera sobre mí. Lo único que lamento es no poder estar a la altura de la mujer que usted sueña.

–¿Prefiere que sea realista?

–Es cosa suya.

–Una modelo de pintor y una modelo de escritor son cosas muy diferentes, como usted comprenderá.

–Por supuesto –aceptó Keiko, agitando sus largas pestañas–. Pero mi boceto del campo de té no es meramente una escena de la naturaleza. Muestra mucho de mí misma.

–Todos los cuadros son así, ¿no? Aun los abstractos.

Pero una modelo tiene que ser otro ser viviente. Las novelas también necesitan de seres vivos, por mucho que hablen de los paisajes.

–¡Yo soy un ser humano, señor Oki!

–Y un ser humano muy bello –añadió Oki mientras la ayudaba a ponerse de pie–. Pero hasta la modelo para un desnudo sólo tiene necesidad de posar. Y eso no basta para un novelista.

–Lo sé.

–¿De veras?

–Sí.

Oki se sentía inhibido por la audacia de ella.

–Supongo que puedo tomar prestados sus encantos para algún personaje de novela.

–No me parece muy divertido –dijo ella con aire deliberadamente coqueto.

–Las mujeres son muy extrañas –comentó Oki para salir del paso–. Dos o tres me han dicho que están seguras de que he construido un determinado personaje sobre el modelo de ellas. Y eran perfectas desconocidas, mujeres con las que no he tenido nada que ver. ¿Qué clase de autoengaño puede ser ése?

—Hay muchas mujeres desdichadas que se consuelan con ese tipo de autoengaño. ¿No cree que hay algo que anda mal en esas mujeres? — Es muy fácil que algo no ande bien en las mujeres. Usted podría hacer que una mujer ande mal, ¿no?

Perplejo, Oki no supo qué responder.

—¿Y se limita a esperar con toda frialdad a que eso suceda? —insistió ella.

Oki procuró cambiar el giro de la conversación.

—Pero, como le decía, es muy distinto ser modelo de un novelista. Es un sacrificio sin recompensa.

—¡Adoro sacrificarme! Quizás ésa sea la razón de mi vida.

Una vez más la muchacha lo dejaba atónito.

—En su caso es como si estuviera exigiendo el sacrificio de la otra persona.

—Eso no es verdad. El sacrificio nace del amor. Del deseo.

—¿Se está sacrificando usted por Otoko?

Keiko no respondió.

—Estoy en lo cierto, ¿no?

—Quizás haya sido así; pero Otoko es una mujer, después de todo. No tiene nada de sublime que una mujer consagre su vida a otra.

—No sé nada de eso.

—Ambas pueden destruirse.

—¿Destruirse?

—Sí —dijo Keiko e hizo una pausa; luego prosiguió—. Odio albergar la menor duda. No me importa que sólo dure cinco o diez días, pero necesito a alguien que pueda hacerme olvidar completamente de mí misma.

—Eso es mucho pedir, aun en el matrimonio, ¿no le parece?

—He recibido propuestas matrimoniales, pero ese tipo de devoción no cuenta. No quiero preocuparme por mí misma. Como ya le dije, odio las emociones moderadas.

—Parecería sentir que debe suicidarse a los pocos días de haberse enamorado de alguien.

—No temo al suicidio. Lo peor que puede ocurrir es que uno se harte de la vida. Me sentiría plenamente feliz si usted me estrangulara... después de haberme usado como modelo.

Oki trató de rechazar la idea de que Keiko se había acercado con la expresa intención de seducirlo; quizá no fuera tan calculadora. De cualquier manera, era un modelo muy interesante para un personaje. Pero no era improbable que una historia sentimental, seguida de

separación, la condujera a una clínica psiquiátrica, como había ocurrido con Otokō.

A comienzos de la primavera, cuando Keiko había llevado sus otros dos cuadros, Taichirō la había recibido y luego la había llevado hasta el mar, a bastante distancia de Kamakura. Era evidente que la muchacha había cautivado a su hijo.

Pero una mujer como ésa podía arruinarlo, pensó Oki.

Se dijo a sí mismo que esa conclusión no era fruto de sus celos.

—Espero que cuelgue este cuadro en su estudio —dijo Keiko.

—Pues bien, supongamos que lo haga —replicó él.

—Quiero que le eche una mirada de noche, en una habitación poco iluminada. El verde del campo de té pasará a segundo plano y todos mis colores chillones emergerán.

—Supongo que eso me provocará sueños muy extraños.

—¿Qué clase de sueños, por ejemplo?

—Bueno... Sueños juveniles sin duda.

—¡Qué amable de su parte! ¿Lo dice en serio?

—No tiene nada de extraño puesto que usted es joven —comentó Oki—. Esas ondulaciones redondeadas reflejan la influencia de Otokō, pero los colores son usted misma.

—Un día bastará. No me importa que después junte polvo en un armario. Es un mal cuadro. ¡No pasará mucho tiempo antes de que yo vuelva por aquí y lo haga trizas!

—¿Cómo?

—Lo digo muy en serio —aseguró ella en un tono curiosamente dulce—. Es un mal cuadro. Pero si usted lo cuelga en su estudio aunque no sea más que por un día...

Oki no sabía qué decir. Keiko agachó la cabeza.

—Me pregunto si este cuadro realmente puede provocarle sueños.

—Me temo que voy a sentirme tentado de soñar con usted.

—¡Ay, por favor, hágalo! ¡Sueñe conmigo todo lo que quiera! —exclamó la muchacha y un rubor inesperado tiñó sus orejas—. Pero usted no ha hecho nada para soñar conmigo, señor Oki —añadió mirándolo a los ojos.

—Entonces la acompañaré como hizo mi hijo. No hay nadie en casa, de modo que no puedo ofrecerle una cena. Llame un taxi.

El taxi dejó atrás Kamakura y avanzó a lo largo de la playa de Shichiri. Keiko se mantenía en silencio.

Tanto el mar como el cielo estaban grises.

Oki hizo detener el taxi en el acuario de Enoshima, frente a la isla. Compró pulpo y caballa para alimentar a los delfines. Los delfines saltaban del agua para recibir la carnada de manos de Keiko. Ella se fue haciendo cada vez más audaz y comenzó a elevar más y más los bocados. Los delfines saltaban cada vez más alto. Keiko se divertía como un niño. Ni siquiera advirtió que había comenzado a llover.

—Salgamos de aquí antes de que arrecie —la urgió él—. Su ropa ya debe de estar húmeda.

—¡Es tan divertido!

En el auto, Oki le contó que del otro lado de la bahía, un poco más allá de Ito, solían verse cardúmenes enteros de delfines.

—Los persiguen hasta obligarlos a llegar cerca de la costa, y entonces los hombres se tiran al agua y los agarran a mano limpia. Los delfines no resisten que se les hagan cosquillas bajo las aletas.

—Pobrecitos.

Me pregunto si una chica bonita lo resistiría.

—¡Qué idea tan repugnante! Creo que se defendería a arañazos.

—Es probable que los delfines sean más mansos.

El taxi llegó a un hotel situado en el punto más alto de una colina. Desde allí se contemplaba toda Enoshima. La isla también estaba gris, y la península de Miura se extendía vagamente hacia la izquierda. La lluvia caía en grandes gotas y en el aire pendía la niebla habitual en esa época. Hasta los pinos cercanos parecían brumosos.

Mientras se dirigían a la habitación que se les había destinado, sentían la piel húmeda y pegajosa.

—No podemos regresar —dijo Oki—. La niebla es demasiado espesa.

Keiko hizo un gesto afirmativo. Él se sorprendió al ver lo dispuesta a acceder que se mostraba la muchacha.

—Deberíamos darnos un baño antes de cenar —prosiguió Oki, y se pasó una mano por la cara—. ¿Quiere que juguemos a los delfines?

—¡Qué cosas tan asquerosas que dice usted! ¡Se da cuenta que me está colocando en la misma categoría que un pez! ¿Es necesario que se ponga grosero? ¡Jugar a los delfines!

Se apoyó contra el marco de la ventana.

—¡Qué mar tan oscuro! —comentó.

—Lo siento.

—Podría haber dicho que le gustaría verme desnuda; podría haberme tomado simplemente en sus brazos.

—¿Y usted no se hubiera resistido?

—No lo sé... ¡Pero pedirme que juegue a los delfines es un insulto! Después de todo no soy una prostituta. ¡Qué depravado es!

—¿Sí?

Oki se dirigió al baño, se dio una ducha, enjuagó rápidamente la bañera y comenzó a llenarla. Cuando salió tenía el pelo revuelto y se friccionaba el cuerpo con una toalla.

—Le estoy preparando un baño caliente —dijo, sin mirarla—. La bañera ya debe de estar casi llena.

Keiko contemplaba el mar con expresión impenetrable.

—Ahora llovizna. Apenas si se distinguen la isla y la península.

—¿Está triste?

—Odio ese tono de mar.

—Tiene que sentirse incómoda con esta humedad. ¿Por qué no toma su baño?

La muchacha asintió con la cabeza y se dirigió al baño. No se oyeron chapoteos, pero cuando regresó lucía fresca. Se sentó ante la mesa tocador y abrió su bolso.

Oki se le aproximó por detrás.

—Me lavé la cabeza en la ducha, pero en el baño no había más que crema fijadora y no me gusta el olor.

—Póngase un poco de mi perfume —dijo Keiko y le alargó un frasquito.

Oki lo olió.

—¿Qué hago, me lo echo encima de la crema fijadora?

—¡Una gotita! —dijo ella sonriendo.

Oki le tomó una mano.

—Keiko, no te maquilles.

—¡Me está haciendo daño! —protestó ella y se volvió para enfrentarlo—. Es malo, ¿eh?

—Me gustas tal como eres. Tienes unos dientes y unas cejas tan lindos. Apoyó los labios sobre las mejillas ardientes de Keiko. Ella lanzó un gritito cuando su silla se tumbó y la arrastró en la caída. Ahora, los labios de Oki estaban sobre los de ella.

Fue un beso muy largo.

Oki echó la cabeza atrás para cobrar aliento.

—No, no. No te detengas —clamó Keiko y lo apretó contra su cuerpo.

El trató de bromear para ocultar su sorpresa.

—Ni los pescadores de perlas resisten tanto tiempo sin respirar. Te desmayarás.

—Haz que me desmaye...

—Ya sé que las mujeres tienen más energías...

Una vez más la besó largamente. Cuando quedó sin aliento la levantó en sus brazos y la depositó sobre la cama. Ella se ovilló. No ofreció resistencia, pero a Oki le resultó difícil lograr que extendiera sus miembros. No tardó en comprobar que no era virgen. Comenzó a tratarla con más rudeza.

En ese momento Keiko gimió bajo él:

—¡Ay! ... ¡Otoko, Otoko!

—¿Qué?

Oki creyó que pronunciaría su nombre, pero su vigor cedió al advertir que estaba nombrando a Otoko.

—¿Qué has dicho? ¡Otoko!

Su tono era frío.

Ella se hizo a un lado sin responder.

UN JARDÍN ROCOSO

Entre los tantos célebres jardines rocosos de Kyoto están los del Templo del Musgo, los del Pabellón de Plata y el de Ryoanji; en realidad, este último es casi demasiado famoso, si bien puede decirse que materializa la esencia misma de la estética zen.

Otoko los conocía a todos y guardaba una imagen mental de todos ellos. Pero desde el final de la época de las lluvias había estado visitando el Templo del Musgo para hacer bocetos de su jardín rocoso. No es que pretendiera pintarlo. Sólo quería absorber un poco de su fuerza. ¿Acaso no era aquél uno de los jardines de piedra más fuertes y más antiguos? Otoko no tenía realmente ganas de pintarlo. El paisaje rocoso de la ladera no tenía nada de la tierna belleza del llamado Jardín de Musgo, situado más abajo. De no ser por los visitantes que lo recorrían, habría permanecido horas y horas contemplándolo. Quizá sólo dibujara para evitar la curiosidad de la gente que la veía allí contemplándolo inmóvil desde un ángulo y desde otro.

El Templo del Musgo había sido reparado en 1339 por el sacerdote Muso, quien había restaurado las edificaciones y había hecho excavar un estanque y construir una isla. Se decía que llevaba a sus visitantes a un pabellón—mirador en el punto más alto de la colina, para disfrutar de la vista de Kyoto.

Todos aquellos edificios habían sido destruidos. El jardín debía de haber sido restaurado muchas veces, después de inundaciones y otras calamidades. En apariencia, el actual paisaje árido, que simbolizaba

una cascada y un arroyo, estaba construido a lo largo de un sendero flanqueado de faroles de piedra, que conducía al pabellón mirador. Era muy probable que hubiera permanecido inalterable, puesto que eran piedras.

Otoko sólo visitaba aquel jardín de rocas para contemplarlo y para dibujarlo; no tenía interés en los datos históricos. Keiko la seguía como su sombra.

—Todas las composiciones de piedra son abstractas, ¿no? —comentó Keiko un día—. Esto tiene algo de la fuerza de los cuadros de Cézanne sobre la costa rocosa de L'Estaque.

—¿Los has visto? Por supuesto se trataba de un paisaje real... no eran enormes acantilados, pero sí unos macizos salientes que se sucedían a lo largo de la costa.

—¿Sabes una cosa, Otoko? Si pintas este jardín rocoso, el cuadro resultará abstracto. Yo ni siquiera podría intentar una cosa realista.

—Supongo que tienes razón. Pero yo no he dicho que lo vaya a pintar.

—¿Quieres que intente hacer un bosquejo?

—Creo que sería lo mejor. Me gustó tu cuadro de la plantación de té. Es tan juvenil. También lo llevaste a lo de Oki, ¿no?

—Sí. Supongo que su esposa ya lo habrá hecho trizas... Pasé la noche con él en un hotel próximo a Enoshima. Me pareció un depravado: pero cuando pronuncié tu nombre se calmó bruscamente. Todavía te ama y tiene la conciencia sucia. Eso basta para despertar mis celos.

—¿Pero qué perseguías?

—Quiero destrozar su familia para vengarte.

—¡Otra vez hablando de venganza!

—Me indigna que sigas enamorada de él a pesar de todo. ¡Qué estúpidas son las mujeres...! Eso es lo que me enfurece.

Keiko hizo una pausa.

—Ésa es la razón por la cual estoy celosa —dijo por fin.

—¿Estás celosa?

—Por supuesto.

—¿Pasaste la noche con él por celos? Si todavía lo amo, la celosa debería ser yo.

—¿Estás celosa?

Otoko no replicó.

—¡Me haría tan feliz que fuera así! —exclamó Keiko y comenzó a dibujar con trazos rápidos—. No pude dormirme esa noche en el hotel. Oki, en cambio, parecía dormir muy contento. No soporto a los hombres cincuentones.

Otoko se descubrió a sí misma pensando si se habrían acostado en una cama camara.

–Dormía profundamente –continuó Keiko–. Fue una sensación maravillosa la de saber que estaba a mi merced y que podía estrangularlo allí mismo.

–¡Eres realmente peligrosa!

–Fue tan sólo una sensación; pero me hizo tan feliz que no pude conciliar el sueño.

La mano de Otoko temblaba cuando prosiguió con su dibujo.

–¿Y dices que haces todo eso por mí? No puedo creerlo.

–¡Sí que lo hago por ti!

Otoko estaba cada vez más alarmada.

–Te ruego que no vuelvas a esa casa. Es imprevisible lo que puede llegar a suceder.

–¿Nunca deseaste matarlo con tus propias manos, cuando estabas internada en la clínica psiquiátrica?

–Nunca. Puedo haber estado loca, pero de ahí a pensar en matar a alguien...

–¿Porque no lo odiabas, porque lo amabas demasiado?

–Además estaba el bebé.

–¿Bebé?

Keiko dudó unos instantes.

–¿Y si yo tuviera un hijo suyo?

–¡Keiko!

–Y luego lo arruinara...

Otoko la miró horrorizada. De aquella hermosa garganta surgían palabras aterrantes.

–Supongo que podrías hacerlo –dijo, tratando de controlarse–. ¿Pero te das cuenta de lo que eso significa? Si tuvieras un hijo de él yo no podría cuidarte. Y una vez que el niño naciera, tú no seguirías pensando como piensas. Todo cambiaría para ti.

–¡Yo no cambiaré jamás!

¿Qué habría ocurrido en ese hotel con Oki? Otoko sospechaba que la joven le estaba ocultando algo. ¿Qué trataba de ocultar Keiko detrás de palabras tan violentas como celos y venganza?

Otoko se preguntó si ella misma aún podía celar a Oki y cerró los párpados. El jardín rocoso se recortó como un perfil oscuro en el fondo de sus ojos.

–¡Otoko! ¿Te sientes bien? –exclamó Keiko alarmada y la abrazó–. ¡Te has puesto muy pálida! La pellizcó con violencia bajo los brazos.

–¡Me has hecho daño!

Otoko vaciló y Keiko la sostuvo.

–Otoko, yo no quiero a nadie más que a ti. A ti y solamente a ti.

Otoko se enjugó el sudor frío que humedecía su frente.

–Si sigues así serás desdichada por el resto de tu vida.

–No me asusta la infelicidad.

–Dices eso porque eres joven y bonita.

–Seré feliz mientras pueda estar contigo.

–Lo celebro... pero ten en cuenta que soy mujer.

–Odio a los hombres.

–Eso no debe ser –comentó Otoko con tristeza–. Si es verdad, mientras más tiempo vivamos juntas... Por otra parte, nuestros gustos en materia de arte son muy distintos.

–Odiaría tener un maestro que pinte igual que yo.

–Odias muchas cosas, ¿no? –dijo Otoko, un poco más serena–. Préstame un instante tu cuaderno de bocetos. Keiko se lo alargó.

–¿Y esto qué es?

–¡No seas cruel! El jardín rocoso, ¿qué otra cosa iba a ser? Míralo con detenimiento. He hecho algo que no creía poder hacer.

Otoko observó el dibujo con más detenimiento y su expresión cambió. Era difícil interpretar el rápido boceto en tinta; pero la estampa parecía vibrar con una misteriosa vida. Tenía una calidad que hasta entonces no había existido en las obras de Keiko.

–¡De modo que ha habido algo entre Oki y tú en ese hotel!

–Yo no diría tanto.

–¡Este boceto no se parece a nada de lo que has hecho hasta ahora!

–Otoko, si quieres que te diga la verdad, él ni siquiera es capaz de un beso prolongado.

Otoko permaneció en silencio.

–¿Son todos los hombres así?... Es la primera vez que me acuesto con un hombre, ¿sabes?

Perturbada por las implicaciones de aquella "primera vez", Otoko siguió mirando el dibujo de Keiko.

–Ojalá yo también fuera una piedra –dijo por fin.

El jardín rocoso del sacerdote Muso, sometido a la acción de la intemperie por espacio de siglos, había adquirido tal pátina de antigüedad, que las piedras parecían haber estado siempre allí. Sin embargo, sus rígidas formas angulares no dejaban lugar a dudas de que se trataba de una composición humana y Otoko nunca había sentido tan intensamente su presión como en aquel instante. Se sentía sometida a un aplastante peso espiritual.

—Regresemos a casa —propuso—. Las piedras están empezando a asustarme.

—Está bien.

—No puedo sentarme aquí a meditar —prosiguió Otoko y su paso vaciló al iniciar el descenso—. Estoy segura de que no podría pintar estas rocas. Son abstractas, efectivamente... Quizá tú hayas captado algo en tu nervioso boceto.

Keiko la tomó del brazo.

—Volvamos a casa y juguemos a los delfines.

—¿Jugar a los delfines? ¿Qué quieres decir con eso?

Keiko rió con malicia y se adelantó hacia un grupo de bambúes que se erguían a la izquierda del camino. Se asemejaba mucho al macizo verde que mostraban las fotografías del templo.

Otoko parecía más tensa que desdichada. Mientras avanzaban por el sendero flanqueado de bambúes, Keiko la llamó, se acercó a ella y la palmeó.

—¿Qué ocurre? ¿Te ha hipnotizado ese jardín rocoso?

—No. Pero me gustaría instalarme aquí y contemplarlo durante días y días.

—No son más que piedras, ¿no? —comentó Keiko, con la expresión radiante y juvenil de siempre—. Por la forma en que las miras, juraría que ves una especie de belleza potente y añeja que irradia de ellas. Pero una piedra es una piedra... Recuerdo el ensayo de un poeta haiku, según el cual si se observa el mar día tras día y luego se contempla un jardín rocoso de Kyoto, se comprenderá el significado real de estos jardines.

—¿El mar en un jardín de piedras? Por supuesto, si uno piensa en el océano o en los grandes peñascos y acantilados, un arreglo de piedras en un jardín no pasa de ser la obra de un hombre. De cualquier manera, me temo que no podré pintar éste.

—¡Pero es que se trata, en efecto, de la obra de un hombre! Es abstracto. Siento como si yo lo pudiera hacer en mi propio estilo y utilizando los colores que se me ocurran.

Tras una pausa, Keiko añadió:

—¿Cuándo se comenzaron a hacer jardines de piedra?

—No sé. Quizá no antes del siglo XIV.

—¿Y qué antigüedad tenían las piedras?

—No tengo idea.

—¿Te gustaría que tus cuadros perduraran más aún?

—No puedo llegar a desear una cosa así —respondió Otoko, incómoda—.

¿Pero no crees que hasta este jardín o el del Palacio Katsura han

cambiado mucho a través del tiempo? Hay árboles que brotan o que mueren o que son desgajados por las tormentas y cosas por el estilo. Aunque es probable que los arreglos rocosos en sí no hayan experimentado muchos cambios.

—Quizá sea mejor que todo cambie y desaparezca, Otoko —exclamó Keiko—. Mi cuadro de la plantación de té ya debe de estar hecho jirones como consecuencia de esa noche en Enoshima.

—Era un cuadro tan maravilloso.

—¿Lo crees?

—Dime, Keiko, ¿tienes intenciones de llevar todos tus mejores trabajos a casa de Oki?

—Sí... hasta que cumpla mi venganza.

—¡Ya te he dicho que no quiero volver a oír hablar de venganza!

—Comprendo —replicó Keiko alegremente—. Lo que no comprendo es mi propio rencor. ¿O será orgullo femenino? ¿O celos?

—¿Celos? —repitió Otoko con voz apenas audible, tomando uno de los dedos de Keiko.

—En lo más profundo de tu corazón sigues enamorada de él. Y él también te mantiene oculta en las profundidades del suyo. Lo advertí la noche de Año Nuevo.

Otoko permaneció en silencio.

—Supongo que en una mujer, hasta el odio es una forma del amor —prosiguió Keiko.

—¿Cómo puedes decir esas cosas, Keiko, y precisamente en un lugar como éste?

—Para mí, ese jardín de piedras simboliza los potentes sentimientos de los hombres que lo hicieron. Sin embargo, no puedo entender ahora lo que ocurría en sus corazones. Estas rocas han necesitado siglos para adquirir esa pátina; pero yo me pregunto qué aspecto tenían cuando el jardín era nuevo.

—Creo que me desilusionaría.

—Si yo lo pintara utilizaría cualquier forma y color que se me antojara, y mostraría estas piedras como si estuvieran recién emplazadas.

—Quizá puedas pintarlo.

—Otoko, este jardín rocoso durará mucho, mucho más que tú y que yo.

—Por supuesto —dijo Otoko y mientras hablaba sintió un estremecimiento—. Pero, con todo, no durará para siempre.

—Mientras esté junto a ti me importará poco que mis cuadros sean de corta vida o que alguien los destruya.

—Dices eso porque eres joven.

–Te diré que me encantaría que la señora de Oki destruyera mi cuadro de la plantación de té.

Hizo una pausa.

–No vale la pena que nadie tome en serio mis pinturas.

–Eso no es verdad.

–No tengo verdadero talento y no tengo interés en dejar nada para la posteridad. Lo único que quiero es estar junto a ti. Me habría conformado con hacer tareas domésticas a tu lado... y, sin embargo, tú te mostraste dispuesta a enseñarme a pintar.

–¿Estabas dispuesta a eso? –exclamó Otoko perpleja.

–En el fondo me sentía así.

–¡Pero tú tienes talento! A veces me deslumbra el talento que tienes.

–¿Como los dibujos infantiles? Los míos siempre se exponían en las paredes del aula.

–Eres mucho más creativa que yo. Con frecuencia te envidio. De modo que no sigas diciendo disparates.

–Muy bien –acató Keiko con una graciosa inclinación de cabeza–. Mientras pueda vivir junto a ti me esforzaré. Cambiemos de tema.

–¿Me has entendido realmente?

Keiko volvió a asentir con un movimiento de cabeza.

–Siempre que tú no me abandones...

–¿Cómo habría de abandonarte? –exclamó Otoko–. Pero, de todas maneras...

–¿De todas maneras qué?

–Una mujer tiene que tener en cuenta el matrimonio y los hijos.

–¡Ah! ¿Te referías a eso? –rió Keiko–. ¡Yo no pienso en eso!

–Y es por mi culpa. Lo lamento.

Otoko se volvió con la cabeza gacha y arrancó una hoja de un árbol próximo. Siguió andando en silencio.

–Las mujeres son seres dignos de compasión, ¿no te parece, Otoko? Un joven jamás se enamoraría de una mujer de sesenta años; pero, a veces, muchachas adolescentes se enamoran de hombres cincuentones o sesentones. No sólo porque piensen en obtener algo de ellos... ¿No estoy en lo cierto?

No hubo respuesta y Keiko prosiguió:

–Un hombre como Oki es realmente un caso desesperado. Creyó que yo era una simple prostituta. Otoko palideció.

–Y luego, en el instante crítico me oí a mi misma pronunciando tu nombre... ¡y él se quedó como petrificado! Me sentí insultada por tu causa.

Otoko sintió que las rodillas estaban a punto de flaquearle.

–¿En Enoshima? –preguntó, por fin.

–Sí.

Por alguna razón, Otoko no pudo protestar.

El taxi llegó al templo en el cual vivían las dos mujeres. Entraron en el estudio y se sentaron allí.

–Quizás opines que eso me salvó –dijo Keiko y no pudo reprimir el rubor–. ¿Quieres que tenga un hijo de Oki?

Una repentina bofetada en pleno rostro arrancó lágrimas de los ojos de la muchacha.

–¡Ay, qué lindo! –exclamó–. ¡Hazlo otra vez! Otoko temblaba de pies a cabeza.

–¡Hazlo otra vez! –repitió Keiko.

–¡Keiko!

–No sería mi hijo. Quiero que sea tuyo. Yo lo llevaré en mis entrañas y luego te lo entregaré. Quiero arrancarle un hijo a Oki para obsequiártelo a ti...

Una vez más la bofetada de Otoko aguijoneó la mejilla de Keiko. La muchacha se echó a llorar.

–Comprende, Otoko, por mucho que lo ames, ya no podrás tener un hijo suyo. ¡No podrás! Yo podría concebirlo sin experimentar sentimiento alguno. Sería como si tú lo hubieras llevado en tus entrañas.

–Keiko...

Otoko saltó a la galería y con su pie desnudo asestó un puntapié a la jaula de luciérnagas, que rodó hasta el jardín. Todas las luciérnagas parecieron encenderse al mismo tiempo. La jaula derramó una claridad verde–lechosa sobre el manchón de musgo en el que había caído. El cielo se estaba cubriendo, luego del largo día estival, y una ligera bruma vespertina comenzaba a flotar sobre el jardín. Pero aún había luz de día. Era muy raro que las luciérnagas brillaran con tanta intensidad. Quizás ella sólo hubiera imaginado aquella claridad verdosa que emanaba de la jaula, quizá la hubieran conjurado sus propios sentimientos. Permaneció rígida, como si se hubiera paralizado, y clavó los ojos en la jaula tumbada sobre el musgo.

Keiko dejó de sollozar. Reclinada aún en el suelo cubierto de esteras, apoyada sobre el brazo derecho, observaba a Otoko desde atrás. Por un momento, la rigidez de ésta pareció contagiarse al cuerpo de su discípula. Pero luego entró Omiyo para anunciar que el baño estaba preparado.

–Gracias –dijo Otoko con voz ahogada.

Sentía el frío húmedo de la transpiración en su pecho y la desagradable humedad del quimono bajo su ancho obi.

–Hay mucha humedad, ¿no? –prosiguió sin volverse–. Quizá todavía no haya concluido la época de las lluvias... Me alegro de que nos haya preparado el baño.

Omiyo se encargaba de la limpieza del templo desde hacía seis años y también atendía la casa de Otoko. Su enorme capacidad de trabajo le permitía hacerse cargo de la limpieza, del lavado de ropa y de platos, y hasta de la comida, en determinadas ocasiones. A Otoko le gustaba cocinar y lo hacía bien, pero a veces se enfrascaba tanto en su pintura que prefería no hacerlo. Keiko, por su parte, tenía un sorprendente talento para crear los sutiles sabores de la cocina de Kyoto; pero no se podía confiar demasiado en ella. Por eso, con bastante frecuencia se las arreglaban con los platos simples que preparaba Omiyo. En el templo había otras dos mujeres, la joven esposa del administrador y su madre; por lo tanto, Omiyo podía dedicar la mayor parte del tiempo a Otoko. Era una mujer cincuentona, baja y rolliza. Sus muñecas y sus tobillos eran tan regordetes que parecían haber sido ajustados con un cordel.

Jovial como siempre, Omiyo miró con curiosidad la jaula de las luciérnagas.

–¿Piensa hacerles beber el rocío de la noche, señorita Ueno? –preguntó mientras se acercaba a la jaula y la enderezaba. Aparentemente creía que las habían colocado allí ex profeso.

Cuando se enderezó y miró hacia la galería, Otoko ya había desaparecido en el cuarto de baño y Omiyo se encontró frente a Keiko. Había una mirada penetrante en los húmedos ojos de Keiko y, a pesar de su palidez, una de sus mejillas estaba roja. Omiyo bajó los ojos y preguntó si ocurría algo malo.

Keiko no respondió. Se puso de pie sin cambiar de expresión. Oyó ruido de agua en el baño. Sin duda Otoko estaría añadiendo agua fría a la bañera.

De pie ante el espejo del estudio, Keiko retocó su maquillaje con cosméticos que extrajo del bolso y se pasó un pequeño peine de plata por el cabello. En el cuarto de vestir, vecino al baño, había un espejo de cuerpo entero y un espejo con alas movibles; pero vacilaba en entrar, pues Otoko se había desvestido allí. Keiko tomó el primer quimono sin forro que encontró en un cajón de la cómoda, se cambió

de ropa interior y se deslizó dentro de la prenda. Trató de ajustarlo adelante, pero sus manos se movían con torpeza. En ese instante sus labios pronunciaron el nombre de Otoko. Al mirar la prenda, vio a Otoko en el estampado de las mangas y de la falda. Otoko había creado aquel estampado para ella. Las flores estivales parecían demasiado audaces y abstractas para haber sido diseñadas por Otoko. Se las podría haber tomado por dondiego, pero eran flores de ensueño en la más moderna gama de colores. Era un estampado muy fresco y juvenil. Probablemente, Otoko lo había diseñado en la época en que ella y Keiko eran inseparables.

—¿Va a salir, señorita Sakami? —preguntó Omiyo desde la habitación vecina.

—¿Qué está haciendo? —dijo Keiko sin volverse—. ¿Por qué no viene y me ayuda con esto?

Se le ocurrió que Omiyo podía entrar en sospechas al ver la torpeza con que se movían sus manos al abrochar la faja.

—¿Va a salir? —insistió Omiyo tras una pausa.

—¡No, no voy a salir! —replicó Keiko con brusquedad y recogió la falda del quimono con la mano derecha, mientras sostenía el obi sobre el brazo izquierdo.

—Tráigame un par de medias, por favor —ordenó luego desde el cuarto de vestir.

Otoko había oído los pasos y creyó que Keiko iba a reunirse con ella en la bañera.

—El agua está a la temperatura ideal —gritó desde el baño. Pero Keiko no se movió de su sitio, ante el espejo de pie. Continuaba luchando con la faja. La ajustó tanto, que casi se le enterró en la carne.

Omiyo llegó con las medias, las dejó y se retiró.

—¡Entra de una vez! —invitó Otoko.

Sumergida en el agua hasta el pecho, observó la puerta de cedro que conducía al cuarto de vestir. Pero Keiko no la abrió. Ni siquiera se oyó el susurro de su falda.

De pronto, Otoko tuvo miedo de que Keiko se negara a compartir el baño con ella. Se aferró al borde de la bañera, se incorporó y salió del agua.

¿Acaso Keiko vacilaba en mostrarse desnuda ante ella después de haber pasado una noche con Oki?

Hacía más de dos semanas que había regresado de Tokyo. Desde entonces se había bañado muchas veces con Otoko y nunca se había avergonzado de exhibirse desnuda. Pero sólo aquel día, en el jardín de

piedras, se había confesado en forma inesperada. Lo que había dicho parecía muy extraño.

Durante años Otoko había ido descubriendo lo extraña que era aquella muchacha. Era indudable que ella misma había contribuido a acentuar las peculiaridades de la joven. No podía atribuírsele toda la responsabilidad, pero había alentado la llama que ya ardía en ella.

Mientras aguardaba en el baño, Otoko sintió que su frente se perlaba de sudor frío.

—¿No vienes, Keiko? —preguntó.

—No.

—¿No te vas a bañar?

—No.

—¿Ni siquiera te vas a pasar una esponja por el cuerpo?

—No necesito hacerlo.

Se hizo un silencio y luego se oyó nuevamente la voz de Keiko:

—Otoko, lo lamento. Te ruego que me disculpes.

—Tú tienes que perdonarme a mí... —replicó Otoko—. Yo soy la culpable. Keiko no replicó.

—¿Qué estás haciendo? ¿Estás simplemente de pie, allí?

—Estoy sujetando mi obi.

—¿Has dicho que estás sujetando tu obi?

Otoko se secó a toda prisa y se dirigió al cuarto de vestir. Keiko estaba inmaculada, en su quimono limpio.

—Caramba, ¿piensas salir?

—Sí.

—¿Y a dónde vas?

—No sé —confesó Keiko.

Sus brillantes ojos tenían una mirada triste.

Otoko se echó una salida de baño sobre los hombros, como si su propia desnudez le incomodara.

—Iré contigo —anunció.

—Está bien.

—¿No te importa?

—Por supuesto que no.

Keiko se apartó. Su rostro se reflejaba en el espejo de cuerpo entero.

—Te aguardaré —dijo.

—No voy a demorar. Pero déjame entrar aquí.

Otoko pasó junto a Keiko y se sentó ante la mesa-tocador. Miró su rostro en el espejo.

—¿Qué opinas de Kiyamachi? El local de Ofusa —propuso—. Llama y reserva una mesa en el balcón o una pequeña habitación en el piso

alto... Cualquier cosa, con tal de que tenga vista al río... Si no consigues nada allí iremos a otro lado.

Keiko asintió con un movimiento de cabeza.

—Pero primero te traeré un vaso de agua helada.

—¿Parezco acalorada?

—Sí.

—No te preocupes, no me pondré violenta...

Otoko vertió un chorrito de loción en la palma de su mano izquierda.

El agua helada que le trajo Keiko descendió por su garganta dejando a su paso una sensación de frío.

Keiko se había encaminado a la residencia principal del templo para telefonar. Cuando regresó, Otoko seguía vistiéndose a toda prisa.

—Ofusa dice que podemos ocupar una mesa en el balcón hasta las ocho y media.

—¿Ocho y media? —Otoko frunció el entrecejo—. Y bien, eso basta. Si vamos en seguida podemos cenar con tranquilidad.

Cerró más el ángulo de los espejos laterales del tocador y se inclinó para controlar su peinado.

—Creo que no es necesario que me vuelva a peinar. Keiko se detuvo detrás de Otoko y enderezó la costura trasera de su quimono con ademán suave.

EL LOTO EN LLAMAS

Un pasaje de la obra Vistas ilustradas de la Capital habla de la gente que disfrutaba las noches de verano a orillas del río Kamo: "La vasta playa está flanqueada por bancos y sobre ambas orillas se suceden los balcones de las casas de placer, cuyos faroles se reflejan en el agua como si fueran estrellas. Los pañuelos purpúreos de los jóvenes actores kabuki flamean en la brisa nocturna... Esos bellísimos adolescentes se muestran recatados a la luz de la Luna y ocultan el rostro tras los abanicos con gesto seductor. Sus movimientos son tan graciosos, que quienes los ven quedan prendados y no pueden apartar la mirada de ellos. Las cortesanas se lucen en toda su exquisitez mientras pasean de norte a sur; más adorables que la flor del hibisco, esparcen la fragancia de sus costosos perfumes..."

Además estaban los narradores de historias cómicas, los mimos y demás entretenimientos... " monos, perros de riña, caballos amaestrados, malabaristas y equilibristas que hacen sus cabriolas

como seres de fábula. Se oye el penetrante sonido de las flautas de los vendedores, el chorro refrigerante de un local para venta de jalea, el tintineo de los colgantes de cristal que se agitan suavemente en la mansa brisa. Se exponen los pájaros más exóticos de China y Japón, y animales salvajes de la montaña. Gente de toda clase se congrega para divertirse y beber a orillas del río".

En 1690, el poeta Basho, que visitó la ciudad, escribía:

"Lo que llaman disfrutar la noche de verano a orillas del río comienza al atardecer y se prolonga hasta la última claridad de la Luna, antes del amanecer. A lo largo de ambas orillas se suceden los balcones en los que se bebe y se disfruta. Las mujeres sujetan sus obis con espléndidos lazos, los hombres llegan envueltos en largas capas; los sacerdotes y caballeros ancianos se confunden con la multitud, hasta los aprendices de toneleros y de herreros cantan y se divierten con gran despreocupación. ¡Verdaderamente una escena de la Capital!"

La brisa del río...

*Vistamos un fino quimono bermejo
en la noche estival.*

Después de la era Meiji se dragó el lecho del río y sobre la orilla oriental se tendieron las vías del ferrocarril a Osaka. Ése fue el final de las veladas junto al río "en una playa salpicada de quioscos dedicados a diversos entretenimientos, rarezas y curiosidades, todos ellos iluminados por faroles, lámparas y fuegos de artificio que brindaban una luz tan clara como la del día...". También fue el final de los tirovivos y de los espectáculos de equilibristas, que se habían sumado al conjunto al promediar el Meiji. Sólo los balcones que se sucedían a lo largo de Kiyamachi y Pontocho recordaban las antiguas veladas estivales junto al río. De todo lo que Otoko había leído acerca de esas veladas, lo que más se había grabado en su memoria era el pasaje acerca de los jóvenes actores kabuki, que se unían a la multitud en la playa bañada por la luz de la Luna, con sus pañuelos purpúreos, que flameaban en la brisa nocturna. "Esos bellísimos adolescentes se muestran recatados a la luz de la Luna y ocultan el rostro tras los abanicos con gesto seductor..."

Atrayentes imágenes desfilaban por la mente de Otoko.

La primera vez que vio a Keiko pensó en aquellos hermosos adolescentes. Ahora, sentada en el balcón de la casa de té de Ofusa, los recordó nuevamente. Era probable que los jóvenes actores kabuki

fueran más femeninos, más seductores que la Keiko de su primer encuentro, con aquel aire de muchachito. Una vez más pensó en que ella había transformado a esa niña en la joven que era hoy.

–Keiko, ¿recuerdas la primera vez que me visitaste? –preguntó.

–¿Es necesario que vuelvas a mencionarlo?

–Sentí como si se me acabara de aparecer una joven hechicera.

Keiko tomó la mano de Otoko, se la llevó a la boca y mordisqueó el dedo meñique, sin dejar de mirarla. Luego susurró:

–Era un brumoso atardecer de primavera y tú parecías flotar en el pálido azul de la bruma que pendía sobre el jardín.

Aquellas eran palabras de Otoko. Otoko le había dicho que la bruma del atardecer contribuía a crear la sensación de que era una joven hechicera. Keiko no lo había olvidado.

Una vez más repetía las inolvidables palabras. Sabía muy bien que de esa manera atormentaba a Otoko, la hacía culparse a sí misma y lamentar su afecto, y al mismo tiempo lograba que ese afecto acrecentara aún más el misterioso poder que ejercía sobre ella.

En cada ángulo del balcón de la casa de té contigua a la de Ofusa se había encendido un farol de papel. Tres geishas, dos de ellas muy jóvenes, atendían a un único comensal. Era un hombre joven, regordete, bastante calvo, que permanecía con la mirada fija en el río y asentía con aire indiferente, mientras las muchachas procuraban mantener una conversación. ¿Esperaba la noche o aguardaba a un amigo? Los faroles estaban ya encendidos, pero no eran necesarios, pues aún había suficiente luz de día.

Los dos balcones estaban muy próximos, casi al alcance de la mano uno del otro. Como tantos otros que asomaban sobre la margen occidental del Kamo, no sólo carecían de techo sino también de postigos. Se podía ver hasta el último de la larguísima hilera. Aquella sucesión de balcones abiertos acentuaba esa sensación de frescura que brindan las orillas de un río.

Sin preocuparse por la falta de intimidad, Keiko mordió con fuerza el meñique de Otoko. El dolor la atravesó como un dardo, pero Otoko no parpadeó. La lengua de Keiko jugueteó con la punta del dedo. Luego lo dejó caer y dijo:

–Te bañaste, así que no tiene ni una pizca de sabor salado.

El espectáculo del río Kamo y de las colinas que se levantaban más allá de la ciudad calmaron la irritación de Otoko y cuando sus sentimientos se serenaron comenzó a pensar que ella era culpable hasta de que Keiko hubiera pasado la noche con Oki.

Keiko acababa de completar sus estudios secundarios cuando llegó por primera vez al atelier de Otoko. Dijo que había visto los cuadros de ésta en una exposición de Tokyo y su fotografía en una revista y que se había prendado de ella.

Ese año, uno de los cuadros de Otoko había ganado un premio en una exposición de Kyoto y, en parte debido al tema, se había hecho muy popular. Representaba a dos jóvenes geishas que jugaban a un juego llamado *tijeras, papel y piedra*, y estaba basado en una fotografía de alrededor de 1880. El fotógrafo había recurrido a un truco para mostrar la doble imagen de una célebre geisha del período Gion, llamada Okayo. La joven de la derecha, que tenía los dedos de ambas manos estirados, estaba casi de frente; la otra tenía los puños cerrados y estaba de cuarto perfil. A Otoko le gustaba la composición de las manos, las posturas contrastantes y las expresiones faciales de las dos geishas. La joven de los dedos extendidos mantenía el pulgar erecto y los demás dedos curvados hacia atrás. A Otoko le gustaban también los trajes, que eran idénticos (aunque la fotografía no permitía adivinar los colores), y el anticuado motivo del estampado, muy amplio, que iba desde los hombros hasta el ruedo. En la foto también se veía un brasero cuadrado, entre ambas figuras, una marmita de hierro y una botella de sake. Pero Otoko prefirió omitir esos detalles para no recargar el cuadro.

Su cuadro mostraba a la misma joven geisha, por duplicado, que jugaba al juego de *tijera, papel y piedra*. Quería transmitir la inquietante sensación de que aquella muchacha era dos a la vez, que las dos eran una que, o quizá, no eran ni una ni dos. Aun la antigua fotografía producía esa sensación, hasta cierto punto. Para que todo no quedara en una ingeniosa intención, Otoko dedicó grandes esfuerzos a los rostros. El estampado de los quimonos, que parecía tan grande y pesado en la fotografía, fue una ayuda y contribuyó a destacar las cuatro manos. Aun cuando la pintura no era una copia exacta, mucha gente de Kyoto debió de reconocer a la primera ojeada, que el cuadro estaba basado en la fotografía de una geisha de la época Meiji.

Un marchand de Tokyo, interesado en el cuadro de las geishas, viajó a Kyoto para visitar a Otoko. Acordó con ella exhibir algunas de sus obras menores en Tokyo. Fue en esa oportunidad que Keiko las vio... por pura casualidad, porque nunca había oído hablar de la artista Ueno Otoko, establecida en Kyoto.

Sin duda fue el cuadro de las geishas... y la belleza de la pintora... lo que indujo a un conocido semanario a publicar una nota sobre Otoko. Un equipo de fotógrafos y un reportero la condujeron a diferentes lugares de Kyoto y le tomaron infinidad de fotografías. En realidad fue Otoko quien los condujo, pues ellos querían mostrar los lugares preferidos por la pintora. El resultado fue una nota ilustrada especial, que ocupaba tres de las páginas centrales de la revista. Incluía una fotografía del cuadro de las geishas y un primer plano de Otoko, pero la mayoría de las ilustraciones eran vistas de Kyoto a las cuales la presencia de Otoko añadía interés humano. Era posible que el objetivo de los periodistas fuera descubrir sitios nuevos en la ciudad, con la ayuda de una artista local. Otoko no creía haber sido utilizada – comprendía que le habían dedicado tres páginas enteras –, pero era evidente que los paisajes de fondo nada tenían que ver con las habituales "vistas de Kyoto".

Pero Keiko no advirtió que allí se estaban exhibiendo los encantos ocultos de la ciudad y sólo vio la belleza de Otoko. Quedó fascinada.

Y así había surgido de la bruma azul-pálido y había rogado a Otoko que la aceptara como alumna de pintura. El fervor de aquel ruego había molestado a Otoko. Y de pronto los brazos de la muchacha la rodearon y ella se sintió abrazada por una joven hechicera. Fue como un inesperado impulso de deseo.

Con todo, le preguntó si los padres estaban enterados.

–De lo contrario no podré darle una respuesta. Estoy segura de que usted comprenderá.

–Mis padres han muerto –explicó Keiko–. Yo tomo mis propias decisiones.

Otoko la miró con desconfianza.

–¿No tiene un tío o una tía? ¿No tiene hermanos o hermanas?

–Soy una carga para mi hermano y su esposa. Y ahora que tienen un bebé parezco molestarlos más que nunca.

–¿Por el bebé?

–Por supuesto que yo lo quiero. Pero a ellos no les gusta la forma en que lo mimo.

Cuatro o cinco días después de que Keiko se hubo instalado en la casa, Otoko recibió una carta del hermano. En ella le decía que la muchacha era salvaje y terca, y que probablemente no le serviría ni como criada, pero que esperaba que Otoko la aceptara. Con la carta llegaron las ropas y demás pertenencias de Keiko. A juzgar por ellas, la muchacha provenía de una familia en buena posición.

Otoko no tardó en comprender que debía de haber habido algo anormal en la forma en que Keiko mimaba al bebé. Aproximadamente una semana después de su llegada, la muchacha había forzado a Otoko a que la peinara... como ella quisiera. El peine se enredó en unos mechones.

–¡Tire! –había exclamado Keiko–. ¡Tire con más fuerza! ¡Arrástreme de las mechas!

Otoko retiró el peine y entonces Keiko se volvió y clavó los dientes en la mano de su maestra.

–¿Qué edad tenía usted cuando besó a alguien por primera vez, señorita Ueno? –preguntó luego.

–¡Qué cosas preguntas!

–Yo tenía tres años. Lo recuerdo perfectamente. Era un tío por parte de mi madre. Supongo que tendría unos treinta años. Pero a mí me gustaba, y un día, él estaba sentado a solas en la sala y yo me le acerqué y lo besé. Mi beso lo tomó tan de sorpresa, que se llevó una mano a la boca.

Allí, en el balcón junto al río, Otoko recordó la historia de aquel beso infantil. Los labios, que habían besado por primera vez a un hombre a los tres años, le pertenecían ahora y acababan de sostener su dedo meñique.

–Recuerdo la lluvia de primavera que cayó la primera vez que me llevaste al monte Arashi –dijo Keiko.

–Yo también.

–Y la mujer que vendía fideos.

Pocos días después de su llegada, Otoko había llevado a Keiko a visitar el Pabellón Dorado, el Templo del Musgo, el Templo Ryoanji y luego el monte Arashi. Habían entrado en un negocio de fideos vecino al puente Togetsu. La anciana que atendía el negocio se había disculpado por la lluvia.

–A mí me gusta la lluvia –había replicado Otoko–. Es una hermosa lluvia de primavera.

–Gracias, señora –había exclamado la mujer con una cortés reverencia.

Keiko miró a Otoko y susurró:

–¿Está hablando en nombre del tiempo?

–¿Cómo? Sí, supongo que sí. En nombre del tiempo. Otoko había aceptado las observaciones de la mujer con la mayor naturalidad.

–¡Qué interesante! –prosiguió Keiko–. Me gusta la idea de agradecer en nombre del tiempo. ¿Es habitual entre la gente de Kyoto?

En realidad, las palabras de la mujer podían muy bien interpretarse así. Era muy natural pedir disculpas en nombre del tiempo. Pero el comentario de Otoko no había sido un simple gesto de cortesía; le gustaba realmente el monte Arashi bajo una mansa lluvia primaveral. Y la anciana se lo había agradecido. Parecía estar hablando en nombre del tiempo o del monte Arashi bajo la lluvia. Además era natural que alguien que tenía su negocio allí adoptase esa actitud, pero a Keiko le había parecido muy extraño.

—¡Qué fideos excepcionales!, ¿no? —dijo Keiko—. Me gusta este lugar. El conductor del taxímetro se lo había recomendado. Otoko había contratado el automóvil por medio día, a causa de la lluvia.

Aun cuando era la época en que los cerezos estaban en flor, era muy poca la gente dispuesta a visitar el lugar con lluvia. Esa era otra de las razones por las cuales Otoko amaba la lluvia. La brumosa lluvia primaveral suavizaba el perfil de la montaña que se levantaba más allá del río y la embellecía más aún. Tan mansa era la lluvia que las dos mujeres apenas si advirtieron que se estaban mojando, mientras caminaban de regreso al auto. Ni siquiera se molestaron en abrir los paraguas. Los delicados hilos de agua se perdían en el río sin alterar su superficie. Las flores de cerezo se entremezclaban con tiernas hojas verdes y los colores de los árboles florecidos se esfumaban en la lluvia con matices sutiles.

El Templo del Musgo y el de Ryoanji también lucían, bellísimos bajo la lluvia. En el Templo del Musgo, una solitaria camelia roja había caído entre las blancas flores de andrómedas dispersas sobre el musgo: rojo y blanco sobre un fondo verde. La camelia, de forma perfecta, yacía con su corola hacia arriba, como si hubiera florecido allí. Y las piedras mojadas del jardín rocoso de Ryoanji brillaban con toda la gama de sus matices.

—Cuando se emplea una vasija de cerámica Iga en la ceremonia del té, se la humedece primero, ¿sabías? —dijo Otoko—. El efecto es el mismo. Pero Keiko no estaba familiarizada con la cerámica Iga ni parecía muy impresionada por los colores del jardín rocoso que tenía ante sí. En cambio la impresionaron las gotas de lluvia que centelleaban en los pinos del sendero que cruzaba el parque del templo. Otoko le hizo advertir que cada aguja parecía un tallo de flor, con una gotita en su extremo; los árboles parecían cubiertos por flores de rocío. Era la sutil floración de la lluvia de primavera; una floración que casi todos pasaban por alto. Los arces y otros árboles también ostentaban gotas de lluvia en sus tiernas yemas.

Las gotas de lluvia en el extremo de las agujas de pino podían verse en cualquier parte, pero era la primera vez que Keiko las miraba, de modo que para ella eran algo característico de Kyoto. Las gotas de lluvia en los pinos y las palabras de la mujer del negocio de fideos figuraban entre las primeras impresiones que había recogido en Kyoto. La ciudad era nueva para ella y, además, la estaba recorriendo con Otoko.

—Me pregunto cómo está la mujer del negocio de fideos —dijo Keiko—. Desde entonces no hemos vuelto al monte Arashi.

—Es cierto. Pero cuando más me gusta es en invierno. Vayamos en invierno.

—¿Es forzoso que esperemos hasta el invierno?

—El invierno no tardará mucho en llegar.

—¡Cómo que no va a tardar! Ni siquiera estamos en pleno verano y falta el otoño.

Otoko rió.

—¡Podemos ir en cualquier momento! Podemos ir mañana.

—Sí, vayamos. Le diré a la mujer de los fideos que me gusta el monte Arashi en el calor del verano y es probable que me lo agradezca. En nombre del calor.

—Y en nombre del monte Arashi.

Keiko miró el río.

—En el invierno ya no estará ninguna de esas parejas que pasean por la orilla, Otoko.

Por los malecones que separaban al Kamo del brazo que corría bajo los balcones y del canal paralelo a la margen oriental paseaba mucha gente joven. Sólo unas pocas eran parejas con niños... casi todas parecían ser enamorados. Muchachas y muchachos tomados de la mano o sentados muy juntos al borde del agua. A medida que oscurecía su número aumentaba.

—Sí, en invierno hace mucho frío aquí —asintió Otoko.

—Dudo de que perdure hasta el invierno.

—¿A qué te refieres?

—A su amor. Algunos de ellos ya no tendrán ganas de ver al otro para entonces.

—¿De modo que pensabas en eso? ¿Por qué tienes que preocuparte por una cosa así, a tu edad?

—¡Porque no soy tan tonta como tú, que has pasado veinte años enamorada de alguien que arruinó tu vida!

Otoko permaneció en silencio.

—Oki te abandonó pero tú te has negado a reconocerlo.

—No hables así, por favor.

Otoko se volvió y Keiko extendió la mano para acomodar unos cabellos que caían sobre la nuca de su amiga.

—Otoko, ¿por qué no me abandonas tú a mí?

¡Qué!

—Soy la única persona a la cual puedes abandonar. Hazlo.

—¿Qué quieres decir con eso?

Otoko parecía querer mantener a la muchacha a distancia, pero no dejaba de mirarla directamente a los ojos. Pasó la yema de los dedos sobre el mechón que Keiko le había acomodado.

—Quiero decir que me abandones como Oki te abandonó a ti —dijo Keiko, sin desviar la mirada—. Aunque, por lo visto, nunca has estado dispuesta a admitir que eso ocurrió.

—¿Es forzoso que utilices una palabra como "abandonar"?

—Es la más precisa. ¿Qué palabra usarías tú? —preguntó Keiko con un brillo malicioso en la mirada.

—Nos separamos.

—¡Pero es que no se separaron! Aún hoy él está dentro de ti y tú estás dentro de él.

—Keiko, ¿qué estás tratando de decirme? No te entiendo.

—Hoy creí que me abandonarías.

—Pero te pedí perdón, ¿no?

—Yo te pedí perdón.

Otoko la había invitado a Kiyamachi para reconciliarse; pero quizá ya fuera imposible una reconciliación. Era evidente que, por naturaleza, Keiko no se conformaba con un amor plácido, de modo que procuraba irritar a Otoko o reñía con ella o se malhumoraba. Su confesión de la noche pasada junto a Oki había herido a Otoko. La Keiko que parecía estar bajo su control se había convertido en una criatura extraña que la atacaba. La muchacha había dicho que se vengaría de Oki en nombre de Otoko, pero ésta tenía la impresión de que Keiko se estaba vengando de ella. Además, ahora pensaba en Oki con horror. ¿Cómo era posible que tuviera una aventura con su discípula, cuando tenía que tener otras mujeres?

—¿No me vas a abandonar? —preguntó Keiko.

—¡Si insistes lo haré! Por otra parte, eso sería lo mejor para ti.

—¡Basta! No quise decir eso —exclamó Keiko y sacudió la cabeza—. No estaba pensando en mi propia conveniencia. Mientras esté contigo...

—Lo que más te conviene es estar lejos de mí.

Otoko trataba de hablar con calma.

–¿Acaso te has alejado ya de mí en tu corazón?
–¡Por supuesto que no!
–¡Qué suerte! ¡Me sentía tan desgraciada al pensar que habías terminado conmigo!
–Fuiste tú quien insistió en hablar de eso.
–¿Yo?... ¿Crees que yo te dejaría?
Otoko no habló.
–¡Nunca! –estalló Keiko y una vez más tomó el meñique de Otoko y lo mordió.
–¡Ay! ¡Me haces daño y lo sabes!
–Fue mi intención.

Llegó la comida. Mientras la camarera ordenaba los platos, Keiko se volvió y permaneció con la mirada fija en un grupo de luces sobre el monte Hiei. Otoko conversaba con la camarera. Había apoyado una mano sobre la otra. Tenía miedo de que las marcas de los dientes resultaran visibles.

Cuando quedaron nuevamente a solas, Keiko miró su escudilla de sopa, tomó un bocado de anguila con sus palillos y dijo:

–Pero, en realidad, tú tendrías que abandonarme.

–Eres terca, ¿eh?

–Soy del tipo de muchacha a la cual los amantes abandonan. ¿Crees que soy terca?

Otoko se preguntó si las mujeres eran más tercas entre sí que con los hombres y sintió la habitual punzada de culpa. El dedo también le dolía como si se lo atravesaran con una aguja. ¿Había sido ella quien le había enseñado a Keiko a infligir dolor?

Un día, no mucho después de haberse instalado Keiko con ella, la muchacha llegó corriendo desde la cocina y le anunció que había derramado el aceite de la sartén.

–¿No te has quemado?

–¡Y cómo arde! –se quejó Keiko mientras extendía una mano en dirección a Otoko. La punta de un dedo estaba roja. Otoko tomó la mano.

–No parece grave –dijo y se llevó rápidamente el dedo quemado a la boca. Al sentir el contacto del dedo contra su lengua se sobresaltó y dejó la mano de la muchacha en libertad. Keiko se lo llevó entonces a la boca.

–¿Se alivia si uno lo chupa? –preguntó.

–¿Y qué ha pasado con la sartén, Keiko?

–¡Me olvidé!

La joven corrió de regreso a la cocina.

En otra oportunidad... (¿cuánto tiempo después había ocurrido eso?), Otoko había comenzado a jugar con la muchacha en la cama, posando sus labios sobre los jóvenes párpados o mordisqueando los sensitivos lóbulos de las orejas de Keiko hasta que ésta se había ovillado y había gemido. Y aquello había estimulado a Otoko.

Todo el tiempo Otoko recordaba que hacía mucho, mucho tiempo, Oki había jugado con ella de la misma manera. Quizá su extrema juventud había inducido al hombre a no buscar inmediatamente su boca. El roce de los labios de Oki sobre su frente, sus párpados, sus mejillas, la iba sumiendo en la más completa entrega. Keiko era ahora uno o dos años mayor que ella en aquel tiempo y era de su mismo sexo, pero su respuesta era más rápida aún de lo que había sido la suya. Otoko no tardó en encontrarla irresistible. Empero, la idea de que estaba repitiendo las antiguas caricias de Oki la llenaba de culpa... y también de vibrante vitalidad.

—¡No hagas eso, por favor! —gimió Keiko, pero mientras hablaba apretó su torso desnudo contra el de Otoko—. Tu cuerpo y el mío son uno solo, ¿no? —murmuró.

Otoko se apartó.

Keiko se apretó más aún contra ella.

—¿Verdad que sí? Son uno solo.

Aguardó un instante.

—Es así. Te lo aseguro —añadió luego.

Otoko sospechaba que la muchacha no era virgen. Las repentinas explosiones verbales de Keiko todavía no se le habían hecho familiares.

—No somos un solo cuerpo —murmuró Otoko, mientras la mano de Keiko buscaba su pecho. La mano se movía sin vacilaciones, pero parecía haber una cierta timidez en el contacto.

—¡No hagas eso! —exclamó Otoko y aferró la mano.

—¡Eres injusta!

Ahora había fuerza en los dedos de Keiko.

Años atrás, cuando ella tenía quince, Otoko exclamaba exactamente lo mismo al sentir la mano de Oki sobre sus pechos: "¡No hagas eso, por favor!". Y esas palabras figuraban en la novela. Probablemente ella las habría recordado de todas maneras; pero al figurar en el libro, parecían haber adquirido vida propia.

También Keiko había pronunciado esas palabras. ¿Acaso porque había leído *Una chica de dieciséis*? ¿O todas las mujeres dirían lo mismo?

La novela contenía también una descripción de los pechos de Otoko y una observación de Oki sobre el deleite de acariciarlos.

Otoko nunca había amamantado a un niño, por eso sus pezones conservaban todo el color. En veinte años no habían perdido nada de su vívida tonalidad. Pero, poco después de los treinta años, los pechos habían comenzado a perder turgencia.

Sin duda Keiko lo había advertido en el baño y quería tocarlos para cerciorarse de su falta de firmeza. Otoko se preguntó si alguna vez llegaría a comentarlo; pero nunca lo hizo. Tampoco dijo nada cuando los pechos de Otoko respondieron a su caricia adquiriendo más y más firmeza.

El silencio de Keiko era extraño, pues debía de considerar aquello como una victoria.

En ocasiones, Otoko sentía que aquella reacción de sus pechos era morbosa y perversa; a veces se sentía terriblemente avergonzada. Pero sobre todo la sorprendía

el ver cómo iba cambiando su cuerpo casi a los cuarenta años. Era muy diferente de lo que había sentido a los quince, cuando la forma de sus pechos cambiaba bajo las caricias de Oki y luego, a los dieciséis, cuando quedó encinta.

Después de haberse separado de Oki, nadie había vuelto a tocar sus pechos por más de dos décadas. En ese período habían quedado atrás su juventud y sus posibilidades de matrimonio. Y ahora era la mano de otra mujer, la mano de Keiko, la que volvía a acariciarla.

Había tenido muchas oportunidades de ser amada y de casarse, desde que se estableció en Kyoto con su madre, pero siempre las había eludido. Los recuerdos de Oki revivían en cuanto advertía que un hombre estaba enamorado de ella. Más que recuerdos, eran su realidad.

Cuando se separó de Oki, pensó que nunca se casaría. El dolor la había dejado exhausta; apenas si podía trazar planes para el día siguiente. ¿Cómo pensar entonces en un futuro lejano?

Y así, la idea de no casarse fue penetrando en su mente y llegó a ser una resolución inflexible.

Por supuesto, su madre siempre había esperado que algún día se casara. Se había trasladado a Kyoto para alejar a su hija de Oki y para calmarla, y no con la intención de establecerse allí en forma definitiva. Nunca dejó de mostrarse ansiosa por el futuro de su hija. La primera vez que le habló de un posible matrimonio, Otoko tenía diecinueve años. Había sido en el Templo Nembutsu, en Adashino, la noche de la *Ceremonia de las Mil Luces*.

Otoko advirtió que los ojos de su madre se llenaban de lágrimas mientras contemplaba las mil luces que ardían ante las innumerables pequeñas tumbas de los muertos no llorados. Aquellas largas hileras simbolizaban el limbo de los niños. Las débiles llamas de los cirios, que titilaban en la penumbra del atardecer, acentuaban el aspecto melancólico de las lápidas.

Había oscurecido ya cuando juntas recorrieron el camino de regreso.

–¡Ay, qué soledad! –había exclamado la mujer–. ¿No te sientes sola, Otoko?

Esta vez, la palabra "sola" parecía tener un significado diferente. Comenzó a hablar de una proposición matrimonial. Alguien había pedido la mano de Otoko, por intermedio de una amiga que vivía en Tokyo.

–Me siento culpable respecto de ti, porque no puedo casarme –dijo Otoko.

–¡No hay mujer que no pueda casarse!

–¡Sí que la hay!

–Si no te casas, tanto tú como yo estaremos entre los muertos no llorados.

–No sé qué significa eso.

–Son los muertos que no han dejado descendientes que los lloren.

–Lo sé, pero ignoro lo que eso puede representar. Después de todo uno ya está muerto.

–No es sólo después de la muerte. Una mujer sin marido ni hijos debe de sentirse así aun en vida. Suponte que yo no te hubiera tenido a ti. Tú eres muy joven aún, pero... La mujer vaciló.

–Con frecuencia dibujas y pintas a tu bebé, ¿no? ¿Cuánto tiempo piensas seguir haciéndolo?

Otoko no respondió.

Su madre le informó cuanto sabía acerca del peticionante.

–Si quieres conocerlo, podríamos viajar a Tokyo.

–¿Qué supones que estoy viendo ante mí mientras te escucho? –preguntó Otoko.

–¿Ves algo?

–Rejas. Veo las ventanas enrejadas de la clínica psiquiátrica.

La madre no habló más.

Otoko recibió varias proposiciones matrimoniales más mientras aún vivía su madre.

–Es inútil que sigas pensando en Oki –decía su madre, cuando la instaba a casarse–. No puedes hacer nada.

Esperar a Oki es lo mismo que esperar el pasado... El tiempo y los ríos no corren para atrás.

Sus palabras representaban más un ruego que un consejo.

–Yo no espero a nadie –replicaba Otoko.

–¿Te limitas a pensar en él? ¿No puedes olvidarlo?

–No se trata de eso.

–¿Estás segura?... Eras apenas una niña cuando él te sedujo... una inocente niña. Quizás ésa sea la razón por la cual quedó una cicatriz. Yo lo odiaba por haber sido tan cruel con una criatura.

Otoko recordaba ahora las palabras de su madre. Se preguntó si era su juventud y su inocencia lo que habían dado tanta intensidad a ese amor. Quizás eso explicara su pasión ciega e insaciable. Cuando en un espasmo mordía el hombro de Oki, ni siguiera advertía la sangre que manaba de la herida.

Mucho después de separarse de él, le molestó leer en *Una chica de dieciséis*, que cuando Oki iba a encontrarse con ella pensaba en cómo le haría el amor en esa oportunidad y generalmente cumplía sus planes. Le parecía aterrante que el corazón de un hombre "palpitara lleno de gozo mientras caminaba pensando en eso". Para una joven espontánea como Otoko era inconcebible que un hombre planeara de antemano sus técnicas eróticas, la secuencia de éstas y cosas por el estilo. Ella aceptaba todo lo que él hacía, le brindaba todo lo que él pedía. Oki la había descrito como una criatura extraordinaria, como mujer entre las mujeres. *Gracias a ella –así escribía– él había experimentado todas las formas de hacer el amor.*

Al leer aquello, Otoko había ardido de humillación. Con todo, no podía reprimir los vívidos recuerdos de aquella pasión, su cuerpo se ponía tenso y comenzaba a temblar. Por fin la tensión se aflojaba y una deliciosa sensación de plenitud recorría sus miembros. Su amor del pasado había vuelto a la vida.

No eran sólo las ventanas enrejadas de la clínica lo que Otoko veía en su camino de regreso de la Ceremonia de las Mil Luces. También se veía a sí misma en brazos de Oki.

Quizá si él no hubiera descrito aquellos abrazos, la visión no habría seguido siendo tan vívida a través del tiempo. Otoko había palidecido de furia y de desesperación cuando Keiko le había relatado que en el instante crítico ella había pronunciado su nombre en brazos de Oki...

"¡y él se quedó paralizado!". Pero por detrás de esas emociones había sentido que Oki también se acordaba de ella. ¿Era posible que en ese instante se le hubiera representado la joven Otoko entre sus brazos?

Con el correr del tiempo, el recuerdo de aquel abrazo se fue purificando dentro de Otoko; fue dejando de ser algo físico para convertirse en algo espiritual. Ahora ella ya no era pura y sin duda Oki tampoco lo era. Y sin embargo, su antiguo abrazo, tal como lo veía ahora, parecía puro. Aquel recuerdo –en el que ella intervenía y no intervenía, que parecía real e irreal– era una visión sagrada, una visión sublimada del abrazo de antaño.

Cuando recordaba lo que él le había enseñado y lo imitaba al hacer el amor a Keiko, temía manchar o destruir la sagrada visión. Pero el recuerdo permanecía inviolable.

Keiko tenía la costumbre de utilizar crema depilatoria para quitarse el vello de los brazos y de las piernas, y comenzó a aplicársela en presencia de Otoko. En los primeros tiempos lo hacía en privado. Cuando Otoko la interrogaba acerca del extraño olor que había quedado flotando en el baño, la joven no respondía. Otoko no estaba familiarizada con los depilatorios, porque nunca los había necesitado.

Luego sorprendió a Keiko con una pierna recogida, aplicándose la crema. Otoko frunció el entrecejo.

–¡Qué olor desagradable! ¿Qué es?

Cuando vio que el vello desaparecía al quitarse la crema, se cubrió los ojos.

–¡No hagas eso, por favor! Se me eriza la piel.

Se estremeció y sintió que se le ponía carne de gallina.

–¿Es indispensable que hagas una cosa tan repulsiva?

–¿Acaso no lo hace todo el mundo?

Otoko no replicó.

–¿No se te pondría carne de gallina si tocaras una piel velluda?

Otoko siguió guardando silencio.

–Después de todo soy mujer –insistió Keiko.

De modo que hacía eso por Otoko. Aunque fuera por otra mujer, Keiko deseaba tener la piel satinada de las de su sexo.

Otoko se sintió oprimida, tanto por su propia repugnancia ante aquella operación como por los sentimientos que había despertado en ella la franqueza de Keiko. El olor acre quedó flotando aun después que Keiko se hubo retirado al cuarto de baño para quitarse con agua los restos de crema. Cuando regresó levantó su falda y extendió una pierna esbelta y blanquísima.

–Tócala y verás. Ahora está suavísima.

Otoko miró la pierna, pero no la rozó. Keiko se acarició la pantorrilla con la mano derecha y miró a Otoko como si se preguntara qué le estaba ocurriendo.

–¿Te preocupa algo? –preguntó.

Otoko evitó su mirada.

–Keiko, te ruego que de ahora en adelante no hagas más eso en mi presencia.

–Es que no quiero ocultarte nada más. Ya no tengo secretos para ti.

–No veo por qué tienes que mostrarme algo que yo considero ofensivo.

–Te acostumbrarás. Es como cortarse las uñas de los pies.

–Uno tampoco se corta las uñas de los pies en presencia de otra gente.

Keiko asintió sin mayor entusiasmo, pero a partir de entonces, si bien no hizo alarde, tampoco disimuló sus esfuerzos por extirpar el vello de sus brazos y piernas. Otoko nunca se acostumbró. Fuera porque habían perfeccionado la crema depilatoria o porque Keiko la había sustituido por otra, el olor ya no era tan desagradable; no obstante eso, el proceso en sí provocaba náuseas a Otoko. No podía soportar la vista del vello de las pantorrillas o de los brazos, que se desprendía cuando Keiko se quitaba la crema. Prefería abandonar la habitación. Sin embargo, detrás de esa repugnancia titilaba una llamita, que desaparecía y volvía a brillar. Esa llama minúscula, distante, era apenas discernible y tan calma, tan pura, que resultaba difícil creer que era una llama de deseo. Aquella lucecita vacilante le recordaba su relación con Oki, años atrás. Sus náuseas al ver cómo Keiko se extirpaba el vello se vinculaba con la sensación de contacto entre una mujer y otra, una presión directa sobre su propia piel. Sí, la primera sensación era de náusea. Pero si pensaba en Oki, ese estado desaparecía en forma milagrosa.

Entre los brazos de Oki ella jamás había experimentado náuseas; ni siquiera había advertido si él era velludo o no. ¿Era porque perdía el sentido de la realidad? Ahora, con Keiko, era más libre que entonces. Había desarrollado un erotismo audaz y maduro. Se había sorprendido al comprobar, a través de Keiko, que había madurado como mujer en aquellos largos años de soledad. Temía que, en caso de tener a un hombre por amante, su contacto desvaneciera la visión que ella guardaba celosamente en su interior: la sagrada visión de su amor por Oki.

Otoko había fracasado en su intento de suicidio de aquel entonces, pero siempre se lamentó de no haber muerto en esa oportunidad. Creía que lo mejor habría sido morir en el parto, antes del intento de suicidio y antes de la muerte de la criatura. Pero a medida que pasaban los meses y los años, esos pensamientos fueron limpiando la herida que le había infligido Oki.

"Eres más de lo que merezco. Es un amor que yo nunca soñé encontrar. Vale la pena morir por una dicha como ésta..." Las palabras de Oki no se habían borrado nunca de su memoria. Figuraban en la novela y eso parecía haberles conferido una vida autónoma, que ya no guardaba relación con Oki ni con ella. Quizá ya no existieran los amantes de entonces, pero en su tristeza, le quedaba el nostálgico consuelo de que su amor se conservaba, como reliquia, en una obra de arte.

La madre de Otoko había dejado una pequeña navaja que solía utilizar para afeitarse el vello. Aunque casi no la necesitaba, Otoko la sacaba de vez en cuando –una vez por año, como impulsada por algún recuerdo– y se afeitaba la nuca y prolijaba el nacimiento del pelo sobre la frente.

Un día, al ver que Keiko comenzaba a aplicarse la crema depilatoria, anunció:

–Keiko, te afeitaré.

Extrajo la navaja de su madre del tocador.

–No, no. ¡Tengo miedo! –exclamó Keiko al ver la navaja y huyó de la habitación.

Otoko la persiguió.

–¡No tiene nada de peligroso! ¡Déjame hacerlo, por favor!

Keiko permitió a regañadientes que la condujera de regreso junto a la mesa–tocador. Pero cuando Otoko le aplicó el jabón y comenzó a pasar la navaja, advirtió con sorpresa que los dedos de la joven temblaban.

–No te preocupes. No hay ningún peligro. Mantén tu brazo quieto.

Pero la ansiedad de Keiko era estimulante. Era una tentación. El cuerpo de Otoko también se puso tenso y sintió un vigor desconocido en los hombros.

–Por esta vez no probaré en las axilas –dijo–. Pero con el rostro no hay problema.

–Aguarda. Déjame recobrar el aliento –rogó Keiko.

Otoko le enjabonó la frente y la barbilla. Mientras la navaja prolijaba el nacimiento del pelo sobre la frente, Keiko mantuvo los ojos cerrados

con fuerza. Su cabeza echada hacia atrás reposaba sobre la mano de Otoko. La atención de ésta se concentró en aquel largo y esbelto cuello. Era una garganta de aspecto inocente, delicadamente modelada, radiante de juventud. La mano que sostenía la navaja se detuvo.

Keiko abrió los ojos.

—¿Qué ocurre?

Otoko acababa de pensar que si ella hacía penetrar el acero en aquella adorable garganta, Keiko moriría. En ese instante podía matarla con toda facilidad: bastaba un simple tajo en la parte más adorable de su cuerpo.

Su propio cuello no debía de haber sido tan bello, pero una vez ella había protestado porque tenía la sensación de que Oki la estaba estrangulando. Y él había apretado con más fuerza aún.

Volvió a sentir la sensación de asfixia mientras miraba a Keiko y sintió un vahído.

Fue la única vez que utilizó la navaja con Keiko. Después, ésta siempre se resistió y Otoko no la quiso forzar. Cada vez que abría el cajón del tocador para buscar un peine o algo así, veía la navaja de su madre. A veces le recordaba el vago impulso homicida que había cruzado su mente. Si hubiera matado a Keiko, ella tampoco podría haber seguido viviendo. Más tarde, aquel impulso se convirtió en un fantasma vagamente familiar. ¿Habría perdido una vez más la oportunidad de morir?

Otoko comprendía que en ese fugaz impulso homicida se ocultaba su antiguo amor por Oki. Por ese entonces, Keiko aún no lo había conocido. No se había interpuesto aún entre los dos.

Ahora que Otoko se había enterado de la noche en Enoshima, el antiguo amor volvía a arder con ominosa llama. Sin embargo, en esas llamas Otoko veía una gran flor de loto blanca. Su amor era una flor de ensueño que ni siquiera Keiko podría mancillar.

Con la imagen del loto blanco aún en la mente, Otoko desvió la mirada para contemplar las luces de las casas de té de Kiyamachi, que se reflejaban en el agua. Luego apartó la vista de aquellos reflejos, para observar la oscura silueta de las *Colinas Orientales*, que se levantaban más allá de Gion. La línea suavemente redondeada de la cadena montañosa parecía irradiar paz, pero sus sombras parecieron fluir secretamente hacia Otoko, que miraba sin ver los faros de los automóviles que iban y venían por la ribera opuesta, las parejas que recorrían el paseo y las lámparas de los balcones que se alineaban a lo

largo de la ribera occidental. Sólo la escena nocturna de las *Colinas Orientales* ocupaba su mente.

"Llevaré adelante mi idea de la *Ascensión de un infante* –pensó–. Si no hago ese cuadro ya, quizá no llegue a pintarlo nunca. Está a punto de convertirse en algo diferente... Está a punto de perder todo lo que puede haber en él de amor y de tristeza." ¿A qué obedecían esos repentinos sentimientos? ¿Serían una consecuencia de su visión del loto en llamas? Empezaba a parecerle que el loto era Keiko. ¿Por qué florecía aquel loto en medio de una hoguera? ¿Por qué no se marchitaba?

–Keiko –dijo, de pronto–, ¿has recuperado tu buen humor?

–Si tú estás de buen humor, yo también lo estoy. El tono de Keiko tenía mucho de coquetería.

–Dime una cosa: ¿cuál de tus dolores ha sido el más profundo? –preguntó Otoko.

–No estoy muy segura –replicó Keiko con despreocupación–. He tenido tantos que no sabría decir. Trataré de recordarlos a todos y te diré. Pero mis tristezas son breves.

–¿Sí?

–Así es.

Otoko la miró con fijeza y procuró hablar con la mayor serenidad posible.

–Te quiero pedir una cosa. Una sola cosa. Por favor, no vuelvas a Kamakura.

–¿A ver a Oki o a su hijo?

Aquella pregunta dejó casi sin aliento a Otoko.

–¡Quisiera que no vuelvas a ver a ninguno de los dos, por supuesto!

–Sólo fui para vengarte.

–¡Sigues hablando así! ¡Eres aterrante!

La expresión de Otoko había cambiado. Cerró los ojos, como para retener las lágrimas.

–Qué cobarde eres... –suspiró Keiko y se puso de pie para colocarse detrás de Otoko. Apoyó ambas manos sobre sus hombros y luego jugueteó con las orejas de su amiga. Otoko permaneció inmóvil, abandonada, mientras escuchaba el murmullo de las aguas del río.

MECHONES DE PELO NEGRO

—¡Visitas, querido! —gritó Fumiko desde la cocina, dirigiéndose a Oki—. Una enorme señora rata nos ha honrado con su visita y se oculta bajo la cocina.

A veces, Fumiko utilizaba un lenguaje exageradamente cortés para formular críticas encubiertas a su marido.

—No me digas!

—¡Y, por lo visto, hasta ha traído consigo a sus pequeños!

—¡Ah, sí!

—Deberías venir a verla, realmente... La ratita acaba de asomarse y tiene la carita más dulce que yo haya visto.

—Mmm.

—Me miró con unos ojitos mansos y relucientes.

Oki guardó silencio. El penetrante aroma de la sopa miso llegaba hasta el comedor, en donde él leía el diario de la mañana.

—¡Y ahora está entrando la lluvia! Directamente a la cocina. ¿La oyes, querido?

Ya llovía cuando Oki se había despertado, pero ahora caía un verdadero aguacero. El viento que sacudía los pinos y bambúes en las colinas había virado al este y hacía entrar el agua de lluvia por ese frente de la casa.

—¿Cómo supones que puedo oírla con semejante viento y semejante aguacero?

—¿No quieres venir a ver?

—Mmm.

—¡Pobres gotitas! El viento las arroja contra el techo y ellas tienen que deslizarse por las grietas, para caer como lágrimas sobre nosotros...

—Me harás llorar a mí también.

—Pongamos la trampa esta noche. Creo que está en el estante más alto de la alacena. ¿Me la bajarás, más tarde?

—¿Estás segura de que quieres cazar a la señora rata y a su dulce pequeñuelo en una trampa? —preguntó Oki, sin levantar la vista del periódico.

—¿Y qué me dices de la gotera?

—¿Es muy grave? ¿No será porque el viento está soplando de ese lado? Mañana subiré al techo y miraré.

—Es peligroso para un anciano. Le puedo pedir a Taichiro que lo haga.

—¿Quién es el anciano?

—En la mayoría de las actividades, los hombres se jubilan a los cincuenta y cinco, ¿no es así?

—Es bueno saberlo. Quizá yo también deba retirarme.

—Hazlo cuando quieras.

–Quisiera saber a qué edad debe retirarse uno en la actividad literaria.

–El día de la muerte.

–¡Ah, muy bien!

–¡Perdón! –exclamó Fumiko en tono contrito y luego añadió con su voz habitual–: Quise decir que podías seguir escribiendo por mucho, mucho tiempo.

–No es una perspectiva muy halagüeña; sobre todo, cuando uno tiene una esposa rezongona. Es como si el diablo lo estuviera pinchando a uno con su tridente.

–¡No me digas eso! ¿Cuándo he rezongado yo?

–Eres capaz de ser bastante incómoda, tú lo sabes.

–¿Qué quieres decir?

–Bueno, cuando estás celosa, por ejemplo.

–Todas las mujeres son celosas; pero tú me enseñaste, hace mucho tiempo, que es una medicina amarga y peligrosa... una espada de doble filo.

–Con la que uno hiere al compañero y se hiere a sí mismo.

–Ocurra lo que ocurra, ya estoy demasiado vieja para un doble suicidio o para un divorcio.

–Ya es bastante feo que una pareja madura se divorcie; pero no hay nada más triste que un doble suicidio. Los ancianos deben de sentirse muy afectados cuando leen una noticia de ese tipo en los diarios. Mucho más de lo que pueden sentirse los jóvenes cuando se enteran del suicidio de dos jóvenes enamorados.

–Piensas en eso porque una vez, hace mucho tiempo, te conmovió profundamente la idea del doble suicidio... De cualquier manera, no permitiste que tu joven amiga se enterara de que tú deseabas morir con ella. Quizás eso hubiera sido lo mejor. Ella intentó quitarse la vida, pero nunca soñó que tú también estabas dispuesto a morir. ¿No te da lástima que ella lo haya ignorado?

–Pero ella no murió.

–Su intención era morir. Para el caso es lo mismo.

Fumiko volvía a hablar de Otokō. Oki oyó el chirrido del aceite en la sartén, probablemente estaba friendo cerdo con repollo. El aroma de la pasta de frijoles fermentados se hizo más intenso.

–Me parece que tu sopa miso se está pasando de punto –advirtió Oki.

–Está bien, está bien. Ya sé que nunca te complaceré con esta sopa... Ya te has quejado muchas veces de mi manera de hacerla, cuando la pedías en todos los restaurantes del país... Supongo que tu deseo subconsciente era el de cocinar en ella a tu esposa.

–¿Sabes cómo se escribe el nombre de esa sopa en chino?

—¿No se escribe fonéticamente?

—Se repite tres veces el ideograma "honorable".

—¡Ah, sí!

—Y es porque siempre fue muy importante en la cocina, y muy difícil de hacer.

—Quizá tu honorable miso se haya ofendido esta mañana porque no se la ha tratado con el debido respeto.

Otra vez le estaba formulando un reproche encubierto. Oki era natural del sector occidental de Japón y nunca había llegado a dominar realmente el cortés lenguaje de Tokyo. Fumiko, en cambio, se había criado en Tokyo. Por eso, más de una vez debía recurrir a su asesoramiento. Sin embargo, no siempre aceptaba lo que ella le decía. La enconada discusión podía transformarse en una inacabable disputa y, por lo general, Oki terminaba por declarar que el habla de Tokyo no era más que un vulgar dialecto, con una superficial tradición. En Kyoto o en Osaka hasta el chismorreó habitual era algo muy cortés, muy diferente del chismorreó de Tokyo. La gente utilizaba expresiones corteses para cualquier tipo de cosas: montañas y ríos, casas, calles, cuerpos celestes y hasta peces y verduras.

—En ese caso, más vale que consultes a Taichiro —le decía ella, dando por terminada la discusión—. Después de todo él es un universitario.

—¿Qué puede saber él de eso? Quizá sepa algo de literatura, pero nunca ha estudiado el lenguaje cortés. ¡Mira cómo hablan él y sus amigos! Ni siquiera es capaz de escribir sus artículos en un buen japonés.

En realidad, a Oki le disgustaba consultar a su hijo o recibir instrucciones de él. Prefería preguntar a su esposa. Pero, aunque era natural de Tokyo, Fumiko solía quedar perpleja ante sus preguntas.

Aquella mañana se descubrió a sí mismo lamentándose una vez más de la decadencia del idioma.

—Antes, los eruditos sabían chino y escribían una prosa correcta y armoniosa. La gente no habla así. Todos los días aparecen palabras nuevas, simpáticas como esas ratitas. Y, como a esas ratitas, no les importa lo que roen. Las palabras cambian con tanta rapidez que uno experimenta vértigo. Por eso su vida es muy breve, y aunque sobrevivan se vuelven obsoletas... como las novelas que escribimos. Es raro que alguna dure cinco años.

—Y bien, quizá baste con que una palabra nueva viva un día —dijo Fumiko, mientras entraba con la bandeja del desayuno—. Yo también he hecho bien en sobrevivir todos estos años que han transcurrido desde que tú pensaste en morir con aquella muchacha.

–Porque no hay jubilación para las amas de casa. Eso está mal.

–Pero existe el divorcio. Una vez, por lo menos una vez en mi vida yo también quise saber cómo se sentía uno al divorciarse.

–No es demasiado tarde.

–Ya no me interesa. Ya conoces ese antiguo dicho: tratar de asir la ocasión cuando ya pasó.

–La tuya no ha pasado... ni siquiera tienes canas.

–¡Pero la tuya sí!

–Ese es mi sacrificio para evitar el divorcio. Para que no te pongas celosa.

–¡Hoy estás dispuesto a hacerme enojar!

Bromeando como siempre, saborearon el desayuno. Fumiko parecía estar de buen humor. Había recordado a Otoko, pero era evidente que esa mañana no estaba dispuesta a exhumar el pasado.

La lluvia había amainado, a pesar de que aún no se veían grietas en la densa capa de nubes.

–¿Taichiro duerme aún? –preguntó Oki–. ¡Despiértalo!

Fumiko hizo un gesto de asentimiento.

–Lo intentaré; pero dudo de que lo logre. Me dirá que lo deje dormir porque está de vacaciones.

–¿No tenía pensado ir a Kyoto hoy?

–Puede ir al aeropuerto después de cenar. ¿Por qué va a Kyoto con este calor?

–Deberías preguntárselo a él. Se le ha puesto entre ceja y ceja visitar nuevamente la tumba de Sanetaka, que está detrás del Templo Nisonin. Parece que va a escribir una tesis sobre la Crónica de Sanetaka... ¿Sabes quién fue Sanetaka?

–¿Algún noble de la corte?

–¡Por supuesto que era noble! Llegó a ser chambelán en tiempos de Yoshimasa, y era amigo del poeta Sogi y de su círculo. Sanetaka fue uno de los aristócratas que mantuvieron con vida el arte y la literatura durante las guerras del siglo XVI. Parece haber tenido una interesante personalidad y dejó un diario muy voluminoso. Taichiro piensa utilizarlo para estudiar la cultura de ese período.

–¡Ah, sí! ¿Y dónde está el templo?

–Al pie del Monte Ogura.

–¿Pero dónde es eso? ¿No me llevaste allí una vez?

–Sí, hace mucho tiempo. Es un lugar pleno de asociaciones.

–Eso era en Saga, ¿no? Ahora recuerdo.

–Taichiro está descubriendo tantos detalles incidentales que opina que yo debería utilizarlos para una novela. Él los califica de anécdotas sin

valor. Supongo que se siente muy erudito cuando me aconseja crear una novela con sus anécdotas inútiles y sus leyendas infladas.

Fumiko sonrió con aire reservado.

–¡Ve a despertar a tu erudito! –prosiguió Oki, mientras se levantaba de la mesa–. ¿Dónde se ha visto que un hijo siga durmiendo mientras su padre trabaja?

En su estudio se sentó ante el escritorio y apoyó la cabeza en las manos, para reflexionar acerca de aquel diálogo sobre la edad a que debe retirarse un novelista. No lo encontraba nada divertido. Oyó que alguien hacía gárgaras en el baño. Taichiro entró enjugándose el rostro con una toalla.

–Te has levantado un poco tarde, ¿no? –comentó Oki con sequedad.

–Soñaba despierto.

–¿Y con qué soñabas?

–¿Sabías que han excavado la tumba de la princesa Kazunomiya?

–¿Han violado la tumba de una princesa?

–Podría definirse así –admitió Taichiro, conciliador–. ¿Pero acaso no es frecuente que excaven antiguas tumbas con fines de investigación?

–Si es la tumba de la princesa Kazunomiya no puede ser muy antigua. ¿Cuándo murió?

–En 1877 –respondió Taichiro con seguridad.

–¡En ese caso ha transcurrido menos de un siglo!

–Así es. Pero dicen que no quedaba más que su esqueleto.

Oki frunció el entrecejo.

–Dicen que hasta su almohada y sus vestidos se habían desintegrado... No quedaba más que el esqueleto.

–Es inhumano exhumar esos restos.

–Yacía en una postura deliciosamente inocente, como un niño dormido.

–¿El esqueleto?

–Sí. Y parece que quedaba un mechón de pelo detrás del cráneo... del largo que lo usaban las viudas. Pero era un pelo negro que parecía corresponder a una mujer de alta alcurnia muerta en plena juventud.

–¿Y tú soñabas despierto con ella?

–Sí. Pero es que había algo más. Algo bello, misterioso y fugaz...

–¿De qué se trataba? –preguntó Oki, que no podía compartir el entusiasmo de su hijo. Le disgustaba profundamente que hubieran exhumado el cadáver de una desdichada princesa imperial, que tenía que haber muerto antes de los treinta años.

—Algo que jamás se te ocurriría —dijo Taichiro, mientras balanceaba su toalla—. ¿No quieres que llame a mi madre así relato el suceso en su presencia?

Oki hizo un gesto afirmativo.

Al regresar al estudio, Taichiro iba repitiendo la historia a su madre.

Oki había extraído un volumen del Diccionario de historia japonesa de un anaquel de la biblioteca, buscó el nombre de Kazunomiya y encendió un cigarrillo. Su hijo traía en la mano algo que parecía una revista de pocas páginas. Oki le preguntó si aquél era el informe de la excavación.

—No, es el boletín de un museo. Uno de los miembros del equipo de redacción escribió un artículo intitulado "Belleza fugaz", a raíz de algo espectral que algunos de ellos tuvieron oportunidad de ver. Es posible que eso no figure en el informe.

Taichiro hizo una pausa y comenzó a resumir el artículo:

—Entre los brazos del esqueleto de la princesa Kazunomiya encontraron una placa de vidrio un poco más grande que una tarjeta de visita. Parece ser que eso fue lo único que encontraron. Estaban excavando las tumbas de los Shoguns de Tokugawa, en Shiba, de modo que abrieron también la de Kazunomiya... El tipo que estaba a cargo de los textiles pensó que podía tratarse de un espejo de bolsillo o de una fotografía de placa húmeda. Envolvió el vidrio en un papel y lo llevó al museo.

—¿Quieres decir que podía ser una fotografía sobre vidrio?

—Sí, se extiende una emulsión sobre una placa de vidrio y ésta se revela mientras está aún húmeda. Como las fotos de antes, ¿comprendes?

—Ah, sí.

—El vidrio parecía transparente, pero cuando el experto en textiles lo examinó en el museo, colocándolo a la luz, a diferentes ángulos, pudo distinguir la figura de un joven que vestía ropas de ceremonia y un sombrero de cortesano. Era, en efecto, una fotografía. Muy desvaída, por supuesto.

—¿Era el Shogun Iemochi? —preguntó Oki, cada vez más interesado.

—Parecería que sí. Se presume que fue enterrada con la fotografía de su marido muerto. El encargado pensó así y estaba dispuesto a consultar al Instituto de Investigaciones de Propiedades Culturales al día siguiente, con la esperanza de que ellos lograran obtener una imagen más clara... Pero a la mañana siguiente la imagen se había

desvanecido por completo. De la noche a la mañana, la fotografía se había convertido en un simple trozo de vidrio.

—¿En serio? —Fumiko miraba a su hijo con sorpresa.

—Por haber sido expuesta al aire y a la luz después de haber estado enterrada por espacio de años —explicó Oki.

—Así es. Una persona puede atestiguar que el experto en textiles vio una fotografía: se trata de un guardián que pasó por allí en el momento en que el hombre la estaba mirando. Se la mostró y el guardián vio también la imagen de un joven noble.

—¡Increíble!

—El artículo dice que es "la historia de una vida verdaderamente efímera".

Taichiro hizo una pausa.

—Pero el autor del artículo tiene ambiciones literarias —prosiguió—, de modo que en lugar de terminar allí siguió bordando la historia. Se dice que el príncipe Arisugawa estaba profundamente enamorado de Kazunomiya. Por eso cabe la posibilidad de que la fotografía haya mostrado al amante y no al marido. Es posible que, al sentirse morir, Kazunomiya haya ordenado secretamente a sus servidores que enterraran con ella la fotografía en vidrio de su amante. El autor dice que eso es lo que cabe esperar de un personaje tan trágico como el de la princesa.

"Pura imaginación, ¿no creen ustedes? Se puede escribir una nota interesantísima sobre la imagen del amante que se desvanece de la noche a la mañana, no bien se la saca de una sepultura.

"Dice también que la fotografía debió haber quedado bajo tierra para siempre. Kazunomiya habría deseado, sin duda, que la imagen se desvaneciera esa noche.

—Supongo que sí.

—Y esa belleza que se desvaneció en forma tan repentina podría ser recuperada por algún escritor que la transformara en una conmovedora obra de arte... Así termina el artículo. ¿No te gustaría escribir sobre eso, papá?

—No sé si sería capaz de hacerlo —dijo Oki—. Quizás en forma de cuento, un cuento que comenzara con una escena de la excavación... ¿Pero no basta con ese artículo?

—¿Te parece? —Taichiro parecía decepcionado.

—Lo leí esta mañana en la cama y ardía en deseos de contártelo. Te lo dejo.

Dejó la revista sobre el escritorio de su padre.

—Me gustaría leerlo

Cuando Taichiro ya se encaminaba a la puerta, Fumiko le preguntó:
–¿Y qué ocurrió con el esqueleto de la princesa? No la habrán llevado a una universidad o a un museo, ¿no? ¡Eso sería demasiado cruel! Estoy segura de que la volvieron a enterrar tal como estaba.
–El artículo no dice nada; pero sin duda lo hicieron.
–De cualquier manera, la fotografía que ella abrazaba ha desaparecido... La pobre princesa muerta tiene que estar muy sola.
–Eso no se me había ocurrido. ¿Qué te parece ese toque final, papá?
–Demasiado sentimental.

Taichiro abandonó el estudio. Fumiko también se dispuso a salir.
–¿No tenías proyectado trabajar? –preguntó.
–Todavía no. Después de un relato como éste necesito un paseo. Parece que ha dejado de llover.
Oki se levantó de su escritorio.
–De cualquier manera tiene que estar fresco y agradable después de semejante aguacero –comentó Fumiko y miró por la ventana–. Por favor, sal por la cocina y échale una ojeada a esa gotera.
–Hablas de lo solitaria que debe de estar la pobre princesa muerta y a renglón seguido me dices que vaya a controlar una gotera.
Las galochas de Oki estaban en un arcón para calzado próximo a la puerta de la cocina. Fumiko las sacó y mientras lo hacía dijo:
–¿Te parece bien que Taichiro hable de una tumba y, a continuación, viaje a Kyoto a visitar otra tumba? Oki la miró perplejo.
–¿Y qué tiene eso de malo? ¡Qué manera de saltar de un tema a otro!
–No estoy saltando. Me he estado preguntando lo mismo desde que comenzó a hablarnos de la princesa Kazunomiya.
–Pero la tumba de Sanetaka es cientos de años más antigua.
–¡Taichiro va a Kyoto a ver a esa muchacha!
Una vez más Fumiko había sorprendido a Oki con la guardia baja. Hasta ese momento, ella había estado atareada buscando las galochas; pero mientras Oki se las colocaba, se incorporó y lo miró a los ojos.
–Es una muchacha atterradoramente hermosa... ¿no te parece que es aterradora?
Oki vaciló. Había mantenido en secreto la noche pasada con Keiko.
–Todo esto me produce una extraña sensación de inquietud –prosiguió Fumiko sin apartar los ojos de su marido–. En lo que va del verano no se ha producido una verdadera tormenta eléctrica.
–¡Ahí tienes! ¡Otra vez saltando de un tema a otro!

—Si esta noche se produjera una tormenta eléctrica, podría caer un rayo sobre el avión.
—¡No seas absurda! Nunca he oído que un rayo caiga sobre un avión en este país.

Con el alivio de haber escapado de la casa, Oki observó las oscuras nubes de lluvia y el cielo bajo. La humedad era opresiva. Pero aun cuando el cielo se hubiera despejado, su humor no podía mejorar mucho. La idea de que su hijo viajaba a Kyoto para ver a Keiko no se apartaba de su mente. Por supuesto, no tenía la seguridad de que así fuera; pero desde el instante en que su esposa lo había sorprendido con aquella ocurrencia, había comenzado a admitirla como una posibilidad.

Al abandonar su estudio para dar un paseo, había tenido la intención de visitar uno de los antiguos templos de Kamakura; pero la extraña observación de Fumiko había hecho que las tumbas del templo se convirtieran en un espectáculo repelente. Decidió, pues, trepar una pequeña colina boscosa próxima a su casa. El aire del bosque estaba impregnado en los densos aromas que exhalan los árboles a la tierra después de una lluvia. Al sentirse escondido por la fronda comenzaron a surgir en su memoria visiones del adorable cuerpo de Keiko.

Primero vio uno de sus pezones. Era un botón rosado, de un rosado casi transparente. Algunas mujeres japonesas tienen una piel muy clara y radiante de feminidad, una piel quizá más bella y tersa que esa piel con un leve resplandor rosado, que tienen las jóvenes de Occidente. Y los pezones de algunas muchachas japonesas tienen un matiz de rosa incomparablemente delicado. El cutis de Keiko no era tan claro, pero sus pezones parecían recién lavados y húmedos. Eran como un pimpollo sobre su pecho de marfil. No se advertían en ellos pequeños pliegues ni textura granulada y sus dimensiones invitaban a apoyar tiernamente los labios sobre ellos.

Pero no fue sólo su belleza lo que trajo a la mente de Oki el recuerdo de los pezones de Keiko. Aquella noche en el hotel, ella le había entregado su pezón derecho, pero le había negado el izquierdo. Cuando él había tratado de acariciarlo, ella lo había defendido firmemente con una mano. Y cuando él le arrancó la mano, la muchacha se volvió y se apartó de él.

—¡No hagas eso! ¡Te lo ruego! El izquierdo no. Oki se había detenido en seco.

—¿Qué ocurre con el izquierdo?

—No sale.

—¿No sale?

Oki la miró azorado.

—No sirve para nada. Lo odio.

Keiko respiraba aún con dificultad. Oki no entendía nada. ¿Qué era lo que "no salía"? ¿Qué era lo que "no servía" para nada? ¿Era posible que el pezón izquierdo de la muchacha estuviera hundido o fuera deforme? ¿La preocuparía eso? ¿O sólo se trataría de la timidez de una chica que no se atreve a revelar que sus dos pezones no son iguales? Oki recordó que cuando él la levantó en brazos y la depositó en la cama, Keiko se había ovillado y parecía proteger más el pecho izquierdo que el derecho, utilizando el brazo a manera de escudo. Sin embargo, él había visto ambos pechos, tanto antes como después de ese instante. Cualquier anomalía en la forma del pezón izquierdo debería de haber atraído su atención.

Y cuando por fin apartó la mano de Keiko por la fuerza, y miró el pezón izquierdo, no vio nada extraño en él. Al examinarlo con mayor detenimiento pudo ver que era apenas más pequeño que el derecho. Eso no era nada fuera de lo común... ¿por qué estaría tan ansiosa la muchacha por mantenerlo apartado de ese pecho?

La resistencia que le había opuesto lo había excitado más aún. Mientras luchaba por llegar al pezón vedado le preguntó:

—¿Hay alguien en especial a quien le permites tocarlo? Keiko hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No —dijo—, nadie.

Lo miró con los ojos muy abiertos. Oki no estaba muy seguro, pero tenía la impresión de que aquellos ojos tenían una mirada triste, casi vecina a las lágrimas. Por lo menos no era la mirada de una mujer que es acariciada. A pesar de que volvió a cerrar los ojos y lo dejó hacer su voluntad, la muchacha parecía haberse replegado sobre sí misma. Oki lo advirtió y aflojó su abrazo, pero ella comenzó a ondular, como si eso la excitara más.

¿Era posible que el pecho derecho de Keiko hubiera perdido ya la virginidad Y que el izquierdo fuera aún virginal? Oki comprendió que cada uno de ellos debía de proporcionarle un grado de placer diferente. Ahora entendía por qué ella había dicho que el izquierdo "no servía para nada". Ninguna muchacha que recibiera las primeras caricias podía decir eso. Posiblemente fuera la táctica de una joven extraordinariamente astuta. Cualquier hombre tenía que sentirse tentado ante la idea de que una mujer extraía un grado diferente de placer de cada pecho y haría lo posible por emparejarlo. Aun cuando ella hubiera nacido así y no se pudiera hacer nada, la propia

anormalidad podía resultar tentadora. Oki nunca había conocido a una mujer cuyos pezones fueran de una sensibilidad tan diferente.

Sin duda alguna, cada mujer tenía su propia manera de hacerse acariciar y de aceptar las caricias. ¿Era posible que la reacción de Keiko no fuera más que un llamativo ejemplo de peculiaridad? Los gustos de muchas mujeres habían sido cultivados por los hábitos de sus amantes. En ese caso, un pezón izquierdo insensible resultaba un blanco particularmente tentador, pues era probable que las diferencias hubieran sido creadas por alguien con poca experiencia en el trato con mujeres. La idea de que el pecho izquierdo era aún virgen excitó el apetito de Oki. Pero llevaría tiempo emparejar la sensibilidad de ambos y no estaba seguro de poder encontrarse otra vez con ella.

Era tonto buscar el pezón izquierdo contra la voluntad de la muchacha en el primer encuentro. Oki había preferido explorar los lugares en los que ella recibía con más gusto sus caricias. Los encontró. Y entonces, justo cuando comenzaba a tratarla con más rudeza, la oyó pronunciar el nombre de Otoko. Se sobresaltó y ella lo apartó. Se sentó en la cama, luego se levantó y se dirigió a la mesa de tocador, para cepillar su desordenada cabellera. Él prefirió no mirarla.

La lluvia volvía a caer con fuerza y Oki se sintió solitario. La soledad parecía ir y venir a su antojo.

Keiko había regresado y se había arrodillado junto a la cama.

—¿Y ahora me vas a rodear con tus brazos y vas a dormir? —preguntó engatusadora, mientras lo miraba a la cara.

Sin pronunciar palabra, Oki la rodeó con su brazo izquierdo y se tendió de espaldas. Keiko se acostó junto a él. Los recuerdos de Otoko comenzaron a desfilar por la memoria de Oki. Transcurridos unos instantes, rompió el silencio:

—Ahora siento tu perfume.

—¿Mi perfume?

—El olor a mujer.

—¿Sí? Es por el calor... Lo siento.

—No se trata de eso. Me refiero al aroma grato de la mujer.

Se refería al aroma que surge naturalmente de la piel de una mujer que yace en brazos de un amante. Toda mujer lo tiene, hasta las adolescentes. No sólo excita al hombre sino que le da confianza y lo gratifica. La disposición de una mujer a rendirse parece emanar de todo su cuerpo.

Oki había sepultado la cabeza entre los pechos de Keiko, para demostrarle que era un aroma grato. Había permanecido así inmóvil, con los ojos cerrados, envuelto en aquel perfume.

Aun ahora, bajo la fronda húmeda, la última imagen del cuerpo de la joven que apareció en su mente fue la del pezón. Era una imagen tan fresca y vívida como siempre.

"No puedo permitir que Taichiro la vea –se dijo—. No debo permitírselo."

Apretaba las manos con fuerza sobre el esbelto tronco de un árbol joven.

Pero, qué hacer. Sacudió el árbol y una lluvia de gotas cayó sobre él. El suelo estaba tan empapado aún, que los pies se le habían mojado a pesar de las galochas. Oki contempló las verdes hojas que lo rodeaban. De pronto sintió que aquella espesa fronda lo serenaba.

Aparentemente sólo había una manera de evitar que su hijo viera a Keiko: decirle que la joven había pasado la noche con él en Enoshima. De no ser así, sólo le restaba enviar un telegrama a Otoko o quizá directamente a Keiko.

Regresó a toda prisa y no bien llegó a su casa preguntó por Taichiro.

–Se fue a Tokyo –anunció su esposa.

–¿Ya? Pero pensaba tomar un avión al atardecer. ¿Crees que antes de hacerlo pasará por casa?

–No. Eso sería desandar camino... Dijo que quería pasar por la facultad para recoger un material de investigación.

–¿Será cierto?

–¿Ocurre algo malo? No tienes buen aspecto.

Oki evitó mirarla y se dirigió a su estudio. Taichiro se había marchado y él no había telegrafiado ni a Otoko ni a Keiko.

Taichiro voló a Kyoto con el avión de las seis. Keiko lo aguardaba en el aeropuerto.

–No debería haber venido...

–tartamudeó Taichiro—. No creí que usted fuera a esperarme.

–¿Y no me lo agradece?

–Desde luego. Pero no debió molestarse.

Ella vio la mirada brillante del joven y bajó los ojos con expresión recatada.

–¿Vino de Kyoto? –preguntó Taichiro, un poco incómodo aún.

–Sí, de Kyoto –replicó Keiko cortés—. Después de todo vivo allí. ¿De dónde habría de venir?

Taichiro rió, como disculpándose y bajó la vista. Sus ojos se posaron en el obi de la muchacha.

–Está deslumbrante. Resulta difícil creer que ha venido a recibir a alguien como yo.

–¿Lo dice por mi quimono?

–Sí, por su quimono y por su obi, y...

Habría querido añadir: y por su pelo y por su rostro.

–En verano me siento más fresca con un quimono clásico, con obi. No me gusta la ropa suelta cuando hace calor. Pero tanto el quimono como el obi parecían flamantes.

–Prefiero los colores pastel para el verano –prosiguió–. Yo misma pinté este motivo.

Lo seguía muy de cerca mientras él avanzaba hacia el mostrador del equipaje. Taichiro se volvió para mirarla.

–¿Qué representa, a su juicio? –preguntó Keiko.

–A ver... ¿agua? ¿Un arroyo?

–¡Es un arco iris! Un arco iris sin color... simplemente líneas curvas en tinta clara y oscura. Nadie se da cuenta, pero estoy envuelta en un arco iris de verano... en un atardecer de montaña.

Keiko se volvió para lucir la parte posterior de su obi de organza de seda. En el lazo se distinguía una verde cadena montañosa y los delicados matices de rosado de un ocaso.

–Las dos mitades son diferentes –prosiguió, siempre de espaldas a él–.

Es un obi muy peculiar, dado que lo pintó una muchacha muy peculiar.

Taichiro se sintió cautivado por la combinación de la suave tonalidad rosada, con la piel marfilina de la nuca, bajo la mata de pelo negro, cepillado hacia arriba.

La línea aérea brindaba un servicio de taxímetros a los pasajeros con destino a Kyoto. El primer taxi se colmó rápidamente, pero mientras Taichiro se preguntaba qué debía hacer, llegó otro al que sólo subieron Keiko y él. En el momento en que abandonaban el aeropuerto, Taichiro comentó:

–Usted se debe de haber quedado sin cenar para venir hasta aquí a esperarme.

–¡Y usted sigue tratándome como a una desconocida!... Ni siquiera quise almorzar... Comeré algún bocado más tarde, con usted. ¿Sabe una cosa? –añadió en voz baja–. Lo estuve observando desde que emergió del avión. Fue el séptimo en salir.

–¿Sí?

—El séptimo —repitió Keiko, subrayando la palabra—. Ni siquiera me buscó con la vista mientras bajaba la escalerilla. Si uno espera que alguien vaya a recibirlo, ¿no es natural que trate de ver quién está tras la valla? Pero usted caminaba con los ojos bajos. Me sentí tan avergonzada, que tuve ganas de esconderme.

—Yo no la esperaba.

—¿Y entonces por qué me escribió por expreso para comunicarme cuándo llegaría?

—Supongo que mi intención fue hacerle saber que vendría realmente.

—Fue como un telegrama... Nada más que la hora de llegada del avión. Me pregunté si no estaría sometiéndome a prueba, para ver si iba a recibirlo. ¿No me estaba sometiendo a prueba? Sea como fuere, aquí estoy.

—De ser así, yo habría mirado, para cerciorarme de que usted estaba, ¿no le parece?

—Además no me comunicaba dónde pensaba parar. ¿Cómo podía enterarme si no venía al aeropuerto?

—Bueno...

—Taichiro vaciló—. Sólo quería que supiera que yo venía a Kyoto.

—No me gusta. ¡No sé qué pensaba hacer usted!

—Pensaba telefonearle.

—¿Y si no lo hubiera hecho y hubiera regresado a Kamakura sin verme? ¿Acaso lo único que usted quería era comunicarme que estaba aquí? ¿Estaba tratando de humillarme al venir a Kyoto y no verme?

—No, le escribí justamente para tener el coraje de verla.

—¿El coraje de verme? —La voz de Keiko se convirtió en un susurro: — ¿Puedo sentirme feliz? ¿O tengo que estar triste? No me importa, no responda... ¡Me alegro de haber venido! Pero para verme a mí no es necesario reunir coraje. A veces quisiera morirme. ¡Vamos! ¡Siga pisoteándome!

—¿Por qué estalla así, de repente?

—No es de repente. Yo soy así. Necesito que alguien aniquile mi orgullo.

—Me temo que yo no soy el más indicado para aniquilar el orgullo de nadie.

—Así parece; pero eso está mal. ¡Puede usarme como alfombra!

—¿Por qué dice esas cosas?

—No sé.

Keiko se llevó la mano a la cabeza para sujetar el pelo que se le volaba con el viento.

–Quizá sea desdichada... Hace unos instantes, cuando usted se acercaba a la valla, parecía deprimido y sombrío. ¿Por qué estaba tan triste? Yo lo había venido a recibir, pero yo no existía para usted, ¿no? Lo cierto era que Taichiro iba pensando en ella, pero no podía admitirlo.

–Hasta eso me hizo desdichada –prosiguió Keiko–. Porque soy egocéntrica... ¿Qué puedo hacer para lograr que usted advierta mi existencia?

–Yo siempre pienso en usted –declaró Taichiro–. En este momento también.

–¿De veras? –murmuró Keiko–. Es extraño estar aquí, junto a usted. No quiero otra cosa que sentarme y oírlo hablar.

El taxi dejó atrás las nuevas fábricas de Ibaraki y Takatsuki. Las iluminadas Destilerías Suntory, se destacaron sobre el fondo oscuro de las colinas próximas a Yamazaki.

–¿No fue muy accidentado su vuelo? –quiso saber Keiko–. Me preocupé por usted... Por la tarde llovió mucho en Kyoto.

–Fue un vuelo muy tranquilo; pero por un instante creí que nos estrellaríamos. Volábamos derecho hacia unas montañas oscuras que se interponían en nuestro camino.

La mano de Keiko buscó la del joven.

–Pero eran nubes –concluyó Taichiro. Su mano yacía muy quieta bajo la palma de la mano de ella, que permaneció allí por un breve lapso.

El taxi entró en Kyoto y se dirigió hacia el este, por la calle Cinco. Ni una brisa mecía las ramas de los sauces que bordeaban la ancha calzada; pero el chaparrón parecía haber refrescado el aire. En el extremo de las verdes hileras de sauces se elevaban las Colinas Orientales. Su perfil parecía desdibujado por nubes bajas en el cielo de ocaso. Aquí, en el límite occidental de la ciudad, Taichiro sintió ya la atmósfera de Kyoto.

Subieron por Horikawa y luego siguieron por la calle Oike hasta llegar a las oficinas de JAL.

Taichiro había reservado una habitación en el Kyoto Hotel y anunció que pensaba dejar su maleta allí.

–Caminemos. Es en esta cuadra.

–¡No, no! ¡No quiero! –exclamó Keiko y regresó al taxímetro, que aún aguardaba, mientras le hacía una seña para que la siguiera–. Kiyamachi, pasando la calle Tres –ordenó al conductor.

–De pasada, deténgase ante el Kyoto Hotel –añadió Taichiro; pero Keiko se opuso.

–No lo haga –dijo–. Por favor, vaya directamente a Kiyamachi.

Llegaron a una casa de té, hasta cuya puerta se llegaba por una estrecha alameda que Taichiro encontró muy curiosa. Los condujeron a un pequeño salón con vista al río. Taichiro se mostró encantado por el panorama y quiso saber cómo era que Keiko conocía aquel lugar.

–Mi maestra viene aquí con frecuencia.

–¿Se refiere usted a la señorita Ueno? –preguntó Taichiro y se volvió para mirarla.

–Sí, la señorita Ueno –replicó Keiko y abandonó el salón.

Taichiro se preguntó si iría a ordenar la cena. Transcurridos unos cinco minutos, la muchacha regresó y dijo:

–Si a usted no le importa, me gustaría que se quede aquí. Acabo de llamar al hotel para cancelar su reserva.

Taichiro la miró perplejo y ella bajó los ojos con expresión contrita.

–Lo siento. Quería que usted parara en un lugar que me resultara familiar.

Taichiro no sabía qué decir.

–Le ruego que se quede aquí –continuó ella–. Sólo permanecerá en Kyoto dos o tres días, ¿no?

–Así es.

Keiko levantó los ojos. Sus cejas sin retoque, de línea purísima, parecían un poco más claras que sus pestañas y conferían una expresión inocente a sus negríssimos ojos. Los labios, apenas coloreados con un toque de lápiz labial rosado, tenían un delicadísimo modelado. Apparentemente, no usaba ni polvos ni color en las mejillas.

–¡Basta! –exclamó de pronto, parpadeando–. ¿Por qué me mira así?

–¡Qué lindas pestañas tiene usted!

–Son auténticas. Tire y verá.

–Me parece un crimen tironear de ellas.

–¡Hágalo! A mí no me importa –invitó la muchacha y, cerrando los ojos, acercó su rostro a Taichiro–. Quizá parezcan tan largas porque son arqueadas.

Keiko aguardó unos instantes, pero Taichiro no tocó sus pestañas.

–Abra los ojos –le dijo–. Mire hacia arriba y abra bien los ojos.

Ella obedeció.

–¿Quiere que lo mire de frente?

La camarera entró llevando una bandeja con bebidas y bocadillos.

–¿Qué prefiere, sake o cerveza? –consultó Keiko y retrocedió–. Yo, personalmente, no bebo.

Los paneles corredizos de papel que daban al balcón estaban casi cerrados. En el balcón parecía estarse celebrando una reunión muy animada, en la que participaban geishas. Se hizo un repentino silencio, cuando desde el paseo junto al río ascendió el lamento de un violín chino y las canciones de unos músicos ambulantes.

–¿Qué planes tiene para mañana? –preguntó Keiko.

–Lo primero que quiero hacer es visitar una tumba en la colina que está detrás del Templo Nisonin. Es muy hermosa. Es la sepultura de una antigua familia de la corte.

–Puedo acompañarlo, ¿no?

Keiko hablaba con la vista fija en el ventilador.

–Me gustaría que me lleve a dar un paseo en lancha por el lago Biwa –prosiguió–. No es forzoso que eso sea mañana.

Taichiro pareció vacilar.

–No sé manejar una lancha –confesó, por fin.

–Yo sí.

–¿Y sabe nadar?

–¿Por si volcamos? –preguntó ella mirándolo–. ¡Usted podría salvarme! Lo haría, ¿no? Me aferraría a usted.

–Si usted se aferra a mí no podré salvarla.

–¿Y qué es lo que tengo que hacer?

–Yo tengo que mantenerla a flote rodeándola con mis brazos desde atrás...

Taichiro se detuvo. De pronto se sentía incómodo al imaginarse luchando por salvar a aquella hermosísima muchacha. Las vidas de ambos correrían peligro si él no la abrazaba con fuerza.

–No me importaría que la lancha volcara –dijo Keiko.

–No estoy muy seguro de poder salvarla.

–¿Y qué sucedería si usted no pudiera salvarme?

–¡No diga esas cosas! Dejemos lo de la lancha.

–¡Pero es que yo me había hecho tantas ilusiones! No hay razón para preocuparse.

Keiko vertió un poco más de cerveza en el vaso de Taichiro y preguntó:

–¿No quiere ponerse un quimono?

–No, estoy cómodo así.

En un ángulo del saloncito había dos quimonos de noche –uno de mujer y uno de hombre– prolijamente doblados. Taichiro procuró no

mirarlos. ¿Acaso Keiko habría reservado habitación para dos? No había antesala y él no se imaginaba cambiándose en presencia de la muchacha.

La camarera llevó la cena sin pronunciar palabra. Keiko también estaba silenciosa.

Se oyó el sonido de un shamisen, que alguien pulsaba en alguno de los balcones más distantes. La reunión en el balcón vecino se había vuelto bastante ruidosa. Se distinguían varias voces con acento de Osaka. Las sentimentales canciones y el sonido del violín chino se iban perdiendo en la distancia. El río no se divisaba desde el lugar en donde ellos estaban sentados, ante la baja mesa ubicada en el centro del salón.

—¿Sabe él que usted ha venido a Kyoto? —preguntó Keiko.

—¿Se refiere usted a mi padre? Sí, por supuesto. Pero jamás supondría que usted me fue a recibir al aeropuerto y que ahora estoy aquí con usted.

—¡Qué feliz me hace eso! ¡Pensar que usted se le ha escapado a su padre para reunirse conmigo!

—No es que esté tratando de ocultarle nada... ¿Usted pensó que era así?

—¡Pero es que es así!

—¿Y qué hay de su señorita Ueno?

—No le he dicho ni una palabra. Con todo, no me sorprendería que ambos sospechen lo ocurrido. Eso me haría realmente feliz.

—No me parece probable. La señorita Ueno no se ha enterado de nuestra amistad, ¿no? ¿Le ha dicho usted algo?

—Le conté que usted me había mostrado Kamakura. ¡Cuando le dije que usted me gustaba mucho se puso pálida!

Los negros ojos de Keiko relumbraron y sus mejillas se cubrieron de un ligero rubor.

—¿Cree usted que ella puede ver con indiferencia al hijo de un hombre que la hizo sufrir tanto? Ella me dijo lo desdichada que se había sentido cuando nació su hermana.

Taichiro permaneció en silencio.

—La señorita Ueno está trabajando en un cuadro al que ha intitulado *Ascensión de un infante*. Es un bebé sentado en una nube de cinco colores... Aunque parece ser que su hijita murió antes de estar en condiciones de sentarse. Keiko hizo una pausa.

—Si esa niña hubiera vivido, sería hoy mayor que su hermana.

—¿Y por qué me dice todo eso?

—Yo quería vengar a la señorita Ueno.

—¿Vengarse en mi padre?

—¡Y en usted también!

Taichiro escarbaba torpemente el pescado frito que habían colocado ante él, Keiko le retiró el plato y separó con gran habilidad las espinas de la carne.

—¿Su padre le ha comentado algo acerca de mí? —preguntó.

—No. Nunca he hablado de usted con él.

—¿Por qué no?

El rostro de Taichiro se ensombreció. Sintió como si una mano helada lo hubiera rozado.

—Nunca hablo de mujeres con mi padre —replicó casi con brusquedad.

—¿De mujeres?

Una sonrisa encantadora animó los labios de Keiko.

—¿Cómo pensaba vengarse a través de mí? —preguntó Taichiro con voz dura.

—En realidad, no sabría decirlo... Quizá fuera enamorándome de usted

—dijo Keiko, y sus ojos adquirieron una mirada distante, como si contemplaran la margen opuesta del río—. ¿No le parece divertido?

—¿De modo que, para usted, enamorarse es una venganza?

Keiko asintió como si se sintiera aliviada.

—Son celos femeninos —murmuró.

—¿Celos de qué?

—Estoy celosa porque la señorita Ueno sigue enamorada de su padre... porque no tolera que uno le guarde rencor.

—¿Y usted la quiere tanto?

—Estaría dispuesta a morir por ella.

—Yo nada tengo que ver con lo que ocurrió en un pasado bastante lejano. ¿El hecho de que estemos juntos aquí tiene algo que ver con esa antigua relación entre la señorita Ueno Otoko y mi padre?

—Por supuesto. Si yo no viviera con ella, usted no existiría para mí. Ni siquiera nos habríamos llegado a conocer.

—Usted no debería pensar en esas cosas. Una muchacha tan joven que piensa así está a merced de los fantasmas del pasado. Quizá sea por eso que su cuello es tan estilizado y tan semejante al de un espectro. Bellísimamente fantasmal, por supuesto.

—El cuello esbelto significa que una nunca ha amado a un hombre. Eso es lo que dice la señorita Ueno. Pero me enfurecería enamorarme, si eso me hiciera engordar.

Taichiro reprimió la tentación de aferrar aquel bellissimo cuello.

–Ese es el susurro de un espectro. Usted está envuelta en un hechizo, Keiko.

–No... ¡estoy envuelta en el amor!

–En realidad, la señorita Ueno no sabe nada de mí, ¿no es así?

–Cuando regresé de Kamakura le dije que usted debía de ser la viva imagen de su padre cuando tenía esa edad.

–¡Eso es absurdo! No me parezco en lo más mínimo a mi padre – exclamó Taichiro con enojo.

–¿Y eso lo irrita? ¿Preferiría no parecerse a él?

–Usted ha estado tratando de confundirme desde que nos encontramos en el aeropuerto, ¿no? No quiere que yo sepa qué es lo que usted piensa.

–No estoy tratando de confundirlo.

–¿De modo que ésa es su manera habitual de dialogar?

–Usted es terriblemente injusto conmigo.

–¿No dijo hoy que yo podía pisotearla?

–Y usted lo hace para obligarme a decir la verdad... No miento. ¡Lo que ocurre es que usted se niega a entenderme! ¿No es usted el que está ocultando sus pensamientos? Eso es lo que me hace desdichada.

–¿Se siente desdichada?

–Por supuesto que sí. ¡No puedo saber si soy feliz o no!

–Yo tampoco sé por qué estoy aquí con usted.

–¿No será porque está enamorado de mí?

–Sí, pero...

–¿Pero qué?

Keiko oprimió la mano de Taichiro entre las palmas de sus manos y la sacudió.

–No ha comido nada –comentó él.

La muchacha apenas si había probado bocado.

–La novia no come en el banquete de bodas.

–Ahí tiene, ésas son las cosas que usted dice.

–¡Usted fue el que comenzó a hablar de comida!

PÉRDIDAS ESTIVALES

Otoko era de ese tipo de personas que pierde peso en el verano.

Cuando era niña, en Tokyo, nunca lo había advertido; sólo después de los veinte, luego de haber vivido algunos años en Kyoto, había comprobado su tendencia a adelgazar en la estación cálida. Su madre se lo había hecho notar.

—Parecería que en el verano te desgastas, Otoko, ¿no? —había comentado—. Lo has heredado de mí... Ahora se pone de manifiesto. Tenemos la misma debilidad. Siempre he pensado que tu voluntad es más fuerte que la mía; pero desde el punto de vista físico, eres digna hija mía. No cabe la menor duda.

—No soy de voluntad fuerte.

—Eres violenta.

—No soy violenta!

Era evidente que su madre pensaba en la historia de amor con Oki, cuando hablaba de su fuerza de voluntad. ¿Pero acaso eso no había sido la ardiente pasión de una muchacha muy joven, un sentimiento de frenética intensidad que nada tenía que ver con la voluntad?

Se habían establecido en Kyoto porque su madre quería distraer a la muchacha de su dolor, de modo que ambas evitaban mencionar a Oki. A pesar de todo, solas en una ciudad que les era poco familiar, en la que sólo podían recurrir la una a la otra en procura de consuelo, no podían evitar ver la imagen de Oki en el corazón de ambas. Para la madre, Otoko era un espejo que reflejaba a Oki, y para Otoko, la madre era otro tanto. Y ambas veían su propia imagen en el otro espejo.

Un día, mientras escribía una carta, Otoko abrió el diccionario para consultar el ideograma "pensar". Al repasar los restantes significados (añorar, ser incapaz de olvidar, estar triste) sintió que el corazón se le encogía. Tuvo miedo de tocar el diccionario... Aun ahí estaba Oki. Innumerables palabras se lo recordaban. Vincular todo lo que veía y oía con su amor equivalía a estar viva. La conciencia de su propio cuerpo era inseparable del recuerdo de aquel abrazo.

Otoko comprendía que su madre —una mujer sola, con una única hija— estuviera ansiosa por que ella olvidara a aquel hombre. Pero ella no quería olvidarlo. Parecía aferrarse a su recuerdo, como si no pudiera vivir sin él. Probablemente había podido dejar la habitación enrejada de la clínica psiquiátrica gracias a su perdurable amor por Oki.

En una ocasión en que él estaba haciéndole el amor, Otoko, en su delirio, le rogó que se detuviera. Oki aflojó su abrazo y ella abrió los ojos. Sus pupilas estaban dilatadas y refulgían.

—Apenas te puedo ver, chiquito. Tu rostro está desdibujado, como si estuviera bajo el agua.

Hasta en esos momentos lo llamaba "chiquito".

—¿Sabes una cosa? Si tú murieras no podría seguir viviendo. ¡Simplemente no podría!

En los ojos de Otoko habían brillado lágrimas. No eran lágrimas de tristeza; eran lágrimas de entrega.

–En ese caso no quedaría nadie como tú para recordarme –había replicado Oki.

–No podría conformarme con recordar al hombre que he amado. Preferiría morir yo también. Y tú me lo permitirías, ¿no?

Otoko acarició el cuello de él con su rostro.

Al comienzo él no la tomó en serio. Luego dijo:

–Supongo que si alguien pretendiera asestarme una puñalada o me amenazara con una pistola tú te interpondrías para protegerme.

–Daría mi vida por ti con todo gusto, en cualquier momento.

–No es eso lo que quiero decir. Pero si algún peligro me amenazara tú me escudarías sin siquiera pensarlo, ¿no?

–Por supuesto.

–Ningún hombre haría eso por mí... Y esta muchachita...

–¡No soy una muchachita!

–¿Eres tan adulta, realmente? –preguntó él, mientras acariciaba los pechos de Otoko.

Oki pensaba también en el niño que ella llevaba en su vientre y en lo que podría sucederle si él muriera repentinamente. Otoko sólo se enteró de eso mucho más tarde, cuando leyó la novela.

Al comentar que Otoko se desgastaba en el verano, la madre pensaba sin duda en que ahora su hija ya no perdía peso por el recuerdo de Oki.

A pesar de su apariencia frágil, Otoko nunca había padecido una enfermedad grave. Por supuesto que todos los sufrimientos que había provocado su romance con Oki la habían dejado exhausta y macilenta, con una extraña expresión en la mirada. Pero no tardó en recuperarse físicamente. La juvenil capacidad de recuperación de su cuerpo convertía a sus lacerados sentimientos en algo incongruente. A no ser por la mirada melancólica de sus ojos, cuando pensaba en Oki, nadie habría advertido su tristeza. Y hasta esa ocasional sombra sólo contribuía a acentuar su belleza.

Desde su más tierna infancia, Otoko sabía que su madre perdía peso en verano. Solía enjugar el sudor que le bañaba la espalda y el pecho y, aunque ella no lo decía, advertía que su delgadez era debida a una extremada sensibilidad al calor. Pero Otoko era demasiado joven como para preocuparse por aquella debilidad, hasta que su madre le hizo notar que la había heredado. Sin duda la tendencia debía de haber existido desde hacía mucho tiempo.

Antes de llegar a los treinta años, Otoko comenzó a usar siempre quimono, de modo que su esbeltez ya no resultaba tan evidente como cuando usaba faldas o pantalones. Con todo, era innegable que adelgazaba mucho todos los veranos. Ahora, aquel fenómeno la hacía pensar en su madre muerta.

Verano a verano, la debilidad y la pérdida de peso de Otoko se iban haciendo más notables.

—¿A qué tónico se puede recurrir para evitar esto? —preguntó a su madre en una oportunidad—. En los periódicos aparecen avisos de muchas medicinas... ¿has probado alguna?

—Supongo que algo ayudarán —respondió la mujer con vaguedad y luego de una pausa prosiguió con tono diferente—: Otoko, la mejor medicina para una mujer es el matrimonio.

Otoko permaneció en silencio.

—¡El hombre es la medicina que da vida a la mujer! Todas las mujeres tienen que consumirla.

—¿Aun cuando se trate de un veneno?

—Aun así. Tú ya probaste el veneno y aún no lo admites, ¿no? Pero yo sé que puedes encontrar un buen antídoto. A veces se necesita un veneno para contrarrestar otro veneno. Quizás el remedio sea amargo, pero tienes que cerrar los ojos y tragarlo. Es posible que experimentes náuseas y creas que no te va a pasar por la garganta.

La madre de Otoko murió sin que su hija siguiera aquel consejo. Ése debió de ser su último dolor. Era cierto que Otoko nunca había pensado en Oki como en un veneno. Ni siquiera en la habitación enrejada de la clínica psiquiátrica había experimentado resentimiento u odio hacia él. Sólo estaba loca de amor. La poderosa droga que había tomado para quitarse la vida no tardó mucho en ser totalmente eliminada de su cuerpo; Oki y su hijita tampoco estaban ya junto a ella y las cicatrices que habían dejado podían llegar a desaparecer. Pero su amor por Oki permanecía intacto.

El tiempo pasó. Pero el tiempo se divide en muchas corrientes. Como en un río, hay una corriente central rápida en algunos sectores y lenta, hasta inmóvil, en otros. El tiempo cósmico es igual para todos, pero el tiempo humano difiere con cada persona. El tiempo corre de la misma manera para todos los seres humanos; pero todo ser humano flota de distinta manera en el tiempo.

Al aproximarse a los cuarenta, Otoko se preguntaba si el hecho de que Oki siguiera dentro de ella significaba que esa corriente del tiempo se había estancado, en lugar de seguir su curso. ¿O acaso la imagen que

ella conservaba de él había flotado con ella a través del tiempo como una flor que avanza aguas abajo? Ella ignoraba cómo había flotado su propia imagen en la corriente de Oki. No podía haberla olvidado; pero, sin duda, el tiempo había corrido de manera diferente para él. Las corrientes del tiempo nunca son iguales para dos personas, ni siquiera cuando son amantes...

Aquel día, como lo venía haciendo mañana a mañana al despertar, Otoko se masajeó la frente con la yema de los dedos y luego hizo correr las manos por su nuca y bajo sus brazos. Tenía la piel húmeda. Le pareció que la humedad que brotaba de sus poros había empapado el quimono de dormir.

Keiko parecía sentirse atraída por el olor y la tersura de la húmeda piel de Otoko y a veces le arrancaba las prendas más próximas a su cuerpo. Otoko odiaba intensamente el olor a transpiración.

Pero la noche anterior, Keiko había llegado después de las doce y media y se había sentado inquieta, evitando los ojos de su amiga.

Otoko estaba en la cama, con el rostro cubierto por un abanico –para evitar la luz del plafón– y la mirada fija en la serie de bocetos de rostros de bebé que había sujetado a la pared. Parecía absorta en su contemplación y apenas si dedicó una mirada a Keiko.

–Es tarde, ¿no? –fue su único comentario.

No le habían permitido ver a su hijita, pero le habían dicho que tenía el pelo renegrido. Al exigir más detalles sobre el aspecto de la niña, su madre le había dicho:

–Era pequeñita y deliciosa; muy parecida a ti.

Otoko comprendía que sólo lo había dicho para consolarla. En los últimos años había visto fotografías de niños recién nacidos y todos le habían parecido muy feos. Incluso había visto alguna que otra fotografía de criaturas en el instante del parto o cuando aún no les habían cortado el cordón umbilical. Las encontraba simplemente repulsivas.

Por consiguiente, no tenía una idea clara del rostro y de la forma de su hijita. Sólo podía apelar a la visión que llevaba en su alma. Sabía muy bien que la criatura de su *Ascensión de un infante* no se asemejaría a su niña muerta; pero no tenía la intención de hacer un retrato realista. Quería expresar su sentimiento de pérdida, su dolor y su cariño por alguien a quien jamás había visto. Había acariciado ese proyecto durante tanto tiempo, que la imagen de su niña muerta se había convertido para ella en un símbolo de anhelo. Pensaba en el cuadro

cada vez que estaba triste. Porque, además, aquel cuadro sería un símbolo de su supervivencia a través de los años que siguieron a su tragedia y de la melancolía y belleza de su amor por Oki.

Hasta ese momento no había logrado pintar un rostro de bebé que la satisficiera. Los rostros de los querubines y del Niño Jesús estaban trazados, por lo general, con líneas firmes y su aspecto era artificial; parecían adultos en miniatura. En lugar de uno de esos rostros fuertes y definidos, ella quería pintar un rostro de ensueño, un espíritu nimbado, que no perteneciera a este mundo ni al otro. Debía comunicar una sensación de serenidad, de paz y a la vez sugerir un mar de tristeza. Pero, con todo, Otoko se negaba a ser demasiado abstracta.

¿Y cómo pintar el cuerpo de un niño prematuro? ¿Cómo debía tratar el fondo, los motivos secundarios? Otoko había hojeado una y otra vez los álbumes de Redon y de Chagall, pero aquellas delicadas fantasías le eran demasiado extrañas como para estimular su imaginación.

Una vez más recordó los viejos retratos japoneses de niños santos: eran retratos basados en la leyenda del juvenil San Kobo, quien se soñó a sí mismo sentado en un loto de ocho pétalos, dialogando con Buda. En las pinturas más antiguas, la figura aparecía pura y austera, pero más tarde se fue suavizando y adquirió un encanto voluptuoso, hasta el punto de que algunos de aquellos niños podían ser tomados por preciosas niñas.

La noche anterior al Festival de la Luna Llena, cuando Keiko le pidió que la retratara, Otoko había pensado que su profundo interés por la *Ascensión de un infante* la había hecho concebir la idea de una *Santa Virgen* pintada a la manera de los retratos del niño santo. Pero más tarde comenzó a preguntarse si la atracción que ejercían sobre ella los cuadros de San Kobo no contendría un elemento de narcisismo, de enamoramiento de sí misma. Quizás en ambos casos se ocultara un deseo reprimido de hacer su autorretrato. ¿No era posible que esas imágenes sagradas no fueran otra cosa que una visión de la santidad de Otoko? La duda la hería como un puñal clavado por ella misma en su pecho contra su propia voluntad. Tuvo que arrancárselo. Pero la cicatriz subsistió y a veces dolía.

Por supuesto que no tenía intención de copiar los retratos del niño santo, pero era indudable que esa imagen acechaba en las profundidades de su alma. Hasta los títulos *Ascensión de un infante* y *Santa Virgen* sugerían que a través de esos cuadros ella quería purificar, y hasta santificar, su amor por la niña muerta y por Keiko.

Keiko había tomado el retrato de la madre de Otoko por un autorretrato de ésta, cuando vio el cuadro por primera vez. Más tarde, el cuadro siempre recordó a Otoko que –además de confundir a la mujer que allí se representaba– Keiko la había calificado de adorable. La ternura del recuerdo había llevado a Otoko a pintar a su madre joven y bella: pero quizás allí también existiera un elemento de narcisismo. El lógico parecido no era explicación suficiente. Quizás hubiera pintado, inconscientemente, su autorretrato.

Otoko seguía amando a Oki, a la niñita muerta y a su madre. ¿Pero era posible que esos amores hubieran permanecido inalterables desde los tiempos en que habían sido una realidad tangible? ¿No existía la posibilidad de que algo de esos mismos amores se hubiera transformado sutilmente en amor por sí misma? De ser así, ella misma no lo habría advertido, por supuesto. La muerte le había arrancado a su hijita y a su madre, y de Oki se había separado en forma definitiva. Sin embargo los tres seguían viviendo dentro de ella. Pero sólo Otoko les otorgaba esa vida. La imagen que conservaba de Oki había flotado junto a ella en la corriente del tiempo y quizá los recuerdos de su amor estuvieran teñidos por los colores de su amor por sí misma. Quizás hasta se hubieran transformado. Nunca se le había ocurrido pensar en que los recuerdos son sólo fantasmas y apariciones. Quizá fuera lógico que una mujer que había vivido sola por dos décadas, sin amor ni matrimonio, se consagrara a los recuerdos de un amor desafortunado. Y que esa consagración adquiriera matices de egolatría.

Y hasta el hecho de haberse prendado de su discípula Keiko, tanto menor que ella y de su mismo sexo, ¿no era acaso otra forma de amarse a sí misma? De otro modo nunca habría soñado con retratar a una muchacha como Keiko –una joven que se estaba volviendo peligrosa– como Santa Virgen budista, sentada sobre una flor de loto. ¿No querría ella, Otoko, crear una imagen pura y adorable de sí misma? Al parecer, la chica de dieciséis que amaba a Oki siempre existiría dentro de ella y nunca envejecería.

Otoko se sentía muy molesta y en una mañana como esa, cuando el calor de una noche estival en Kyoto dejaba su quimono húmedo de transpiración, lo habitual era que se levantara no bien despertaba. Pero ese día permaneció tendida, con el rostro vuelto hacia la pared sobre la cual había fijado los bocetos de bebés. Aquellos bocetos no le habían resultado fáciles. Aunque su hijita sólo había pasado por este mundo durante un brevísimo lapso, Otoko quería pintar una especie de

niño—espíritu, una criatura que nunca hubiera entrado en el mundo de los seres humanos.

Keiko estaba aún profundamente dormida, con la espalda vuelta hacia Otoko. Tenía el cuerpo envuelto en una fina manta de lino, que se había corrido por debajo de su pecho. Estaba acostada sobre un lado, con las piernas juntas. Ambos pies asomaban bajo la manta. Keiko vestía habitualmente al estilo japonés, de modo que los dedos de sus pies —naturalmente largos y finos— no habían sido deformados por los zapatos de tacones altos. Aquellos dedos eran tan esbeltos y de huesos tan finos, que Otoko tuvo la sensación de que pertenecían a una especie de ser no del todo humano. Había llegado al extremo de evitar mirarlos. Pero cuando los tomó entre sus manos experimentó un curioso placer al pensar que no podían pertenecer a una mujer de su propia generación. Era una sensación aterradora.

Una oleada de perfume ascendió hasta ella. Era una fragancia demasiado densa para una muchacha joven; pero Otoko la reconoció, era un perfume que Keiko usaba de tanto en tanto. Comenzó a preguntarse por qué lo había usado la noche anterior.

Cuando Keiko llegó de regreso después de la medianoche, Otoko estaba demasiado absorta en los bocetos como para prestarle mayor atención. La muchacha se metió en la cama sin siquiera bañarse y no tardó en quedarse dormida. Pero quizás Otoko igual la hubiera creído dormida, porque ella misma se hundió muy pronto en el sueño.

No bien se levantó, Otoko contorneó la cama de Keiko, en la penumbra, contempló el rostro dormido de la muchacha y comenzó a deslizar los postigos de madera. Keiko siempre se despertaba de buen humor por las mañanas y se levantaba de un salto para ayudarla a correr los postigos. Pero esa mañana se limitó a sentarse en la cama y a observar la operación. Por fin se levantó y dijo:

—Perdón. Creo que no me dormí antes de las tres de la mañana.

Comenzó a destender la cama de Otoko.

—¿Te molestó el calor?

—Ajá.

—No dobles mi quimono de dormir, por favor. Quiero lavarlo.

Otoko se dirigió al baño, con el quimono en el brazo. Keiko la siguió para usar el lavabo. Parecía tener prisa, hasta cuando se lavó los dientes.

—¿No quieres bañarte?

—Sí.

—Por lo visto te acostaste con el perfume que habías usado ayer.

—¿Sí?

—Así es —afirmó Otoko y observó con desconfianza la expresión distraída de la muchacha—. ¿Dónde estuviste anoche, Keiko?

No hubo respuesta.

—Báñate. Te sentirás mejor.

—Sí. Más tarde.

—¿Más tarde? —repitió Otoko y la miró.

Cuando abandonó el cuarto de baño, Otoko encontró a Keiko eligiendo un quimono.

—¿Piensas salir? —le preguntó con cierta brusquedad.

—Sí.

—¿Has quedado en encontrarte con alguien?

—Sí.

—¿Con quién?

—Con Taichiro.

Otoko pareció no entender.

—El Taichiro de Oki —explicó Keiko sin vacilar, pero omitió la palabra "hijo".

Otoko no pudo formular comentarios: le faltaba la voz.

—Ayer fui a recibirlo al aeropuerto y prometí mostrarle hoy la ciudad. O quizás él me la muestre a mí... Otoko, yo nunca te oculto nada. Primero iremos al Templo Nisonin... Él quiere ver una tumba que está en la ladera vecina.

—¿Quiere ver una tumba? —repitió Otoko, como un débil eco.

—Dice que es la tumba de un antiguo noble de la corte.

—¿Ah, sí?

Keiko se despojó de su quimono de dormir y permaneció desnuda, de espaldas a Otoko.

—Creo que, después de todo, me voy a poner un quimono interior. Parecería que hoy también va a hacer calor, pero no me siento cómoda sin ropa interior.

Otoko la contempló en silencio mientras la muchacha se vestía.

—Y ahora el obi bien ajustadito —comentó Keiko mientras se abrochaba la prenda.

Otoko observó el rostro de Keiko en el espejo, mientras ésta se aplicaba algunos cosméticos. Keiko sorprendió su mirada.

—No me mires así —dijo.

Otoko procuró suavizar su expresión.

Keiko se miró en uno de los espejos laterales del tocador y acomodó un rizo sobre una de sus bellísimas orejas. Luego hizo ademán de ponerse de pie, pero se arrepintió y escogió un frasco de perfume.

Otoko frunció el entrecejo.

–¿No basta con el perfume de anoche?

–No te preocupes.

–Estás bastante inquieta, ¿no?

Otoko hizo una pausa.

–Keiko, ¿por qué te encuentras con él?

–Me escribió para hacerme saber que venía –respondió la joven; se puso de pie, se dirigió a la cómoda y guardó apresuradamente varios quimonos que había sacado para hacer su elección.

–Dóblalos con prolijidad –dijo Otoko.

–Está bien.

–Tendrás que doblarlos de nuevo.

–Está bien –replicó Keiko, pero no volvió a mirar la cómoda.

–Ven para acá, te lo ruego –dijo Otoko con expresión grave.

Keiko se acercó, se sentó frente a ella y la miró a los ojos. Otoko desvió la mirada y preguntó de repente: –¿Te vas sin desayunar?

–No importa. Anoche cené muy tarde.

–¿Tan tarde como para no desayunar?

–Sí.

–Keiko –comenzó nuevamente Otoko–: ¿por qué te encuentras con él?

–No lo sé.

–¿Te gusta estar con él?

–Sí.

–De modo que eres tú quien deseaba el encuentro. Eso parecía explicar la inquietud de Keiko.

–¿Puedo preguntarte por qué? –prosiguió Otoko. Keiko no respondió.

–¿Es forzoso que lo veas? –preguntó Otoko y bajó los ojos, como si observara su propio regazo–. Yo preferiría que no lo hicieras. No vayas, por favor.

–¿Por qué no? No tiene nada que ver contigo, ¿no?

–¡Ya lo creo que tiene que ver conmigo!

–Pero es que tú ni siquiera lo conoces.

–¡Has pasado una noche con su padre y, sin embargo, no tienes inconvenientes en salir con él!

Otoko no podía pronunciar los nombres "Oki" y "Taichiro".

–Oki es tu ex amante, pero a Taichiro no lo has visto nunca. No tiene nada que ver contigo. Está bien que es hijo de Oki... pero no es tu hijo.

Otoko sintió que aquellas palabras se le clavaban como un dardo. Le recordaban que la esposa de Oki había dado a luz una niña poco después de la muerte de su propia hijita.

—Keiko —dijo—, estás tratando de seducirlo, ¿no?
—Fue él quien me escribió para anunciarme su llegada.
—¿Estás en tan buenos términos con él?
—No me gusta tu elección de palabras.
—¿Cómo quieres que lo formule? ¿Qué relación tienes con él? —preguntó Otoko y se pasó el dorso de la mano por la frente húmeda—. Eres un ser temible.
En los ojos de Keiko apareció un extraño brillo.
—Otoko, odio a los hombres.
—No vayas. Te ruego que no vayas. ¡Si vas preferiría que no regresaras! ¡Si te vas hoy no vuelvas nunca más!
—¡Otoko!
Keiko parecía al borde de las lágrimas.
—¿Qué piensas hacer con Taichiro?
Las manos de Otoko temblaban sobre su regazo. Era la primera vez que pronunciaba aquel nombre.
Keiko se puso de pie.
—Me voy —anunció.
—Te ruego que no vayas.
—Abofetéame, Otoko. Abofetéame como lo hiciste el día que fuimos al Templo del Musgo.
Se detuvo unos instantes, como si aguardara el golpe, y luego se alejó.

Otoko estaba bañada en un sudor frío. Permaneció sentada, con los ojos fijos en las hojas de un bambú, que refulgían a la luz del Sol. Por fin se levantó y se dirigió al baño. El ruido del agua la sobresaltó. Quizás habría abierto demasiado el grifo. Con movimiento apresurado cerró el paso del agua y luego lo volvió a abrir, dejando correr un débil chorro, y comenzó a lavarse. Se sentía un poco más tranquila, pero la tensión no había desaparecido de su cabeza. Se aplicó una toalla mojada sobre la frente y sobre la nuca.

Al regresar a la otra habitación, se sentó frente al retrato de su madre y a los bocetos de su bebé. Se estremeció de horror ante sí misma. Todo aquello era la consecuencia de vivir con Keiko; pero afectaba su existencia íntegra, agotaba sus fuerzas y la hacía terriblemente desdichada. ¿Cuál había sido su razón de vivir? ¿Por qué seguía existiendo?

Otoko sintió necesidad de llamar a su madre. De pronto recordó el *Retrato de mi anciana madre*, obra póstuma de Nakamura Tsumé. El artista había precedido a la madre en la muerte. Otoko encontraba

aquel cuadro profundamente conmovedor, en parte, porque ese último retrato era el de la madre del pintor. Nunca había visto el cuadro original, de modo que era difícil saber cómo era en realidad; pero hasta la reproducción fotográfica la emocionaba.

En su juventud, Nakamura Tsumé había pintado cuadros fuertes y sensuales de la mujer a la que amaba. Utilizaba mucho el rojo y se decía que había experimentado influencias de Rouault. Su Retrato de Eroshenko, una de sus obras maestras, era una serena y reverente expresión de la noble melancolía del poeta ciego; pero en maravillosos colores cálidos. En aquel último retrato de su madre, en cambio, los colores eran oscuros y fríos y el estilo muy simple. Mostraba a una anciana agobiada y enjuta, sentada de perfil, contra el fondo de una pared entablada. En un nicho de la pared, justo delante de su cabeza, había un jarro de agua y del otro lado pendía un termómetro. Por supuesto que el termómetro podía haber sido colocado allí sólo por razones de composición, pero a Otoko la impresionaba tanto como las cuentas de orar que asomaban entre los dedos de la anciana, apoyados sobre el regazo. De alguna manera, aquellos objetos parecían simbolizar los sentimientos del artista –próximo a morir– respecto de la muerte. El cuadro, en conjunto, producía la misma impresión.

Otoko extrajo el álbum de Nakamura de un armario y comparó el retrato de la madre del artista con el que ella había pintado de su propia madre. Ella había preferido retratar a su madre en plena juventud, a pesar de que ésta ya había muerto. Por otra parte, aquella no era de ninguna manera su última obra ni flotaba sobre ella la sombra de la muerte. El suyo era un estilo completamente distinto, encuadrado en la tradición japonesa, y sin embargo, con la reproducción del retrato de Nakamura a la vista, advertía el sentimentalismo de su propia pintura. Cerró los ojos con fuerza y sintió que se iba a desmayar.

Había pintado a su madre inspirada por un ferviente deseo de consuelo. Sólo había pensado en ella como mujer joven y bella. ¡Qué superficial y egoísta parecía aquello comparado con la ferviente devoción de un artista que estaba en los umbrales de la muerte! ¿No habría sido así su vida entera?

Había comenzado el retrato trazando los bocetos sobre la base de una fotografía que mostraba a su madre más joven y bella aún de lo que luego se la vería en el cuadro. Mientras trabajaba, Otoko echaba de

tanto en tanto una mirada al espejo para observar su propio rostro, que tenía mucha semejanza con el de su madre. Quizá fuera natural que el cuadro tuviera una especie de primorosa lindura... ¿Pero además no se alcanzaba a detectar la falta de un espíritu profundo?

Otoko recordaba que su madre siempre se había negado a dejarse fotografiar desde que se instalaron en Kyoto. El fotógrafo de la revista de Tokyo había pedido que posaran juntas, pero la anciana había huido... Otoko sospechaba ahora que lo había hecho por dolor. Vivía en Kyoto con su hija como una proscripta, como alguien que oculta su infamia. y hasta había cortado todo vínculo con sus amigos de Tokyo. La propia Otoko no dejaba de sentirse proscripta; pero como sólo tenía dieciséis años cuando llegó a Kyoto, su soledad y su aislamiento eran distintos de los de su madre.

También la distinguía de ella su amor por Oki, que se mantenía vivo a pesar de las heridas que le había infligido.

Al estudiar su retrato y el de Nakamura, se preguntó si no debía pintar a su madre nuevamente.

Keiko había partido para encontrarse con el hijo de Oki y Otoko sentía que la estaba perdiendo. No podía evitar la ansiedad.

Aquella mañana, Keiko no había mencionado ni una sola vez la palabra "venganza". Había dicho que odiaba a los hombres, pero no se podía prestar demasiado crédito a esas palabras. Ya se había traicionado al partir sin desayuno, con el pretexto de que había cenado tarde la noche anterior. ¿Qué pensaba hacer Keiko al hijo de Oki? ¿Qué sería de ellos y qué haría ella, la propia Otoko, después de haber vivido durante tantos años cautiva del amor por Oki? De pronto sintió que no podía esperar sentada.

Habiendo fracasado en su intención de detener a Keiko, lo único que podía hacer era tratar de encontrarlos y hablar con el propio Taichiro. Pero Keiko no le había dicho dónde paraba el joven ni dónde pensaban encontrarse.

EL LAGO

Cuando Keiko llegó a la casa de té de Ofusa encontró a Taichiro de pie en el balcón, listo para partir.

—Buenos días. ¿Pudiste dormir?

Se aproximó a él y se apoyó en la balaustrada.

—Me estabas aguardando.

—Me desperté temprano —dijo Taichiro—. El rumor del río me hizo experimentar el deseo de levantarme y ver cómo salía el Sol sobre las Colinas Orientales.

—¿Tan temprano te levantaste?

—Sí, pero las colinas están demasiado próximas como para permitir que se aprecie un verdadero amanecer. El verde de las colinas se torna más brillante y el Kamo refulge en la luz de la mañana.

—¿Has estado contemplando el panorama todo este tiempo?

—Fue interesante ver cómo iban cobrando vida las calles que están más allá del río.

—¿No pudiste dormir? ¿No te gustó este alojamiento? —preguntó Keiko y luego añadió suavemente—: Pero me gustaría que hubieras pensado en mí.

Taichiro no replicó.

—¿No me lo vas a decir?

—Estuve pensando en ti.

—Teforcé a que me lo dijeras.

—Tú, en cambio, pareces haber dormido muy bien —comentó Taichiro, mirándola.

Keiko hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No.

—Tus ojos brillan como si hubieras descansado bien.

—¡Brillan por ti! ¡Qué importa perder una o dos noches de sueño!

Los ojos húmedos y radiantes de la muchacha estaban fijos en Taichiro. Él le tomó una mano.

—¡Qué mano tan fría! —susurró Keiko.

—La tuya está tibia —dijo Taichiro y aferró uno a uno los dedos de la joven, admirando su delicadeza. Parecían increíblemente finos y frágiles. Tuvo la tentación de llevárselos a la boca.

Eran dedos que sugerían vulnerabilidad. Y allí, ante sus propios ojos, estaba su adorable perfil, sus orejas exquisitas y su largo y esbelto cuello.

—¿De modo que pintas con estos dedos tan finos? —preguntó el joven y se llevó la mano de ella a los labios. Keiko miró su mano. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

—¿Estás triste?

—¡Soy demasiado feliz! Hoy lloraría ante el menor roce de tu piel... Siento como si algo hubiera terminado para mí.

—¿Pero qué?

—No quiero que me preguntes eso.

—Nada ha terminado. Sólo comienza algo. Además, ¿no crees que el final de algo es el comienzo de otra cosa?

—Sí, pero lo que uno ha hecho, hecho está; es completamente distinto. Así es como siente una mujer. La mujer renace.

Taichiro estaba a punto de tomarla entre sus brazos, cuando se detuvo. Ella se apoyó contra él.

Desde las orillas del río, al pie del balcón, llegaba el agudo ladrido de un perrito. Una mujer de la vecindad, que paseaba a su terrier, se había cruzado con un gran perro akita, conducido por un hombre que parecía ser cocinero de uno de los restaurantes vecinos. El akita ignoró al terrier, pero la mujer se vio obligada a levantar a su perrito, que ladraba y se revolvía en sus brazos. Cuando lo apartó del mastín, el terrier pareció dedicar sus ladridos a la pareja que estaba en el balcón. La mujer levantó los ojos hacia ellos y ensayó una sonrisa de disculpa. Keiko se ocultó detrás de Taichiro.

—No soporto a los perros. Si un perro le ladra a uno por la mañana, seguro que a uno le espera un mal día.

Permaneció aferrada a los hombros del joven, aun después que los ladridos cesaron.

—¿Te sientes feliz de estar conmigo, Taichiro? —preguntó por fin.

—Por supuesto.

—Me pregunto si eres tan feliz como yo... Supongo que no.

Taichiro estaba pensando cuán femenina era Keiko, cuando tuvo la repentina conciencia de su aliento sobre la nuca. Ella parecía haberse aproximado más, tanto, que sintió el suave calor de su cuerpo. Ahora Keiko le pertenecía. Y ella no tenía nada de desconcertante.

—No comprendías hasta qué punto yo deseaba volver a verte —dijo la joven—. Creí que no volveríamos a encontrarnos a menos que yo volviera a viajar a Kamakura. ¡Qué extraño es estar juntos así!

—Muy extraño.

—Quiero decir esto, siento como si hubiéramos estado siempre juntos, porque he pensado en ti desde el día en que nos conocimos. Pero tú me olvidaste, ¿no? Hasta que tuviste que viajar a Kyoto.

—¡Qué extraño que digas eso!

—¿Te parece? ¿Me recordabas de vez en cuando?

—Y eso no dejaba de ser penoso.

—¿Por qué?

—Porque no puedo menos de pensar en tu maestra y en lo que sufrió mi madre a causa de ella. Yo era muy pequeño, pero toda la historia ha quedado registrada en una novela de mi padre, como sabrás. No

olvido cómo estallaba en lágrimas mi madre porque se le caía un cuenco, o cómo me llevaba en brazos por las calles en plena noche. Ni siquiera advertía que yo lloraba. Parecía haber quedado sorda... ¡y tenía poco más de veinte años!

Taichiro vaciló.

—De cualquier manera, la novela se sigue vendiendo —prosiguió—. Es una ironía, los derechos de autor han contribuido a mantener a nuestra familia por espacio de años. Costearon mi educación y el matrimonio de mi hermana.

—¿Y qué tiene de malo eso?

—No me quejo, pero me parece extraño. No puedo disfrutar una novela que pinta a mi madre como una loca celosa. Y, sin embargo, cada vez que sale una nueva edición es ella quien coloca el sello del autor en cada planilla de propiedad intelectual. Ahora es sólo una mujer madura que no se cansa de imprimir el sello para que se vendan más y más ejemplares de un libro que describe sus celos... Es posible que todo haya quedado reducido a un simple recuerdo... Ahora reina la paz en nuestro hogar. Uno pensaría que la gente la tiene que contemplar con desdén y, en realidad, ocurre todo lo contrario: parecen respetarla.

—Después de todo ella es la señora de Oki Toshio.

—Pero además está tu maestra, ella nunca se casó.

—Así es.

—Me pregunto qué sienten mis padres con respecto a eso. Parecen haber olvidado su existencia. Aborrezco la idea de que he estado viviendo del dinero que nos proporcionó el sacrificio de la vida de una muchacha... Y tú me dices que quieres vengarla.

—No hables más de eso —murmuró Keiko y apoyó su mejilla contra el cuello de él—. Mi venganza ha terminado. Ahora soy yo misma y nada más.

Taichiro se volvió y apoyó las manos sobre los hombros de la joven. Keiko habló entonces con voz apenas audible.

—La señorita Ueno me dijo que no regresara a su lado.

—¿Por qué?

—Porque venía a encontrarme contigo.

—¿Se lo dijiste?

—Por supuesto.

Taichiro guardó silencio.

—Me pidió que no viniera. Dijo que si me iba, no regresara más.

Taichiro retiró las manos de los hombros de la muchacha. El tránsito se había hecho más denso sobre la margen opuesta del río y había nuevos matices de verde claro y oscuro, en las Colinas Orientales.

–¿Crees que hubiera sido mejor no decirle nada? –preguntó Keiko escrutando el rostro de él.

–No se trata de eso –replicó Taichiro con voz fría y comenzó a pasearse–. Parecería que yo me estoy vengando de la señorita Ueno, por lo que le hizo una vez a mi madre.

Keiko lo siguió de cerca.

–Jamás soñé ese tipo de venganza. ¡Qué cosa tan curiosa la que estás diciendo!

–¿Partimos? O quizá sea mejor que regreses a tu casa.

–No seas tan cruel.

–Esta vez me toca a mí arruinar la vida de la señorita Ueno.

–Lamento haberte hablado de mi venganza. Perdóname.

Taichiro hizo señas a un taxi frente a la casa de té y subieron juntos. Se mantuvo silencioso en el viaje a través de la ciudad, rumbo al Templo Nisonin, en Saga.

Keiko, por su parte, sólo habló para preguntar si podía abrir la ventanilla; pero apoyó su mano sobre la de él y se la acarició con el dedo índice.

Se decía que la verja principal del Templo de Nisonin había sido traída del castillo de Hideyoshi, en Fushimi, a comienzos del siglo XVII. Tenía el imponente aire de las verjas de un gran castillo.

Keiko comentó que seguramente tenían por delante otro día de calor.

–Es la primera vez que vengo a este templo –señaló.

–He estado efectuando una pequeña investigación sobre Fujiwara Teika –dijo Taichiro.

Mientras ascendían los escalones que conducían al portón, observó que el ruedo del quimono de Keiko se agitaba, mientras ella se acomodaba ágilmente a su paso.

–Sabemos que Teika tenía una villa en el monte Ogura. Se llamaba "Pabellón de la lluvia otoñal". Pero hay tres versiones diferentes sobre el lugar de su emplazamiento. No se sabe realmente dónde estaba. Según unos estaba en esa colina que está a nuestras espaldas; según otros, en un templo no lejos de aquí y finalmente se habla de la "Ermita apartada del odioso mundo".

–La señorita Ueno me llevó allí en una oportunidad.

–¿Sí? Entonces habrás visto la vertiente de la cual, según dicen, Teika extraía el agua para su piedra de tinta, cuando trabajaba en la antología de cien poetas.

–No recuerdo haberla visto.

–Es célebre... La llaman "agua de sauce".

—¿Y es verdad que él usaba esa agua?

—Teika era un genio y corren muchas leyendas sobre él. Fue el máximo poeta y hombre de letras del Medioevo.

—¿Y su tumba está aquí?

—No. Está en Shokokuji. Pero en la ermita hay una pequeña pagoda de piedra que, al parecer, se erigió en recuerdo de su cremación.

Keiko no hablo más. Parecía saber muy poco acerca de Fujiwara Teika. Un rato antes, cuando el automóvil que los conducía pasó junto a la laguna de Hirosawa, la vista de las bellísimas colinas cubiertas de pinares, que se reflejaban a lo largo de la orilla opuesta, lo había hecho pensar en el milenio de historia y literatura tan estrechamente ligado a la región de Saga. Más allá del suave perfil del monte Ogura, alcanzó a distinguir el monte Arashi.

Con Keiko junto a él, el pasado le parecía más vivo aún. Sentía que estaba visitando realmente la antigua capital.

La impetuosidad de Keiko, la apasionada intensidad de la muchacha parecían suavizarse en este marco. Taichiro la miró.

—¿Por qué me miras así?

En un gesto de pudor, Keiko extendió la mano para bloquear su mirada. El apoyó suavemente su palma contra la de ella.

—Es tan extraño estar aquí contigo... Por momentos me pregunto dónde estoy.

—Yo también —murmuró Keiko y se clavó las uñas en las palmas—. Y me pregunto quién es el que está a mi lado.

Densas sombras caían sobre la amplia avenida que conducía desde las verjas hasta el templo. La avenida estaba flanqueada por soberbios pinos rojos, entre los que aparecía de tanto en tanto algún arce. Hasta los extremos de las ramas estaban inmóviles. Sus sombras jugaban sobre el rostro de Keiko y sobre su kimono blanco, cuando ellos caminaban. Una que otra rama de arce descendía hasta quedar al alcance de la mano.

Al llegar al final de la avenida vieron un muro techado, en el extremo superior de una escalinata de piedra. Se oía el rumor de una cascada. Ascendieron la escalinata y costearon el muro hacia la izquierda. De una abertura practicada en la base del muro, cerca de una puerta de rejas, surgía un arroyuelo.

—Son muy pocos los visitantes por tratarse de un templo tan famoso —comentó Taichiro y se detuvo junto a su compañera—. Hoy parece estar desierto.

El monte Ogura se levantaba ante ellos. El edificio central del templo, con su techo de cobre, tenía una serena dignidad.

—Mira este precioso roble sagrado —dijo Taichiro, mientras se encaminaba hacia el añoso ejemplar—. La gente dice que es el árbol más famoso de las *Colinas Occidentales*.

Las ramas del roble eran nudosas y retorcidas, pero estaban cubiertas de hojas nuevas y sus ramas más cortas parecían pletóricas de energía.

—Siempre me ha gustado este viejo árbol; pero hacía años que no lo veía así.

La atención de Taichiro se había concentrado en el árbol; parecía haber olvidado el templo.

Al pasar ante el pabellón de la diosa Benten, Taichiro miró una larga escalera de piedra que trepaba la ladera.

—¿Crees que puedes subir con quimono? —preguntó.

Keiko sonrió e hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No es muy fácil —comentó—. Pero dame la mano. Más adelante tendrás que llevarme en brazos.

—Subamos despacio.

—¿Está ahí arriba?

—Sí. La tumba de Sanetaka está al final de esta escalera.

—Viniste a Kyoto nada más que a ver esta tumba. No viniste a verme a mí.

—Exactamente.

Taichiro tomó la mano de la muchacha, pero luego la dejó en libertad.

—Iré solo. Espérame aquí —dijo.

—Soy capaz de subir. Deberías saber que estos escalones no son obstáculo para mí. ¡Trepemos lo que sea necesario! —declaró Keiko, tomó de la mano a su compañero y comenzó a subir.

Era evidente que aquella antiquísima escalera era muy poco usada ahora; al pie de cada escalón brotaban hierbas y helechos. De tanto en tanto asomaba alguna flor amarilla.

—¿Es aquí? —preguntó Keiko cuando llegaron a tres pequeñas pagodas de piedra que se erguían, en hilera, a un lado de la escalera.

—No, es un poco más arriba —dijo Taichiro, pero se detuvo junto a las pagodas—. Son bellísimas, ¿no? Son las "Tumbas de los tres Emperadores"... Verdaderas obras maestras del trabajo en piedra. Para mi gusto, las más lindas son la de este lado y la de los cinco anillos... ésta del medio.

Keiko asintió, sin apartar la mirada de los monumentos.

—La piedra tiene una hermosísima pátina —prosiguió Taichiro.

—¿Son medievales?

—Sí, pero la de los diez anillos, que está allí, parece ser un poco más nueva que las otras. Dicen que era una pagoda de treinta anillos y que perdió la parte superior.

La gracia y el refinamiento de las pequeñas pagodas de piedra parecían haber despertado el sentido estético de Keiko, que las contemplaba olvidada de la presencia de Taichiro.

—Ninguna de las tumbas de personajes célebres que hay por aquí puede comparárseles.

En el extremo superior de la escalera de piedra encontraron el modesto *Santuario del Fundador*, que sólo contenía una gran tabla de piedra en la que estaban inscriptas las obras más meritorias del sacerdote Tanku. Taichiro no le dedicó su atención y se dirigió inmediatamente a una fila de tumbas situadas a la derecha del santuario.

—Aquí está. Estas tumbas pertenecen a la familia Sanjonishi. La del extremo derecho es la de Sanetaka. Esa que dice "Señor de Sanetaka, antiguo chambelán".

Keiko miró y vio una sepultura pequeña, que apenas si llegaba a la altura de su rodilla, con una placa más insignificante aún, que llevaba el nombre de Sanetaka. Las dos tumbas de la izquierda también tenían pequeñas placas que llevaban las inscripciones: "Señor de Kineda, antiguo ministro de Derecho" y "Señor de Saneeda, antiguo chambelán"

—¿Cómo es posible que hombres que han desempeñado cargos tan destacados tengan unos monumentos tan sencillos? —preguntó Keiko.

—Así es... y a mí me gustan estas lápidas simples.

A no ser por las placas en las que constaban los nombres y cargos, aquellas tumbas no se diferenciaban para nada de las de los desconocidos sepultados en el Templo Nembutsu, de Adashino. Aquí las lápidas también eran vetustas, estaban cubiertas de musgo, sucias de barro, desgastadas por el tiempo.

Los dos jóvenes permanecieron en silencio. Taichiro se acucilló junto al sepulcro de Sanetaka, como si estuviera tratando de oír una voz distante y débil. Keiko también se acucilló atraída por la mano de su compañero.

—Es apasionante, ¿no? —dijo Taichiro—. Estoy haciendo una investigación sobre Sanetaka. Vivió hasta los ochenta y dos años y llevó un diario durante más de sesenta... Es una importantísima fuente histórica del siglo XVI. Además se lo menciona con frecuencia en los

diarios de otros nobles y poetas de la corte. Fue un período fascinante, una época de gran vitalidad cultural en medio de las guerras y de la inestabilidad política.

—¿Por eso tienes predilección por esta sepultura?

—Supongo que sí.

—¿Has estudiado su personalidad durante años?

—Tres años. No, en realidad ya deben de hacer cuatro o cinco que lo estudio.

—¿Y tu inspiración partió de esta tumba?

—¿Mi inspiración? No sé...

En ese instante, Keiko se dejó caer sobre él. Aún en cuclillas, Taichiro vaciló y se apoyó sobre los talones para no caer hacia atrás, cuando el peso de la muchacha le hizo perder el equilibrio y de pronto ella quedó tendida sobre los muslos de él, mirándolo, y le rodeó el cuello con los brazos.

—Aquí frente a tu venerado sepulcro... ¿Por qué no me dejas algún recuerdo de él? En estas piedras está tu corazón. Eso es todo lo que significan para mí.

—¿Todo lo que significan? —repitió él como ausente—. Con el tiempo, hasta las lápidas cambian.

—¿Qué estás diciendo?

—Es verdad. Llega un momento en que una tumba pierde su significado.

—¿Cómo?

—Estás demasiado cerca.

Los labios de Taichiro casi rozaban ahora la oreja de Keiko.

—¡Ay, no! Me haces cosquillas.

Keiko restregó la cabeza contra el pecho de él y lo miró de rabillo de ojo.

—No me hagas cosquillas. Odio a los hombres que jugueteen.

—Yo no estoy jugueteando.

Al borde de la risa, Taichiro advirtió de pronto que la había rodeado con sus brazos y la sostenía sobre su regazo. Tenía conciencia del peso de aquel cuerpo, de su palpitante suavidad.

Las largas mangas del quimono de Keiko se habían deslizado hacia abajo y sus brazos desnudos seguían rodeando el cuello de Taichiro. De repente él adquirió también conciencia del fresco contacto de su piel tersa y húmeda.

—De modo que estoy jugueteando con tu orejita.

Trató de regular su respiración.

—Soy muy sensible ahí —susurró ella.

Las orejas de la muchacha eran tentadoras. Taichiro pasó con toda suavidad los dedos por ellas. Keiko mantuvo los ojos abiertos y no se movió.

–Parecen misteriosas flores –comentó él, jugueteando con las orejas.

–¿Sí?

–¿Oyes algo?

–Por supuesto. Algo como...

–¿Como qué?

–No sé. Algo como una abeja que revolotea en torno a una flor... o quizá sea una mariposa.

–Es que yo las estoy acariciando.

–¿Te gusta acariciar las orejas de una mujer?

Las manos de Taichiro se paralizaron.

–¿Te gusta? –repitió ella suavemente.

–Nunca he visto orejas tan bellas –dijo él por fin.

–A mí me encantan las orejas de la gente –declaró Keiko–. Raro, ¿no? Me he convertido en una experta en limpieza de orejas. ¿Alguna vez me dejarás hacerme cargo de las tuyas?

Taichiro no respondió.

–No corre ni una brisa –prosiguió ella.

–No. Sólo un mundo bañado por el sol.

–Siempre recordaré que estuve en tus brazos frente a una antigua sepultura, en una mañana como ésta. Es muy extraño que una tumba cree un recuerdo.

–Han sido hechas para recordar, ¿no?

–Estoy segura de que tu recuerdo de esta mañana no va a tardar en desvanecerse.

Keiko hizo un esfuerzo por incorporarse.

–¡Demasiado incómodo! –dijo.

–¿Por qué crees que no lo voy a recordar?

–¡Es demasiado incómodo seguir en esta postura! Trató de incorporarse una vez más, pero Taichiro la apretó contra su pecho. Sus labios rozaron los de ella.

–¡No, no!

La brusca resistencia sorprendió a Taichiro. Keiko había apretado el rostro contra su pecho, como para esconder los labios. Él apoyó la mano sobre la frente de la muchacha y trató de que ella volviera la cabeza, pero Keiko se resistió.

–¡Me estás lastimando un ojo! –exclamó, rindiéndose. Tenía los ojos cerrados.

–¿Cuál?

—El derecho.

—¿Todavía te duele?

—Sí. ¿No ves las lágrimas?

El párpado no mostraba signos de irritación. Él se agachó automáticamente y le besó el ojo.

Keiko suspiró, pero no ofreció resistencia.

Taichiro sintió las largas pestañas entre sus labios. Repentinamente inquieto, se echó atrás.

—¿No me dejas besar tus labios, pero el ojo no te importa?

—No sé. ¿Cómo puedes hablar así?

Se puso bruscamente de pie y, al hacerlo, estuvo a punto de hacer caer a Taichiro. Su bolso blanco había quedado en el suelo. Taichiro lo recogió, se puso de pie y se lo entregó.

—Qué bolso tan grande.

—Llevo un traje de baño en él.

—¿Un traje de baño?

—Prometiste llevarme al lago Biwa, ¿recuerdas?

Keiko extrajo un espejo del bolso, se examinó el ojo derecho y se restregó el párpado. Al advertir la persistente mirada de Taichiro, se ruborizó y bajó los ojos con un delicioso gesto de timidez.

Luego pasó la punta de los dedos sobre la camisa blanca de él, que ostentaba huellas de su lápiz labial.

—¿Qué hacemos? —preguntó él, tomándole la mano.

—Lo siento mucho, no sale.

—No es mi camisa lo que me preocupa. Te pregunto qué vamos a hacer ahora.

—¡Qué se yo! —exclamó Keiko levantando el rostro—. No tengo la menor idea.

—Podemos ir al lago esta tarde, ¿no?

—¿Qué hora es?

—Las diez menos cuarto.

—¿Tan temprano? Por la manera en que se filtran los rayos del Sol creí que era mediodía.

—Keiko miró en torno, a través de los árboles.

—Aquél debe de ser el monte Arashi. Yo creía que la gente venía aquí también en verano.

—Pero aunque visiten el templo, no es muy probable que suban hasta aquí.

Taichiro se enjugó el rostro con un pañuelo. Hasta cierto punto se sentía aliviado al poder hablar otra vez en tono natural con la muchacha.

–¿Quieres ver el lugar en donde dicen que estuvo emplazado el "Pabellón de la Lluvia Otoñal"? He estado aquí dos o tres veces antes, pero nunca llegué hasta arriba.

Un indicador de madera, situado al pie de la loma que se levantaba a sus espaldas, señalaba la ubicación del solar.

–¿Hay que trepar más aún? –preguntó Keiko, mirando la montaña–. No me importa. Si el camino es difícil, puedo quitarme los zapatos.

El sendero ascendía entre un espeso bosque. Taichiro oyó el roce de las ramas contra el quimono de Keiko y se volvió para darle la mano.

Al cabo de un rato llegaron a una bifurcación del camino.

–Probablemente tengamos que tomar el de la izquierda –dijo Taichiro, vacilante–. Parece un poco peligroso.

El camino avanzaba a lo largo de un precipicio.

–Tengo miedo de resbalar –murmuró Keiko, colgándosele del brazo–. Tomemos el sendero de la derecha.

–Probablemente, da lo mismo uno que otro. Ambos parecen conducir a la cumbre.

El sendero de la derecha estaba casi oculto por árboles bajos. Taichiro permitió que Keiko lo guiara, pero de pronto ella se detuvo.

–¿Es indispensable que atravesase esta espesura vestida como estoy?

Cerca de ellos se levantaban tres enormes pinos. A través de sus ramas divisaron las *Colinas del Norte* y más abajo, las afueras de la ciudad.

–Me pregunto dónde estamos –dijo Taichiro, cuando Keiko se apoyó en él.

–No tengo la menor idea, –replicó ella y, lentamente, se desmoronó en sus brazos. El se tambaleó y se dejó caer, arrastrado por el peso de ella.

Quedaron tendidos uno junto al otro. Keiko bajó una mano y se alisó la falda.

Cuando él aproximó los labios a sus ojos, se limitó a bajar los párpados. Ni siquiera cuando él la besó en la boca trató de evitarlo; pero mantuvo los labios apretados. Taichiro le acarició el juvenil y esbelto cuello y comenzó a deslizar la mano bajo su quimono.

–¡No hagas eso! –exclamó Keiko y aferró la mano del joven.

Él deslizó entonces la palma de la mano sobre el quimono, contra el seno derecho de Keiko. Las manos de ella, que aún no habían dejado en libertad la mano de Taichiro, la guiaron hacia el otro pecho. Entreabrió entonces los ojos y lo miró.

–No toques el derecho. No me gusta.

—¡Ah!

Desconcertado, él apartó la mano del seno izquierdo. Los ojos de Keiko continuaban entreabiertos.

—El derecho me hace sentir triste —dijo.

—¿Triste?

—Sí.

—¿Y por qué?

—No sé. Quizá sea porque mi corazón no está de ese lado.

Cerró los ojos con expresión tímida y aproximó su pecho izquierdo a Taichiro.

—Quizá el cuerpo de una chica tenga algo de defectuoso. Hasta el hecho de perder ese defecto la puede hacer sentir triste.

Taichiro se sintió excitado ante la mención de un posible defecto en el cuerpo de la muchacha. Sin embargo, la forma en que Keiko acababa de hablar parecía estar demostrando a las claras que no era la primera vez que había permitido a un hombre tocar sus pechos. Eso también lo tentaba. La aferró con firmeza del pelo y la besó. La frente y el cuello de la muchacha estaban bañados en sudor.

Descendieron la ladera hasta el templo Gio, pasando junto a las sepulturas de la familia Suminokura. Desde allí se encaminaron al monte Arashi.

Almorzaron en el restaurante Kitcho.

Al terminar, la camarera se aproximó y les anunció que su auto había llegado.

Desconcertado, Taichiro miró a Keiko. Era evidente que ella había pagado la cuenta y había alquilado un automóvil, mientras él la creía en el toilette.

Cuando cruzaban Kyoto, cerca del castillo Nijo, Keiko comentó:

—No creí que pudiéramos llegar en tan poco tiempo.

—¿Llegar a dónde?

—¡No seas tan olvidadizo! ¡Al lago Biwa, por supuesto!

El automóvil se dirigió hacia la alta pagoda del *Templo Oriental*, pasó junto a la estación de Kyoto y costó el templo. Avanzaban por el sector sur de la ciudad. Durante un tiempo costearon el río Kamo. Era un tramo de rápidos, que nada tenía que ver con el curso habitualmente plácido de aquel río. El conductor les informó que la montaña que se elevaba al frente se llamaba monte Ushio, es decir "cola de buey". Cruzaron la cadena de las *Colinas Orientales*, a la izquierda de ese monte.

De pronto se abrió la vista del lago a sus pies.

—¡Ahí tienes el lago Biwa! —anunció Keiko—. Por fin he conseguido traerte aquí.

Taichiro se sorprendió ante el elevado número de embarcaciones que surcaban las aguas del lago: veleros, lanchas, cruceros.

Descendieron a la antigua ciudad de Otsu. No lejos del punto panorámico, desde el cual se divisaba la totalidad del lago, doblaron a la izquierda, pasaron junto a un lugar en el que se corrían carreras de lanchas, cruzaron Hama-Otsu y penetraron en la alameda que conducía al edificio del Hotel Lago Biwa. Había automóviles estacionados a ambos lados de la avenida de entrada.

Taichiro se sobresaltó al pensar que Keiko tenía que haber mencionado aquel hotel como destino de su viaje, cuando alquiló el automóvil.

Un portero se aproximó para abrir la portezuela. No quedaba más remedio que entrar.

Sin dirigir una mirada a Taichiro, Keiko se dirigió al mostrador de recepción y preguntó:

—¿Han hecho una reserva para Oki, desde Kitcho, en el monte Arashi?

—En efecto —respondió el recepcionista—. Creo que es por una noche, ¿no?

Keiko se hizo a un lado, para que Taichiro llenara la ficha. Después de lo que ella había dicho, Taichiro se vio obligado a dar su verdadero nombre y su dirección real. Luego añadió "y Keiko", junto a su nombre. Por alguna razón, eso lo hizo sentir aliviado.

El botones los condujo al ascensor, pero sólo subieron hasta el primer piso. Keiko parecía encantada con la suite.

Además del dormitorio, había un amplio salón cuyas ventanas se abrían sobre el lago por un lado, y sobre las colinas próximas a Kyoto, por el otro. La balaustrada del balcón era roja, quizá para armonizar con la arquitectura estilo Momoyama del hotel. Las paredes artesonadas, las ventanas de paneles corredizos, las puertas de vidrio con anchos marcos tenían un aire digno y anticuado. Cada uno de los amplios ventanales abarcaba una pared completa.

Apareció una mucama llevándoles té verde.

Keiko permanecía inmóvil junto a la ventana que daba al lago, cuya blanca cortina de encaje sostenía con ambas manos.

Taichiro se había sentado en el sofá y la observaba. La joven llevaba un quimono diferente del de la víspera, pero con el mismo obi del arco iris.

El lago se extendía a su izquierda. Sobre su tersa superficie se desplazaban enjambres de veleros. La mayoría de las velas eran

blancas, pero también las había rojas, púrpura o azul oscuro. Aquí y allá, las lanchas pasaban como una exhalación, levantando cortinas de agua y dejando atrás una estela de espuma.

Desde afuera llegaba el rugido de los motores, la vocinglería de los huéspedes reunidos en torno a la piscina del hotel y el ronroneo de una cortadora de césped. Adentro, el acondicionador de aire dejaba oír su zumbido.

Por un rato Taichiro aguardó que ella hablara. Luego le preguntó si quería una taza de té.

Keiko hizo un gesto negativo con la cabeza.

—¿Por qué no hablas? —preguntó—. ¿Por qué estás tan callado? Es una crueldad de tu parte.

Tironeó la cortina con gesto caprichoso.

—¿No te parece que es una vista hermosísima?

—Sí. Es hermosísima. Pero yo estaba pensando en lo hermosa que eres tú. Tu nuca, tu obi...

—¿Recuerdas cuando me tenías en tus brazos, allá en el templo?

—¿Que sí recuerdo... eso?

—Supongo que estás enfadado conmigo. Estás escandalizado. Lo sé.

—Quizá, sí.

—Yo también. Es terrible que una mujer se entregue en forma tan completa.

Bajó la voz:

—¿Así que por eso no te acercas a mí?

Taichiro se puso de pie y se acercó a ella. Le apoyó una mano sobre el hombro y la guió dulcemente hasta el sofá. Ella permaneció sentada cerca de él, pero mantuvo los ojos bajos.

—Sírvenme un poco de té —susurró.

Él levantó la taza y se la tendió.

—De tu boca.

Taichiro tomó un sorbo de té y lo dejó filtrar poco a poco por entre los labios de ella. Keiko bebió el té con los ojos cerrados y con la cabeza echada hacia atrás. Su cuerpo estaba inerte, con excepción de los labios y de la garganta.

—Más —dijo, sin moverse.

Taichiro tomó otro sorbo de té y se lo dio boca a boca.

—¡Ay, qué lindo! —exclamó Keiko, abriendo los ojos—. Me gustaría morir ahora. ¡Por qué no habrá sido veneno!... Estoy acabada. Acabada. Y tú también.

Tras una pausa dijo:

—Vuélvete.

Empujó a Taichiro para que se volviera y apretó el rostro contra su hombro. Luego buscó sus manos. Taichiro tomó una de las manos de la muchacha y la contempló mientras acariciaba un dedo tras otro.

—Lo lamento —dijo Keiko—. ¡Qué desconsideración de mi parte! Seguramente estás deseando bañarte. ¿Qué te parece si lleno la bañera?

—Muy bien.

—A no ser que prefieras tomar una ducha.

—¿Te parece que la necesito?

—Me gustas tal cual estás. Nunca me había gustado tanto un aroma, como el de tu piel —hizo una pausa—. Pero supongo que preferirás refrescarte.

Keiko desapareció en el dormitorio. Taichiro oyó el sonido del agua que corría en el cuarto de baño vecino al dormitorio.

Estaba observando un vapor de excursiones que se aproximaba al muelle del hotel, cuando Keiko apareció para anunciarle que el baño estaba listo.

Taichiro jabonó con vigor su cuerpo sudoroso. Unos repentinos golpes en la puerta lo hicieron sobresaltar. ¿Estaba por entrar Keiko? Luego oyó la voz de la muchacha anunciándole que lo llamaban por teléfono.

—No puede ser para mí. ¿Quién llama?... Tiene que ser un error.

—Es para ti —repitió ella.

—Qué curioso. Nadie sabe que estoy aquí.

—Pero te aseguro que es para ti.

Sin secarse, Taichiro se echó encima un quimono de baño y salió.

—¿Dices que es para mí? —preguntó con expresión de sospecha.

Había un teléfono sobre la mesa de luz, entre las dos camas. Se dirigía a ese aparato, cuando Keiko le dijo que fuera a la otra habitación. En una mesita próxima al aparato de televisión había un teléfono con el receptor descolgado. En el instante en que Taichiro levantaba el receptor y se lo llevaba al oído, Keiko dijo:

—Es de tu casa, de Kamakura.

—¡Qué dices! —exclamó Taichiro palideciendo—. ¿Cómo es posible?

—Tu madre está en la línea.

Keiko hizo una pausa y añadió con voz tensa:

—Yo la llamé. Le dije que estábamos aquí en el Hotel Lago Biwa y que has prometido casarte conmigo. Le dije que esperaba su consentimiento.

Taichiro la miró perplejo. Su madre tenía que estar oyendo lo que ella le decía. Cuando había entrado en el baño había cerrado tanto la puerta del dormitorio como la del baño. Eso y el ruido del agua habían

impedido que oyera la conversación telefónica de Keiko. ¿Su invitación a que se bañara habría sido parte del plan?

—¿Taichiro? Taichiro, ¿eres tú? —la voz de su madre vibró en el receptor sobre el cual su mano se crispaba.

Taichiro no apartaba los ojos de Keiko y ella le devolvía la mirada sin parpadear. Sus bellos ojos tenían un brillo penetrante.

—¿Habla Taichiro?

—Sí, madre, soy yo —respondió el joven llevándose el receptor al oído.

—¿Seguro que eres tú Taichiro? —insistió la madre y luego añadió con voz trémula—: ¡No hagas eso, Taichiro! ¡Por favor no lo hagas!

Taichiro no respondió.

—Tú sabes qué clase de mujer es ésa, ¿no? Tienes que saberlo.

Taichiro seguía sin hablar. Keiko lo rodeó con los brazos desde atrás. Con la mejilla le apartó el receptor del oído y le acercó los labios a la oreja.

—Madre —dijo suavemente—. Madre, me pregunto si comprendes por qué te llamé.

—¿Me estás oyendo Taichiro? —preguntaba Fumiko desde el otro extremo de la línea—. ¿Quién habla?

—Soy yo —respondió Taichiro, apartándose de los labios de Keiko y llevándose nuevamente el receptor al oído.

—¡Qué descaró! ¡Contesta en tu lugar! ¿Fue ella quien te hizo llamar? Taichiro, regresa a casa —prosiguió la madre sin aguardar respuesta—. Deja ese hotel inmediatamente y ven a casa... Ella está escuchando, ¿no? ¡No me importa! Quiero que me oiga. Taichiro, no te mezcles con esa chica. Es una mujer temible... ¡Lo sé! No aguantaré que me vuelvan a martirizar. ¡Esta vez me mataría! Y no lo digo porque ella sea discípula de la señorita Ueno.

Mientras Taichiro escuchaba, los labios de Keiko rozaban su nuca.

—Si yo no hubiera sido discípula de la señorita Ueno, nunca te habría conocido —susurró.

—Lo digo porque es despreciable —prosiguió la madre—. Creo que también intentó seducir a tu padre.

—¿Sí? —exclamó Taichiro débilmente y se volvió para mirar a Keiko. La cabeza de ésta se movió con la del hombre, sin que sus labios se apartaran de la nuca de él. Taichiro sintió que estaba insultando a su madre al escucharla mientras Keiko lo besaba. Pero no podía cortar la comunicación sin más ni más.

—Está bien... Hablaremos de eso cuando regrese a casa.

—¡Sí... vuelve en seguida! No has cometido ningún disparate, ¿verdad? Supongo que no piensas pasar la noche allí. No hubo respuesta.

—Taichiro, ¡mírala a los ojos! Piensa en lo que te dice. ¿Por qué supones que quiere casarse contigo, siendo discípula de la Ueno? Es el plan de una mujer perversa. Por lo menos es perversa en lo que a nosotros respecta. Estoy segura de lo que te digo, no es sólo una fantasía. ¡Tuve la sensación de que te traería mala suerte viajar a Kyoto esta vez y no estaba errada! Tu padre también se preocupó y comentó que le parecía sospechoso. Taichiro, si no vuelves a casa inmediatamente, tu padre y yo tomaremos el próximo avión para Kyoto.

—Entiendo.

—¿Que entiendes qué? Pero vuelves a casa, ¿no? —insistió, nuevamente sin esperar respuesta—. ¿Vuelves a casa realmente?

—Está bien.

Keiko penetró a toda prisa en el dormitorio y cerró la puerta tras de sí. Taichiro se detuvo en silencio junto a la ventana y contempló el lago. Un avión pequeño, probablemente destinado a turismo, describió una amplia curva a muy poca altura sobre la superficie del agua. Algunas de las lanchas pasaban a gran velocidad; una de ellas remolcaba a una muchacha con esquíes de agua.

Las voces de las personas que estaban en la piscina del hotel le llegaban con claridad. Tres muchachas en traje de baño estaban tendidas en actitudes provocativas sobre el césped que se extendía bajo su ventana.

Oyó la voz de Keiko desde el dormitorio. Cuando abrió la puerta la vio de pie, vistiendo un traje de baño blanco. El aliento se le cortó y desvió la vista. La piel suavemente bronceada de la muchacha era tan deslumbrante, que él apenas si advirtió el traje de baño.

—Es una hermosura —dijo ella, mientras se dirigía a la ventana.

El traje de baño dejaba toda su espalda al descubierto.

—Mira qué cielo precioso, allí junto a las montañas. Por la ladera de la montaña descendían unos rayos dorados de sorprendente nitidez.

—¿No es ése el monte Hiei? —preguntó Taichiro.

—Sí, Tengo la sensación de que son espadas que se están clavando en nuestro destino —comentó Keiko y luego se volvió y le preguntó—: ¿Qué ocurre con tu madre?

—No seas absurda.

—Estoy hablando en serio.

De pronto Keiko le echó los brazos al cuello.

—Ven, vamos a nadar. Quiero sumergirme en agua fría. Me prometiste, ¿lo recuerdas? También me prometiste que daríamos un paseo en lancha. Esa promesa me la hiciste a tu llegada.

Se apretó contra él.

—¿Vas a regresar a Kamakura porque hablaste con tu madre? Cuando llegues descubrirás que ellos han venido a buscarte. Es probable que tu padre no quiera hacerlo, pero tu madre se encargará de que la siga.

—¿Lo sedujiste, Keiko?

La muchacha hizo un gesto negativo con la cabeza y escondió el rostro en su pecho.

—¿Te seduje a ti? Dime, ¿te seduje?

Los brazos de Taichiro rodeaban la espalda desnuda de Keiko.

—No hablo de mí mismo. No cambies de tema.

—¡Eres tú quien cambia de tema! Te pregunto si yo te seduje a ti. ¿Es eso lo que piensas? Hizo una pausa.

—¿Cómo puede ser tan cruel un hombre con una mujer que está en sus brazos? ¿Cómo puedes preguntarme si seduje a tu padre?

Keiko empezó a sollozar.

—¿Qué quieres que te diga? —prosiguió—. ¡Quisiera tirarme al lago y ahogarme!

Taichiro aferró los hombros de la muchacha, que se agitaban convulsos y sintió el contacto de uno de los breteles. Comenzó a deslizarlo hacia abajo, dejando uno de sus pechos al descubierto. Luego deslizó el otro bretel. Keiko arqueó la espalda y ofreció sus pechos desnudos.

—¡No! El derecho no. ¡Por favor! ¡Por favor el derecho no! —Las lágrimas brotaban a torrentes de sus ojos firmemente cerrados.

Keiko se envolvió en una gran toalla antes de dirigirse a la piscina. Taichiro estaba en mangas de camisa. Juntos atravesaron el hall, rumbo al jardín que se extendía frente al lago. Frente a ellos había un gran árbol cubierto de flores blancas semejantes a las de hibisco.

A cada lado del jardín había una piscina. Los niños usaban la de la derecha. La de la izquierda, cercada, estaba sobre una pequeña elevación al borde de la extensión de césped.

Taichiro se detuvo ante la verja de la piscina de la izquierda.

—¿No me acompañas? —preguntó Keiko.

—No, te esperaré.

Taichiro se sentía un poco incómodo en compañía de una muchacha que atraía tanto la atención.

–¿Ah, sí? Sólo quiero darme un remojón. Es mi primer baño de este verano y quiero saber si estoy en forma.

En el césped de la orilla había grupos de sauces llorones y de cerezos. Taichiro se sentó en un banco, a la sombra de un viejo olmo, y miró en dirección a la piscina. No alcanzó a divisar a Keiko hasta que ésta subió al trampolín bajo y se dispuso a zambullirse.

El tenso cuerpo de Keiko se recortaba contra el lago y las montañas distantes. Las montañas estaban veladas por la bruma. Una tenue tonalidad rosada coloreaba las aguas del lago, sobre el cual comenzaban a descender las primeras sombras. Las velas de los yates ya reflejaban los mansos colores del atardecer. Keiko se zambulló, levantando una nube de gotas.

Al salir de la piscina, Keiko alquiló una lancha e invitó a Taichiro a acompañarla en su paseo por el lago.

–Está oscureciendo –señaló él–. ¿Por qué no mañana?

–¿Mañana? –los ojos de Keiko se iluminaron–. ¿De modo que te quedas?... No sé qué ocurrirá mañana. ¿No tengo razón? De todos modos, cumple esta promesa. Regresaremos en seguida. Quisiera estar a solas contigo en el lago por unos minutos. Quiero que nos abramos paso a través de nuestro destino y que flotemos sobre las aguas. El mañana siempre se nos escapa. Vayamos hoy.

–Lo arrastró de un brazo.

–¡Mira cuántos barcos navegan aún! –lo animó.

Tres horas más tarde, Ueno Otoko se enteró por radio del accidente de lancha en el lago Biwa y se dirigió en auto al hotel. El informativo anunciaba que una muchacha llamada Keiko había sido recogida por uno de los veleros. Keiko estaba en cama cuando ella llegó.

Al entrar en la habitación, Otoko preguntó a la camarera que cuidaba a Keiko, si ésta estaba aún inconsciente.

–Le han aplicado un sedante –respondió la mujer.

–¿De modo que está fuera de peligro?

El médico dice que no hay razón para preocuparse. Parecía muerta cuando la trajeron a la orilla; pero le practicaron respiración artificial y no tardó en reanimarse. Comenzó a manotear desesperadamente y a pronunciar el nombre de su acompañante.

–¿Y cómo está él?

–No lo han encontrado todavía, a pesar de que es mucha la gente que lo está buscando.

–¡No lo han encontrado!

La voz de Otoko temblaba.

Pasó a la otra habitación y se asomó a la ventana. Las luces de las lanchas se movían sin cesar sobre la negra superficie de agua que se extendía hasta la distancia, a la izquierda del hotel.

—Han salido todos los botes y lanchas de la zona. No sólo los nuestros —explicó la camarera—. Las lanchas de la policía también están recorriendo el lago y se han encendido hogueras a lo largo de la costa. Pero probablemente sea demasiado tarde para salvarlo.

La mano de Otoko se crispó sobre la cortina.

Lejos del inquieto ir y venir de las luces de las lanchas, un vapor de excursión, festoneado de farolitos rojos, avanzaba lentamente hacia el muelle del hotel. Desde la orilla opuesta ascendían al cielo fuegos artificiales.

Otoko advirtió que las rodillas le temblaban. Luego, su cuerpo entero comenzó a agitarse y tuvo la impresión de que los farolitos del vapor se mecían. Se apartó de la ventana con un esfuerzo.

La puerta del dormitorio estaba abierta. Al ver la cama de Keiko regresó a toda prisa a la habitación, como si hubiera olvidado que ya había estado allí antes.

Keiko dormía un sueño apacible. Su respiración era regular.

Eso intranquilizó más aún a Otoko.

—¿Podemos dejarla así?

La camarera hizo un gesto afirmativo.

—¿Cuándo va a despertar?

—No lo sé.

Otoko apoyó la mano sobre la frente de Keiko. La piel fresca y húmeda parecía pegajosa. El rostro de la joven estaba pálido. Sólo en las mejillas se insinuaba un leve tono rosado.

Su cabellera se derramaba sobre la almohada en una intrincada masa, tan negra, que parecía mojada aún. Los primorosos dientes brillaban apenas por entre los labios entreabiertos. Tenía los brazos extendidos a lo largo del cuerpo, bajo las mantas. Al verla así, dormida, el rostro puro e inocente de Keiko conmovió profundamente a Otoko. Parecía estar despidiéndose, de Otoko y de la vida.

Estaba a punto de sacudirla para que despertara, cuando oyó unos golpes en la puerta de la otra habitación. La camarera fue a abrir.

Oki Toshio y su esposa entraron. Él se detuvo no bien vio a Otoko.

—De modo que usted es la señorita Ueno —dijo Fumiko.

Las dos mujeres se encontraban por primera vez.

—De modo que usted es la que hizo matar a mi hijo —prosiguió Fumiko con voz serena, carente de emoción.

Otoko movió los labios, pero las palabras no surgieron. Estaba inclinada sobre la cama de Keiko, apoyada sobre un brazo. Fumiko avanzó hacia ella y Otoko se echó atrás.

La mujer aferró con ambas manos el quimono de dormir de Keiko y la sacudió.

—¡Despiértese! ¡Despiértese!

La cabeza de Keiko se agitaba con la violencia de los sacudones.

—¿Por qué no despierta?

—Es inútil —dijo Otoko—. Está bajo el efecto de un sedante.

—Le tengo que preguntar algo —dijo Fumiko sin dejar de sacudirla—. ¡Es una cuestión de vida o muerte para mi hijo!

—Esperemos —trató de calmarla Oki—. Toda esa gente que está recorriendo el lago lo busca.

Rodeó los hombros de su esposa con un brazo y juntos abandonaron la habitación.

Con un suspiro, Otoko se sentó en la cama y observó el rostro dormido de la joven. De la comisura de los ojos de Keiko partía un reguero de lágrimas.

—¡Keiko!

Keiko abrió los ojos. Las lágrimas seguían brillando en ellos cuando miró a Otoko.

FIN